

libros del
Zorzal

Índice

Inés Arteta

Los Caimanes



libros del
Zorzal

Para Olivia

“Cuando el 98% de los crímenes queda sin resolver, el género policíaco es imposible.”

Rodrigo Rey Rosa
El País de España, septiembre de 2012

“El poder es como el oxígeno, algo también vital, algo que todo lo impregna y que es del todo intangible; vivía en esa atmósfera, pero rara vez era consciente de estar respirándola.”

Benjamin Black, *En busca de April*

I

El Gallego levantó de los brazos el cuerpo desarticulado de Felisa y Clara cayó de rodillas al suelo. ¿Dónde está Pablo?, gritó el Gallego. Felisa tenía los ojos abiertos y secos. Estaba vestida con una musculosa blanca, un pañuelo de seda anudado en el cuello y una bombacha blanca. Se arrodillaron al lado de su cama; el Gallego acercó una oreja hasta su boca y dijo: está muerta. Después, gritó varias veces llamando a Pablo. Clara no podía moverse, quedó sentada en el piso, puro aturdimiento. El Gallego llamó a una ambulancia. Clara seguía inmóvil al lado de la cama y el Gallego iba y venía, iba y venía. De repente dijo: todavía está tibia.

Casi sin poder respirar, entre el horror y la culpa, Clara apretó una mano de Felisa. A los pocos minutos, o lo que parecieron pocos minutos, y sin que oyeran el más mínimo ruido, apareció en el cuarto un hombre bajo, vestido con un conjunto de pantalón y chaqueta color verde claro y un estetoscopio en el cuello. Se inclinó sobre el cuerpo de Felisa, le tomó el pulso y cabeceó un “no”.

—Está muerta —dijo.

—Firmalo —dijo el Gallego.

—Mejor llame a la policía.

—Voy a llamar a un abogado. ¿Se puede saber dónde carajo está Pablo?

Pablo llegó minutos después, con sus padres y una cara sin desolación ni culpa. Una cara en blanco, inexpresiva, como en otra parte.

Era la tercera noche que Felisa pasaba en su casa después de las dos semanas de internación en la clínica. Ya hacía tres días que no se alimentaba a través de una sonda, sino en un plato y con tenedor. Pablo era el responsable de que, antes de dormirse, comiera por lo menos un yogur. El doctor Lavado Hamilton, el médico de cabecera, había asegurado que eso probaría su mejoría y poco a poco iba a empezar a recuperarse. Pero aquella noche, a las once, cuando el Gallego y Clara coincidieron en el cuarto de Felisa, ella estaba muerta y sola. Ahora Pablo llegaba con su padre, Paul Dillon, presidente de Los Caimanes y del Smith Bank, y con Teresa, su madre. Entonces, ante la irresolución de los demás, el Gallego llamó a García del Río,

aunque era ginecólogo, ya que era el único médico que vivía en esa zona de Los Caimanes.

—Yo me hago responsable —dijo el Gallego—. Vos firmás; nosotros somos testigos. No hace falta más nada, haceles las cosas un poco más fáciles a los Dillon, con todo lo que han pasado.

García del Río miró a Clara. A ella no le salió ni una palabra; dio media vuelta, fue al jardín y se quedó debajo de un pino alto. La luna era finita y curva como una uña, asomaba detrás del muro y parecía una noche como cualquier otra. Se preguntaba cómo podía ser que estuviese muerta y quién llamaría a Nico, el hijo de Pablo y Felisa, que estaba de vacaciones en Uruguay con el chiflado del hermano de Felisa. Después caminó por el sendero de piedritas al costado de la casa, fue y vino varias veces mientras seguía preguntándose cómo podía ser. Olió el cannabis fresco, dulce, que plantaba el Gallego en su huerta y que todos hacían de cuenta que era condimento para pescado. Se sentó debajo de un sauce, al lado de la cuneta. Ahí estaba oscuro y nadie podía verla. Levantaba piedritas y las tiraba contra el muro. No supo cuánto tiempo se quedó así.

A través del vidrio, veía a Teresa abrir y cerrar cajones de la cómoda de Felisa. Miraba dentro de cada cajón, escarbaba con las dos manos. Clara sabía lo que buscaba: algo que pudiera avergonzarla. Un porro, bombachas atigradas, una cartita de un amante. Mordía su collar de perlas cuando se detenía a pensar en el siguiente paso. De golpe, le llamó la atención el movimiento en la puerta de entrada de la casa. Habían llegado los hombres de negro de la funeraria. ¿Tan pronto? Teresa corrió a recibirlos y chocó con Bibi, que le ganó de mano para abrazar la corona de lirios que habían traído. Clara entró en la casa. Los lirios olían ácido, muy ácido, demasiado, como a bilis. Bibi y Teresa acomodaron la corona sobre el escritorio de la entrada y tres veces dieron unos pasos hacia atrás para tener perspectiva y asegurarse de que había quedado derecha. A los hombres de negro, Teresa les dio indicaciones apuntando con el dedo distintos sectores de la casa.

El grupo de amigos de Clara y Felisa estaba sentado en el living. Ernesto tenía papel y lapicera y escuchaba propuestas para el aviso colectivo del diario. Clara no entendía cómo podían tener lucidez para eso, tan rápido. Ernesto sugería: “Tus íntimos amigos te recordaremos con el cariño de siempre. Grace y Gallego González Calderón y sus hijas Agus, Chechu, Angie, Mery y Pato; Bibi y Jenri Uturriaga y sus hijas Sofi y Vale; Clara y Ernesto de Marchi y sus hijas Filu y Delfi”. El aviso de Pablo y Nico iría por separado, por supuesto. El Gallego quiso que agregaran otra frase, algo así como “recordaremos tu risa” o “ahora sos una estrella”, pero Grace se enojó por el disparate y dijo que era una grasada. Bibi agregó que hoy en día estaban de moda los

mensajes de despedida. Jenri, que sería hipócrita de parte de ellos, no daba con alguien que se había suicidado. ¿Cómo lo sabían?, se preguntó Clara. Para el Gallego, se había dejado morir, que era distinto. Poné: “Te recordaremos siempre”, y chau, dijo Bibi, y al final le hicieron caso, como solía suceder.

¿Dónde meterse? Clara no quería sentarse y que alguien le hablara. Si se quedaba de pie, estaba todo el tiempo en el camino de Teresa. Salió a la galería. Ahí el cielo era gris y macizo, no se olían los lirios y había silencio. El jardín de Felisa era un lugar que conocía bien, tenía especies de todo tipo y de todas partes, estaban apelmazadas una contra otra, como en una selva. Siempre le había parecido exuberante, pero de repente lo vio siniestro. Oía más nítidos los ruidos a los que estaba acostumbrada: grillos, sapos y el tráfico que venía del otro lado del muro. Miró el muro de Los Caimanes: de ladrillo, de dos metros y medio de alto y, encima de todo, con botellas rotas incrustadas en el cemento, sobre el que se enrollaban dos vueltas de alambre de púas.

De pronto, vio a Pablo a su lado. La luna iluminaba sus ojos, parecían transparentes. Los brazos le colgaban a los costados del cuerpo como trapos. Temblaba. La voz parecía venirle del estómago:

—Consiguió lo que quería, Clara. De lo que yo le di, nada. No quiso nada. Rechazó todo, una cosa detrás de la otra.

Clara iba a preguntarle cómo podía ser que Felisa estuviese sola, pero no preguntó porque se sentía culpable de haber aceptado que fuese Pablo el único responsable de la cena, tanto le había asegurado que se las arreglaría solo. Clara llegó después de comer, tal cual había prometido. El psiquiatra de la clínica exigía que el testigo del yogur de la noche fuese el marido.

—¿Lo que Felisa quería era morir? —le preguntó.

Se quedaron un rato callados. Los dos miraban la casa. Estaba tan iluminada que la luz atravesaba los vidrios y formaba rectángulos blancos en el pasto. Pablo cruzaba los brazos y se hamacaba.

—No quiso nada, Clara. Nada. Y todos querían acostarse con ella. ¿Por qué? Hundirse en ella y oler su misterio. Pero no había nada. Yo soy el que sabe. Vacío puro y sin pretensiones. ¿Y de dónde decía ella que le venía ese vacío y esas ganas de esfumarse? ¡Inventaba las razones!

Después, silencio. Se quedó quieta para no espantar a una liebre muy gorda que se les acercó a los saltitos. Los miraba con la cabeza inclinada, como sorprendida de encontrarlos. El perro de los González Calderón le ladró desde detrás de su cerco invisible. Ladró desesperado un rato largo, pero la liebre no se movía. Lo miraba sacudiendo la cabeza de un lado a otro. Después el perro se arrimó tanto al cerco que recibió una descarga eléctrica. Le provocó un aullido y enseguida metió la cola entre las patas.

De repente oyeron una voz de mujer que llamaba a Pablo. Era Bibi. Se arrojó sobre él, lo envolvió con los brazos y emitió gemiditos. Dijo: horrible, Pablo, pero Felisa ahora está mucho mejor, eso es seguro. Le recordó que le avisara al padre de Felisa; Formosa no es acá a la vuelta, reforzó Bibi. Y a Nico, ¿lo vas a llamar vos? Hay que hacerlo rápido, si no, imposible que el entierro sea mañana.

¿Qué más recordaba Clara de aquella noche? Que a cada rato se preguntaba por qué había tanto apuro por enterrarla. Llegó el cajón y fue un ajetreo porque no pasaba por la puerta. Tuvieron que dar la vuelta y entrarlo por la galería. Ella pidió estar presente cuando los de la funeraria hicieran lo que hacen con los cuerpos. Eligió la ropa, porque se acordó de un comentario de Felisa sobre los muertos en piyamas. Le puso una camisa blanca, suelta, para que no se notaran sus huesos. Le sacó el pañuelo de seda. Era uno de esos de hombre, bordó con dibujos búlgaros. El cuello, fino y largo como el de un cisne, se veía amoratado donde había estado el pañuelo. Abrió la puerta y llamó a los de la funeraria. No se preocupe, lo maquillamos, dijo el que entró con ella al cuarto. ¿Por qué está así?, les preguntó, porque ellos debían saber, con la cantidad de cadáveres que manipulaban. El de la funeraria suspiró y torció la cabeza. Vea, señora. En mi profesión, he visto de todo. Delgadez como la de esta muchacha, jamás. ¿Qué dijo el médico? García del Río había dicho, arqueando exageradamente las cejas: no busques peras debajo del olmo. La anorexia también mata.

Después, los de la funeraria la taparon con una sábana hasta el mentón. Muerta, su cara había recuperado un poco de frescura y podría decirse que hasta algo de carne; los pómulos no se veían tan hundidos ni la frente sobresalía de su perfil, bello y perfecto.

En el living oyó una conversación de golf; al partido del día siguiente le faltaba un jugador y si adelantaban la salida, llegarían a tiempo al entierro. El hermano de Felisa y Nico habían conseguido pasaje para la mañana temprano, así que no habría que demorar el entierro.

En la galería, Clara podía ver su reflejo en el vidrio al mismo tiempo que lo que pasaba en el living. Si enfocaba la vista en el vidrio, sólo se veía ella, y las figuras en el living eran un fondo borroso. Si enfocaba la vista en el living, su figura era difusa, y los otros parecían actores moviéndose en un escenario. Se sentó sobre el pasto en un lugar oscuro. Nadie podía verla, y entonces lloró por su amiga muerta. Su mejor amiga. La única verdadera. Después se quedó mirando hacia los árboles del fondo del jardín.

Al día siguiente, tres autos negros estacionaron en la puerta de la casa de Pablo y Felisa. Los hombres metieron el cajón en el primer auto, largo y con ventanas polarizadas. El cajón con el cuerpo viajaba solo en la parte de atrás, y adelante, el chofer y otro hombre de negro.

Teresa no dejó que Clara ocupara el segundo auto con Nico y Pablo. En el tercero iban el padre de Felisa y su segunda mujer, y el hermano de Felisa y su mujer, una chica joven con *piercings* en la nariz y el labio.

En el cementerio-parque, la gente fue amontonándose. Ernesto hablaba con el Gallego, que abrazaba a Grace. Todos tenían las manos en los bolsillos de sus tapados o impermeables. Teresa le había pedido a Clara que leyera un párrafo del Evangelio, uno que había marcado con una cinta de raso roja. Clara pensó que no le saldría la voz, pero la voz salió como si fuera de otra persona, y leyó Lucas, 14: 15-24: "Un hombre convidó a muchos a una gran cena. Cuando llegó la hora, los invitados comenzaron a excusarse: he comprado un campo y tengo que ir a verlo; he comprado cinco yuntas de bueyes y tengo que probarlas; me he casado. Entonces el dueño de casa le pidió a su siervo que saliera a las plazas y calles de la ciudad e hiciera entrar allí a los pobres y lisiados, ciegos y cojos. Cuando regresó el siervo, todavía había lugar. El señor le pidió que saliera a los caminos y llenara el sitio con quien encontrara, porque ninguno de los que había invitado probaría su cena. ¡Dichoso el que pueda comer en el Reino de Dios!".

Después, Teresa eligió a los hombres que debían tomar las asas y empujar el cajón que iba sobre un carro con rueditas: Ernesto, el padre de Felisa, el hermano, el Gallego, Paul Dillon, Nico. Bibi se apretó al Gallego y ella también tomó una de las asas. La gente caminó en fila detrás de los hombres y el ataúd, que rodaba por una callecita asfaltada hacia su pozo. A los costados había un colchón de pasto verde flúo, esponjoso, que disimulaba las lápidas de piedra gris con los nombres de los muertos y las fechas de nacimiento y muerte. Cada treinta metros, había canteros de alegrías del hogar azules, blancas y amarillas. El césped y los canteros disimulaban las lápidas; si uno no agachaba la cabeza y les prestaba atención, las pasaba por alto, sólo veía naturaleza jardineada.

Un rato más tarde, la gente hacía cola para saludar a Pablo y también al padre y al hermano, a quienes no conocían. Detrás de unos álamos, Clara vio a Nico caminando por uno de los senderos; pateaba piedritas.

II

A Felisa le gustaba decir Los Cocodrilos en vez de Los Caimanes. ¿Sabés por qué lloran los cocodrilos, Clarita? Para cautivar a su presa. Con sus lágrimas fingidas engañan a la víctima, que atraen para entonces devorarla. Representan la hipocresía, porque aparentan un dolor que no sienten.

Los Caimanes es lo contrario de un gueto, le había replicado Clara un día en que Felisa hablaba de nuevo de las lágrimas de cocodrilo. Nos encerramos a propósito y vigilamos a quien permitimos encerrarse con nosotros. La sociedad inversa a la que soñaron los inmigrantes. Clara y Felisa habían estudiado juntas la carrera de Historia en la UBA, y Clara se había fascinado con los textos sobre inmigración, porque los padres de su madre habían venido del sur de Francia. Ella no los había conocido ni recordaba a su madre, que había muerto de cáncer cuando Clara tenía cinco años.

Cuando alguien llora un dolor que no siente, decimos que sus lágrimas son de cocodrilo, había seguido Felisa aquella vez. Una frase que viene de un viejo mito que dice que los cocodrilos lloran mientras comen. ¿Sabés que una investigación concluyó que los cocodrilos *realmente* lloran mientras se dan un banquete? Pero lloran por razones fisiológicas, no porque intenten aparentar remordimiento de conciencia. Lloran mientras comen porque tienen sus glándulas salivales muy cerca de los lagrimales. Cuando el cocodrilo mueve la mandíbula, sus ojos segregan gotas.

Felisa ya no estaba, y Clara, que tanto se esforzaba por hacer todo bien, ahora se abarrotaba de culpa. Ella, que tan poco había podido entender a su amiga muerta, que tanta fascinación le había provocado su personalidad fresca, provocadora y segura de sí misma, ahora se preguntaba por qué nadie la lloraba. Cada vez que muere alguien joven, los allegados se enojan con la injusticia de la fatalidad, se preguntan cómo, cómo puede ser, y se lamentan por la vida desperdiciada. Aunque sea por puro espanto ante el inevitable destino, los allegados de esa persona joven la lloran relegando sus defectos y ensalzando sus virtudes. En el caso de Felisa, a Clara le parecía notar alivio en todas las caras, como si se hubiesen quitado un peso de encima. ¿Ella también lo sentía?

La piel de los cocodrilos es gruesa para que les sirva de armadura. Las manchas marrones y verdes les permiten camuflarse con su hábitat, había dicho entonces Felisa, que nunca se había adaptado a la vida en Los Caimanes. Vos te mudaste a Los Caimanes primero que yo, la acusaba Clara cuando Felisa se quejaba del ahogo que le producía.

Porque mi suegro nos regaló el lote, se defendía Felisa enseguida. ¿Te acordás que Darnton decía que para entender a alguien no alcanza con saber lo que piensa? Que tenés que entender *cómo* piensa. Cómo construye el mundo, cómo lo llena de significado y lo carga de emoción. Nosotras no podemos entender a los caimanes, Clarita, porque vivimos entre ellos. Robert Darnton es un historiador estadounidense especialista en historia cultural del siglo XVIII francés, que a ellas les había fascinado cuando cursaron Historia Moderna. Decía que para entender cómo piensa otro había que partir de la idea de que no piensa como uno; es decir, que otra gente es otra gente y lo que había que capturar era su *otredad.* Clara recordaba sus charlas con Felisa sobre historia, sobre el permanente choque con misterios que no eran solamente ignorancia sino la oscura extrañeza de vivir entre los muertos. Nos cuesta hablar con los vivos, Clarita, por eso hablamos con los muertos. Lo que no debería pasarnos —le había dicho Clara— es que volvamos de su mundo como volvían algunas cautivas de vivir con los indios, contaminadas de la otredad de los otros.

Clara creía que el principio del desmoronamiento de Felisa se remontaba a dos años atrás, cuando Pablo se enteró de que ella se había enamorado de otro hombre. Dos meses antes, en Miramar, habían pasado las vacaciones hablando del crimen del country Los Cardales. La costa desbordaba de familias retozando en la arena; los padres conversaban con los pies en el agua o jugaban al tejo; las madres charlaban o tomaban sol o preparaban sándwiches de jamón, huevo duro y arena, y millones de chicos correteaban o le pegaban a una pelota con paletas y construían castillos endebles y listos para que los desplomara la marea. Los González Calderón, los Uturriaga, los Ortiz y Pablo y Felisa se sentaban en sus sillas plegables, se embadurnaban de protector solar, de reojo vigilaban a sus hijos barrenando dentro del enjambre de bañistas en el mar grisáceo e intercambiaban hipótesis acerca del posible asesino o asesina de aquella mujer. Las teorías los dividían en dos bandos: los que estaban seguros de que la había matado alguien del entorno y los que decían que tenía que ser alguien de afuera. Clara se aburría con estas disquisiciones y sostuvo que, si se conocía a esa gente, si se sabía qué era normal en su comportamiento y qué no, era verosímil creerle a la familia, en la que todos pensaban que había sido un accidente. Esa gente no llora en los velorios, no espera un asesinato dentro de un country, y es capaz de escribir en el parte de defunción que murió a

una hora en la que no murió, con tal de enterrarla lo antes posible. Nadie oía los argumentos de Clara. Quizá porque había llegado al country sólo por los méritos de su marido.

Grace la defendió diciendo que, además, no era posible que tanta gente se hubiese puesto de acuerdo para tapar un crimen con el pretexto de que el agujero en la cabeza se debía a un golpe con la canilla de la bañera al resbalar mientras se duchaba. Desde la masajista que había ayudado al marido cuando la encontraron tirada en el suelo hasta los hermanos y cuñados de la muerta, los amigos y los médicos forenses, todos habían afirmado lo mismo. Para ella, la familia era inocente, y eso hizo desternillar de risa a los demás, incluida Felisa. Si no, argumentaba Grace, el medio hermano no se hubiese presentado espontáneamente en la fiscalía a contar que había encontrado algo raro que llamó “pituto”, y que había tirado por el inodoro.

Que resultaron ser balas, saltó Jenri y rio con su risa mordaz, una risa que se burlaba de todos al mismo tiempo. Encubrimiento agravado, agregó Jenri, y contó que le habían dicho que el marido había estado a cargo de la “mesa” del banco de los hermanos Rhôme, por el que había pasado casi toda la plata negra de la *crème de la crème* de los noventa, incluida la de la venta ilegal de armas a Croacia y a Ecuador. Aparentemente, el tipo no sólo sabía demasiado sobre el complicado lavado de plata, sino que además había tomado algo para él. La mafia —repetía Jenri sin dejar de reír—, cuando se siente agraviada, no ordena la eliminación del ofensor. Se dirige a sus seres queridos. Porque tienen que seguir conectados con el ofensor. ¿Acaso acá no tuvimos un presidente que aceptó la muerte de su propio hijo? En política pasa todo el tiempo, pero no nos enteramos porque el poder manipula la información. Por eso este caso tiene tantos cabos sueltos. Nadie que comete el homicidio premeditado de su cónyuge llama al servicio de urgencias, porfió Grace. Se complotaron por miedo —sostuvo Jenri—. No imaginaron que el caso se haría público.

El Gallego apoyaba la teoría de Grace. Decía que tenía que ser alguien de afuera, alguien que había entrado a robar y se encontró con la mujer que había llegado más temprano de jugar al tenis porque tenía masajista. Bibi estaba del lado de Jenri y acusaba a todos de cándidos, lo que dejó pensando a Clara. No lo dijo, pero estaba segura de que la clave estaba en el porqué. No se mataba sin un motivo; para eso sólo había que mirar la estadística: cientos de mujeres muertas al año a manos de sus maridos o parejas.

Pablo y Felisa eran indiferentes a la discordia. Pablo había sido un caso raro de hombre muerto de amor por su mujer. Notaba a Felisa con la cabeza en otra parte y se ponía de mal humor. Sobre todo cuando Felisa se iba a correr. Corría hasta Chapadmalal, corría a Mar

del Sur, corría tierra adentro hasta Otamendi. ¿A Felisa se le dio de nuevo por correr?, le preguntó ese verano Ernesto a Clara. Esperemos que pare, arriesgó Clara. Felisa corría desde chica, desde que se lo había recomendado el director del colegio para que descargara la energía que, según él, tenía en exceso. Empezó a correr y a las tres semanas se levantaba a las cinco de la mañana y hacía cien kilómetros por semana repartidos en seis días; el domingo remaba en el río.

El 15 de enero de aquel verano en Miramar, el Gallego, Ernesto, Pablo, Bibi y Felisa volvieron a Buenos Aires. Los demás se quedaron en la playa con los chicos. Felisa volvió a trabajar en la facultad y en la inmobiliaria del tío, dejó a Nico al cuidado de Clara y regresaba los viernes con Pablo, como el resto. En febrero, todos estaban de vuelta en Los Caimanes y en las piletas cambiaron el tema del crimen en Los Cardales por el affaire de Felisa. Las mujeres coincidían en que Felisa no se merecía a Pablo; el más buen mozo, tierno y devoto, el hijo del presidente de Los Caimanes y del Smith Bank, uno de los bancos más antiguos de la Argentina.

Muerta Felisa, dos años más tarde, nadie la lloraba. No se hablaba del tema para lamentarse de la tragedia, sino sólo para esbozar también ahora las propias hipótesis respecto de lo que la había matado. Es como si hubiese tenido sida, dijeron los que se suponían expertos gracias al aporte de algún familiar médico; se destrozó el sistema inmunológico y así un corazón no aguanta ni una gripe. Bibi Uturriaga dijo que no parecía sida, *era.* Grace González Calderón se enojó con Bibi por repartir calumnias y más tarde flotó el rumor de que la misma Grace había hablado de sobredosis. Y que Pablo sabía que Felisa era drogadicta, pero no pudo hacer nada; ella siempre lo había dicho, Felisa era rayada. Jenri aportó que padecía el mal de los ricos, dónde se había visto a un pobre que dejara de comer a propósito.

Si no estaba claro de qué había muerto, ¿cómo, entonces, no le habían hecho una autopsia? Porque no hizo falta, Clara —le dijo Ernesto—. Vos viste cómo estaba.

Clara fue a ver a Pablo. Acostado en el sofá y con un whisky en la mano, dijo:

—¿Para qué? ¿Por qué creés que haría falta una autopsia? Su corazón dejó de latir, lo dijo el médico.

—Sí, pero por qué —le respondió Clara—. Por qué dejó de latir, si ella ya estaba mejorando, los últimos análisis le habían dado bien. Y esa misma tarde estaba alegre y optimista.

—Se ve que no era así —dijo Pablo, como si no le hubiera gustado que Clara lo contradijera.

Adentro de Los Caimanes, aunque todo parecía seguir igual, Clara veía todo distinto. Como a través de un vidrio grueso que deformaba

la realidad. Pronto sería el concierto en el *club house,* y eso tenía a Grace González Calderón de aquí para allá vendiendo entradas, alquilando las sillas, revisando el catering con el concesionario. Llamó a Clara para pedirle colaboración, quería que ella se parara en la entrada y recibiera a la gente.

Pedile a alguna de Acción Social, le contestó Clara, furiosa con que la vida retomara tan rápido el ritmo, indiferente ante la ausencia de Felisa y la razón de su muerte. Ella nunca había querido formar parte de Acción Social, la obra de caridad de Los Caimanes, porque le parecía que era tirar migas del otro lado del muro para mantener calmas a las fieras. Grace era la presidenta y se pasaba el día organizando rifas y eventos para juntar plata para dar. Clara prefería dedicarse a lo que ella sabía hacer, que era enseñar; entonces lo único que había aceptado para Acción Social eran las clases de apoyo los viernes, en la escuela patrocinada por el country.

—¿No es obligatorio pedir una autopsia cuando alguien muere? —le preguntó al Gallego cuando se lo encontró en el concierto.

—¿Por qué pedirías una autopsia de alguien que estaba enfermo?

—Porque le vi marcas en el cuello. ¿Vos no las viste? Además, estaba sola cuando sucedió.

El Gallego la miró perplejo, cerró los ojos, como evocando la imagen de Felisa muerta.

—No, Clara, no vi nada, pero si tenés esa duda, andá a ver a Malbic, que es abogado penalista. A veces jugaba al golf conmigo, seguro te va a recibir —Y le pasó una mano por la espalda, como si con ese gesto mitigara el tono irónico con el que le había sugerido un penalista.

III

Malbic era un abogado penalista muy conocido, salía en los diarios y también en televisión porque defendía a imputados en casos mediáticos. Ya no vivía en Los Caimanes de lunes a viernes, pero tenía una casa de fin de semana que compartía con su novia artista. Ella firmaba todos los cuadros que decoraban las paredes del estudio Malbic, Soares y Asociados. Ese día Malbic vestía un traje negro, de solapa ancha. Los hombros estaban llovidos de caspa y eso desentonaba con su oficina, inmensa, pulcra, y la única de todo el estudio sin paredes de vidrio.

Pertenecía a la generación de "los viejos" de Los Caimanes, los de arriba de cuarenta y cinco. Por eso el grupo de Clara y Ernesto no se había involucrado afectivamente en su divorcio, nomás comentaron los pormenores, el cruce de Malbic con la hija de un socio de la primera época, amigo de los Dillon. Lo que más los había entretenido de aquel escándalo fue que su mujer parecía una modelo (o exmodelo, una de la época de Silvana Suárez), y la artista era una ratita que pasaba inadvertida.

La exmujer seguía viviendo con los hijos en la casa familiar, a dos cuadras de la nueva. Malbic le explicó a Clara que así resultaba más práctico para ver a los chicos los fines de semana. Que apenas se había separado pensó que debía irse a otro country y alquiló una casa en Nordelta. Pero perdía mucho tiempo en la ruta. Se hartó de las idas y venidas y decidió simplificar y volver a Los Caimanes, donde, además, los hijos estaban integrados. En Nordelta, los chicos lo miraban con caras largas y tenía que gastar plata para divertirlos. Le explicaba todo eso a Clara mientras corrían los cien dólares por hora que la secretaria le había informado, en concepto de honorarios, cuando llamó para pedir la cita.

Malbic atendió el teléfono mientras hablaba con Clara. Era la exmujer para decirle que uno de los hijos se llevaba nueve materias y necesitaba clases particulares de matemática, lengua, historia y biología.

De golpe, dijo:

—¿A qué debo el honor de tu visita?

Clara se sentó derecha en la silla y se tomó varios segundos para

responder:

—Hace seis días enterramos a mi amiga Felisa Morel. Dudo de que haya muerto por causas naturales y quisiera que se le haga una autopsia.

Malbic respiró hinchando el pecho, quizá molesto o irritado.

—Una chica enferma, según tengo entendido. Había estado internada las semanas anteriores a su muerte. El que deja de comer se muere. Es una causa natural. Produce hipokalemia, bajo nivel de potasio en la sangre. Eso provoca arritmia, todo el mundo lo sabe. No hace falta una autopsia que confirme que tuvo un paro cardiorrespiratorio. Al final, tu amiga fue víctima y agente de su propia muerte.

—Pero habría que confirmarlo —dijo Clara—. Dudo porque ella los últimos días estuvo más animada. De hecho, tres días antes de morir, el médico de cabecera le permitió volver a su casa. De haber estado tan débil como para que su vida corriese algún riesgo, no le habría dado el alta. Es más, la habría mandado a un sanatorio común. La clínica es un psiquiátrico que aloja a todo tipo de parias, y los medican mientras no sean un compromiso. Yo misma vi cómo se sacaron de encima a un suicida y lo mandaron en ambulancia al Hospital Austral.

Malbic apoyó los codos sobre el escritorio. Cruzó las manos y miró a Clara a los ojos.

—Si el día del fallecimiento se hubiese considerado dudoso el deceso y notificado el hecho al personal de seguridad, que inmediatamente hubiese dado parte a la policía, podrían haber aparecido elementos que indicaran que se trató de una muerte dudosa, por ejemplo, un suicidio. Pero hasta donde yo sé, el médico del servicio de urgencias no notificó ningún código azul esa noche, que es el procedimiento que corresponde a los decesos que no parecen naturales. ¿Qué es lo que te hace dudar?

—Le vi el cuello amoratado —dijo Clara.

—Estrangulación. ¿En eso estabas pensando?

El tono fue indiscutiblemente irónico. Malbic sonreía mostrando los dientes de arriba, largos y marrones. Jugaba con la lengua, la pasaba por encima de los dientes de abajo. El gesto parecía de lascivia o de sarcasmo. Clara tuvo la impresión de que la entrevista iba a ser un derroche de sus dólares, que tanto le había costado juntar.

—¿Tenía los ojos abiertos? Porque la persona que está siendo agredida abre los ojos e intenta defenderse.

Clara no contestó enseguida. Se sentía burlada. O incomprendida. Quizá le ocurría lo que tantas veces, la sensación de estar sola en el mundo. Dijo:

—Tenía los ojos abiertos y secos. Parecía reír o mofarse de la última persona que vio. Y la base del cuello color bordó, tapada por un

pañuelo de hombre.

—Me parece que con esos elementos no vas a llegar muy lejos. Las fiscalías están tapadas de causas, el fiscal no daría oídos a tu exigencia de una autopsia, porque te faltarían elementos para argumentar un interés legítimo.

—¿Y si consiguiera los análisis de sangre que probaban su mejoría? Antes de darle el alta le hicieron un ionograma y un electrocardiograma.

—La única posibilidad que veo es el juicio a la clínica. La clínica, al defenderse, puede exigir la exhumación y la autopsia del cadáver. Ahí tendrías tu caso. ¿Tenés plata? Podría demorar años.

Malbic encogió los hombros de manera exagerada, teatral, y volvió a sonreír con sus dientes filosos y marrones.

—¿Y vos? ¿No eras la mejor amiga? ¿Cómo no hiciste un escándalo y exigiste la autopsia el mismo día de la muerte? Porque no sos familiar, tu denuncia no tendría la misma fuerza que si la hiciera el marido.

Malbic tenía razón. Clara había estado demasiado acongojada, aplastada por la culpa, ofendida. Había pasado los últimos dos años tratando de contagiarle complacencia a Felisa, casi hasta el punto de olvidarse de sí misma y de su propio escepticismo. Esa noche, la sensación de derrota le había quitado la energía necesaria, los hechos habían sucedido pero por fuera de ella, apenas la habían rozado. Ahora Malbic la miraba serio, la boca cerrada. Tal vez el silencio escondiera una opinión suya que Clara no podía imaginar pero que, seguro, tampoco la ayudaría a hacer el duelo con el que insistían Grace y Bibi. El duelo empieza por la aceptación de la pérdida, le había dicho Grace. Ahora, frente a Malbic, Clara razonó:

—Al ver el cuerpo de una mujer a quien acaban de asfixiar, ¿el médico debería haber notado algo más que moretones en el cuello?

—Petisa, me das lástima. Llegaste con la idea fija de una autopsia. No sabías bien por qué. Ahora soltás consultas con implicancias vagas —dijo Malbic, en tanto Clara quiso protestar por el sobrenombre impropio en boca de ese desagradable que apenas la conocía—. Conjeturas flojas. Descabelladas. ¿Quién podría haber querido matar a tu amiga? En el supuesto caso de que se tratase de un hombre, no conozco demasiados casos de hombres cometiendo asesinatos por asfixia. Los hombres son más propensos a las armas blancas o a los golpes, pero, claro, depende del carácter del agresor. Si se tratara de un hombre violento, sería muy difícil que intentase matar por asfixia. Sí, en cambio, podría hacerlo un hombre más tranquilo, metódico, que buscase que el hecho pasara inadvertido. O alguien que no premeditó el asesinato y entonces tomó lo primero que encontró. El cordón de la bata de la mujer o la almohada, por ejemplo. Pero de nuevo: no podés avanzar con lo que tenés. No vas a conseguir una autopsia con lo que

tenés.

Sonó el teléfono. Era la novia. Mientras Malbic hablaba, gesticulaba haciéndole entender a Clara que los llamados de la chica lo cansaban. Después de que colgó, volvió a hacer la mueca de la sonrisa socarrona de dientes largos y le preguntó cómo estaba Ernesto. ¿Ernesto, bien?, y miró a Clara a los ojos, aludiendo a algo más que a su bienestar. Ellos tenían un grupo muy bueno, unido, dijo. Eso hacía al bien de la institución del matrimonio. Si Ernesto se separara, quedaría afuera del grupo. Sonaría. Ni Grace ni Bibi iban a invitarlo a sus casas, ni iban a querer irse con él y la nueva de vacaciones. Malbic no tenía un grupo así. Sus amigos del colegio no eran sus amigos de hoy. Se veía con tipos del laburo, del golf, y aun a esos muy de vez en cuando, porque él estaba siempre en el estudio.

—Grace y Bibi invitan a Pablo —dijo Clara.

—Un viudo es distinto. Se lo protege.

¿Por qué hablaban de eso? En ese instante, apareció la secretaria con un sobre marrón, grande, que dejó arriba del escritorio. Después volvieron al tema por el que Clara había aceptado pagar cien dólares la hora.

Malbic le explicó que tenía dos vías para conseguir una autopsia: podía mandar un anónimo al juzgado o a la fiscalía interviniente, diciendo que el día tal aconteció la muerte tal en el country Los Caimanes, que se consideró una muerte natural pero que surgieron tales y tales indicios que indicaban que podría tratarse de un homicidio.

A Clara se le ocurrió preguntarle si él era uno de los dueños del terreno que, según Ernesto, Dillon pensaba incorporar a Los Caimanes, pero no lo hizo.

La cabeza de Malbic se torció hacia delante, como si cayera un poco. La cara tomó un color grisáceo. Después levantó la cabeza y se recostó sobre el respaldo rebatible de su silla. Miró fijo a Clara y ninguno de los dos dijo nada. Pasó casi un minuto entero y seguían callados. Al final sonrió abriendo desmesuradamente su boca y dijo:

—Te llenaste la cabeza.

Se quedaron callados otro rato. Malbic se puso de pie y miraba por la ventana, detrás de su silla, de espaldas a Clara.

—Nadie te va a dar bola —dijo—. Un anónimo, ponele. Uno que diga que todos actuaron como si se tratara de una muerte natural, alguien le confió sus sospechas al presidente del club y él fue muy enfático en que las cosas debían quedar como estaban: saco roto. Qué te juego que la causa cae en el juzgado de Gómez Cuervo, que es amigo de Dillon y muchas veces juega al golf en Los Caimanes, invitado por él, que no quiere un asesinato en su country, mucho menos si se trata del de su nuera. Lo primero que haría este juez al recibir un anónimo así sería

levantar el teléfono y llamarlo. Del fiscal no puedo asegurarte nada, siempre son tipos raros, medio resentidos.

Después le subrayó a Clara dos datos importantes: había sido la intervención de Dillon lo que detuvo el proyecto del intendente del partido de Derqui de dividir Los Caimanes en dos para que pasara un colectivo. Ese dato era de conocimiento público dentro del club. Pero no podía decirle cómo lo había logrado, porque se trataba de información confidencial. El segundo hecho era que, efectivamente, Dillon estaba gestionando la compra a la Municipalidad del terreno de la canchita de fútbol y del descampado por donde pasaba el arroyo. En esa operación iba a haber más beneficiados que Dillon. No le sorprendería que el excomisario que andaba dando vueltas por el club e incluso este mismo juez estuviesen prendidos. ¿*Capisci*? La otra alternativa: presentarse en la fiscalía y hacer la denuncia de forma personal. Escuchar, la escucharían. El tema era el grado de validez de su denuncia, el nivel de verosimilitud de sus pruebas para justificar la exhumación del cadáver.

—Lo que usted dice confirma mi sospecha, entonces.

—Tuteame, te lo pido, me hacés sentir un viejo. Al final, todo dependería de la fuerza que tuviesen el o los que desearan impedir el esclarecimiento de esta muerte. Mejor dicho: evitar que tu sospecha germine. Podrías tener suerte con el fiscal, pero no con el juez, quien dilataría el proceso. Porque hasta podrían estar corrompidos los médicos forenses que manejasen el tema de la autopsia, como pasó en el caso del periodista asesinado.

Antes de seguir, Malbic repitió su mueca socarrona:

—Convengamos en que somos una sociedad que tiende a ver la teoría de la conspiración en todos lados. Si vas con este caso a los diarios, quizá te den bola y publiquen algo, pero a la semana siguiente nadie se acuerda del asunto.

Clara miró su reloj. Habían pasado cinco minutos de la hora. ¿Le cobraría fracción o directamente una nueva hora?

—Podés encontrar un freno, además, en la policía. Definitivamente, la policía puede ayudar a encubrir al asesino, a ocultar pruebas y que la muerte parezca natural. Todo va a depender de quién sea tu sospechoso. ¿Es el marido, el hijo del presidente del club?

—Estoy segura de que no murió de causa natural. Podría haber estado enferma, pero había mejorado. Yo lo sé. Sí, creo que alguien podría haberla ahogado. Me despierto por las noches con la imagen de Felisa muerta y la certeza de que alguien la mató. Y que ella no pudo defenderse por su debilidad física.

Malbic le ofreció un café. Clara le pidió si podría ser un té, porque estaba resfriada y le chorreaba la nariz. Total, ya habían pasado a la segunda hora. Le pareció que los ojos del abogado se veían tan claros

por efecto de la luz que entraba por las ventanas, la luz de un cielo gris. Le resultaba insoportable que la mirase fijo.

—¿Quién querría a tu amiga muerta?

Se rio otra vez con sus dientes largos y finitos y ahora Clara pudo verle las muelas negras, cubiertas de amalgama.

—Ustedes son un grupo pacato —siguió Malbic—, y los pacatos mueren por las formas. Lo último que querría Ernesto sería encontrarse en mi situación. Pero tomá tu té y volvamos al tema por el que viniste: Dillon no quiere un crimen en su country, ya lo dijimos, ni va a querer que la policía se meta adentro.

Juntó las cejas y la miró fijo, la boca cerrada. Después miró hacia la ventana y se quedó un rato largo callado. Apretaba los dientes. Clara pensó que ahora Malbic no estaba masticando su problema, sino el de Dillon, por más que pensara en sus cien dólares la hora. Tuvo la sensación de que no pasaría el día siguiente sin que Dillon la llamase o llamase a Ernesto. Le dirían que ya bastante tenían con lo que les había ocurrido. Seguramente usarían a Pablo y a Nico como justificación.

Por un segundo se distrajo, y volvió al lugar cuando oyó que Malbic decía que no iba a cobrarle la entrevista. Que la había recibido en calidad de amigo y que lo que ella había dicho en su oficina no saldría de allí. Se reclinó hacia atrás, el respaldo de la silla cedió como si tuviera un resorte, y apoyó la cabeza en los dedos entrelazados:

—Lo que dijiste no sale de acá, ¿entendés? —reforzó—. Todos los amigos de Felisa están directamente afectados por su muerte. Vos no sos ni sucesora ni ascendiente ni descendiente de la fallecida, no tenés legitimación para constituirte como querellante en la causa, como particular damnificada.

—Pareciera que es usted el que ahora está comprando mi silencio, ¿no? Yo no tengo problemas en que ellos sepan que sospecho. ¿Qué perdería?

A Malbic pareció disgustarle esta conclusión de Clara. Apoyó los brazos sobre el escritorio, puso los ojos estáticos y optó por la pregunta menos oportuna:

—¿Eras su pareja, che?

—Éramos amigas desde la infancia. Pegadas desde cuarto grado, cuando su familia vino de España. Felisa Morel era una persona que se angustiaba mucho. Un poco esnob en el sentido intelectual, quizá marginada también. En los últimos meses estuvo con una profunda depresión y castigó su cuerpo, como a lo mejor lo castigaba cada vez que corría y corría. Pero no murió porque el cuerpo le dijo basta. Y si no es usted —Clara reforzó la palabra para acentuar la distancia—, habrá otro abogado que me escuche sin prejuicios.

Malbic pasó por alto el comentario:

—Entonces el único que puede constituirse como particular damnificado o querellante es el marido. Al hijo ni lo contamos. Sólo el marido puede pedir la autopsia. Es la única manera en la que podría intervenir yo. Con tus sospechas, no vas a conseguir que el fiscal actúe de oficio tampoco. Vos sola no podés llegar a nada, grabátelo en la cabeza. Nadie se ve beneficiado con la muerte de Felisa, Clara. No tenés móvil. Y en Los Caimanes todos saben de memoria que una persona que deja de comer busca la muerte, consciente o inconscientemente.

En el ascensor, Clara recordó la aseveración de Malbic de que nadie se veía beneficiado con la muerte de Felisa. Si era así, ¿por qué sentía un alivio generalizado? Como si Felisa Morel hubiese sido un espejo en el que todos se veían deformados, grotescos. Pero no era suficiente razón para matar, no era un móvil para un asesinato. Lo último que Malbic le dijo fue que lo que ella necesitaba era terapia psicológica para hacer el duelo por su amiga. ¿Te preguntaste de qué manera te afecta, a vos personalmente, su muerte?

IV

A Clara la carcomía la culpa. Hasta que Pablo se fue de la casa porque no soportó los celos, hacía dos años, habían pasado un tiempo largo sin tener mucho que decirse una a la otra. Jugaban el juego de que estaban ocupadas; Felisa, en la facultad, o en la inmobiliaria, o en congresos, y Clara, en el colegio donde daba clases, o con Filu y Delfi, o congraciando a Ernesto.

Apenas Felisa la llamó para contarle que Pablo se iba, Clara corrió para su casa. Felisa tomaba ron con hielo, una pantufla de Pablo las miraba desde la puerta de entrada, y mientras le contaba de su enamoramiento con Arispe, su jefe de cátedra. Clara lo conocía, habían cursado Historia Medieval juntas. Lo recordaba como un viejo. Quizá no fuese viejo, pero tenía la pinta de un hombre arruinado por la vida oscura de noche, tabaco, sustancias y alcohol.

—Rompí el código entre nosotros —dijo Felisa—. Yo podía hacer lo que quisiera, con tal de que le contara todo. Lo que quisiera, Clarita. Así fue siempre, por las noches le contaba a Pablo cualquier fantasía, cualquier cosa que hubiese hecho, cualquier cosa que se me pasara por la cabeza. De Arispe no le dije nunca nada.

A Clara tampoco. Cuando se juntaban, hablaban de los chicos o de trabajo o se acordaban de la infancia. De La Cumbre, el tema preferido de las dos. Se habían conocido allá, en el colegio St. Paul's, en La Cumbre, Córdoba, que tenía internado. A Clara la había mandado el padre cuando la madre murió, y a Felisa también, cuando su padre se divorció de su madre. El recuerdo era el de un lugar y un tiempo sólo de ellas; mágico, improbable, desamparado. Improbable porque era una vida al revés: ellas vivían donde la gente iba de vacaciones y vacacionaban donde la gente vivía, en Buenos Aires. Los dos primeros años. Después pidieron quedarse y pasar las vacaciones allá, con el colegio vacío y haciendo de cuenta que estaban de vacaciones. Caminaban la barranca hasta el pueblo para ir a bailar a Toby's, a la pileta de natación del club de golf o a la salida de misa, donde podían ver a los chicos lindos de Buenos Aires.

El día de la separación, Pablo había levantado campamento, se había llevado su valija con rueditas con todas sus cosas menos una pantufla, y Felisa y Clara se miraron hondo a los ojos después de varios años,

como reconociéndose. Cinco meses más tarde, Pablo ya había vuelto y Felisa comía poco y nada.

—¿Por qué Arispe, Feli?

—Porque él es yo. Sólo vos podrías entender eso, Clarita —había dicho Felisa. Abría los ojos, que parecían idos, en otra parte.

Pero Clara no entendía. Pensaba que no conocía a su íntima amiga, su hermana, su otra mitad. Porque una se esfuerza para conseguir lo que tiene. Ser buena amiga, buena esposa, buena madre y que la quieran. El amor no era un cuerpo tibio unos minutos. El amor era acompañamiento, pasar por el mundo con alguien al lado, como un riel, una muleta, una baranda. Mientras Felisa tomaba ron con hielo a las once de la mañana y trataba de explicar lo que le pasaba con Arispe, Clara pensaba que hablar de sexo era hablar de soledad. O de miedo. Y el miedo aparecía por el abandono y la soledad.

En el internado de La Cumbre, a su llegada, Clara caminaba cabizbaja por el patio del colegio, las manos en los bolsillos, haciendo de cuenta que iba hacia alguna parte para que no se notara que estaba sola, que no tenía amigas y que tampoco tenía ganas de abrir la boca para acercarse a alguien y no seguir tan sola como había llegado. Nunca se había engañado con el asunto de la felicidad. Simplemente, no la pretendía.

Felisa había llegado a mitad de año de cuarto grado. Todo el colegio la respetó de inmediato, se habló del exilio de su familia y enseguida la cubrió un aura provocadora, como si fuese hija del propio Che. Trajo el pelo corto y desprolijo en vez de atado, tirante y con moño, y a la semana siguiente casi todas se habían cortado el pelo y ya ninguna se lo ataba. Nunca se rieron de su acento español, la trataban con deferencia, se peleaban por estar cerca de ella. Y Felisa eligió a Clara, y Clara la veneró inmediatamente. Quedaron pegadas desde ese día. Para Felisa, quizá, fue como rescatar a un perro de la calle, cuidarlo y darle una vida nueva. Las demás chicas notaron a Clara por primera vez, y así ganó consideración.

Después de estudiar, Felisa salía a correr laderas arriba y laderas abajo por los cerros fragantes a peperina. Sólo estaban separadas cuando Felisa corría, y Clara la esperaba acostada boca arriba en el pasto, raspando la sensación de felicidad. Todo lo contrario de Buenos Aires, donde Clara debía vivir en el departamento de su padre, que no tenía cuarto para ella, y le daban una almohada y una frazada para que se tirara en el sofá.

Felisa llegaba a la casa de su madre, que estaba siempre borracha. El hermano ya vivía solo e iba a la facultad, y el padre se había instalado en Formosa con su nueva mujer. Las demás internas del colegio contaban los días para irse de vacaciones. Hablaban de Mar del Plata, Punta del Este, Florianópolis. Ellas llegaban a Buenos Aires y nadie las

recibía con ánimo de vacación. Después de dos años y, sobre todo, después de lo que le había pasado a Felisa con el vecino del 9°B, pidieron quedarse en el colegio y las dos recibieron aprobación, a pesar de que debían pagar los gastos adicionales.

Felisa no le daba importancia a aquel relato sobre el vecino, pero Clara sí. Un día, la madre había invitado a este hombre y, aparentemente, había coqueteado con él hasta que, de tan borracha, se había quedado dormida con la cabeza apoyada sobre la mesa. A la mañana siguiente, mientras Felisa desayunaba en la cocina, la madre se asomó en un batón de toalla y le dijo: chiquilina, más te vale que estudies y seas la mejor alumna de tu clase, porque si no el mundo te va a tragar. Y no se te ocurra pensar que ahora las cosas son distintas gracias a la bravura de las feministas. Acá seguimos siendo adornos o recipientes. Acá, ¿entendés?, decía tocándose la cabeza.

Esa misma tarde, Felisa le mintió a Clara cuando le contó que saldría con el padre, que había venido desde Formosa para verla. La verdad era otra: se iba a Tigre con el vecino del B, un hombre de treinta y siete años. Felisa todavía no había cumplido catorce. Clara se enteró de lo que había sucedido ese día en el viaje de regreso a La Cumbre; de golpe, Felisa largó la frase: no soy virgen. Al principio, Clara no le creyó. Sonaba a invento. Que había bailado desnuda sobre la cubierta de un barco, que le había gustado todo lo que el hombre le había hecho, aun el dolor, y que se había zambullido al agua cuando quiso irse y el tipo no la dejaba. Ahí fue cuando Clara empezó a creerle. Felisa se había hecho un ovillo en su asiento y reía, hasta que la risa se mezcló con el llanto. De repente se enderezó, miró fijo a Clara y, riéndose y con los ojos rebalsando de lágrimas, le dijo que había podido escapar a nado. Nadé, nadé, nadé, casi le gritó, tomando a Clara de los hombros. ¿Entendés? Clara dijo que sí, pero no era cierto. No entendía. La luna blanca se aplastaba sobre el agua —siguió Felisa —, y parecía que nadaba hacia ella, resbaladiza, inalcanzable, como dentro de un espejo. Nadó hasta que se le acalambraron los brazos y entonces se abrazó al pilote de un muelle.

A Clara esa historia le quedó flotando en la memoria. A cada rato se preguntaba cuánto había de verdad y de mentira en el relato, y muchas veces se encontraba fantaseando con que la protagonista era ella. A veces le pegaba una bofetada al vecino y salía corriendo, y otras veces sucumbía a sus besos y caricias y se declaraban amor eterno. ¿Por qué Felisa se atrevía a tanto y ella sólo a observarla o, mejor dicho, admirarla?

Cuando terminaron el secundario, eligieron la carrera de Historia y no tuvieron más remedio que vivir en Buenos Aires. Felisa, con la madre, y Clara, en el departamento de un ambiente que había heredado de la suya. Felisa, además de estudiar, trabajaba en la

inmobiliaria del tío. Y seguía corriendo. Se levantaba a las seis de la mañana y corría por las calles y avenidas hasta los lagos de Palermo. Cuando apareció Pablo, empezó a correr menos y poco a poco fue rellenando su cuerpo y devolviéndole la forma. Demasiado pronto se casó, porque había quedado embarazada. No había cumplido los veintiuno. Pero nunca dejó de ir a la facultad ni de trabajar en la inmobiliaria. Pablo no trabajaba todavía. Quería recibirse de abogado y que el padre lo perdonara por casarse tan joven y trabajar en el banco con él. Paul y Teresa Dillon le habían cerrado las puertas de su casa a su único hijo por haberse casado de apuro y a escondidas con "la zurdita", como le decían a Felisa, porque el padre había estado exiliado y por la misma personalidad y el aspecto de Felisa: el pelo largo y despeinado, polleras largas y amplias y suecos artesanales. Felisa mantenía la casa; Pablo cuidaba a Nico bebé mientras estudiaba. Además, ella le pasaba una mensualidad a su madre, que no tenía un peso; su exmarido no estaba obligado porque los hijos eran mayores de edad.

Y corría.

—¿Por qué corrés tanto, Feli? —le preguntó un día Clara. Felisa puso una cara que le hizo acordar a aquella noche en el micro que las llevaba a La Cumbre, cuando le había contado lo del vecino. De nuevo, sonrió y los ojos se le humedecieron. No sabía por qué corría. Corría porque sí. ¿Clara le pedía una razón? Correr era una mezcla de huir del mundo al mismo tiempo que enfrentarlo y depender sólo de su cuerpo. Eran sus piernas, sus brazos, su oxígeno los que la hacían ir adonde quisiera, y la sensación era de pura independencia. Estaba sola por caminos que inventaba ella misma, ya fuese en el cielo de la naturaleza o en el infierno de la ciudad: sola, sin obligaciones ni dependencias. Correr y correr, entrenarse para cubrir cada vez más kilómetros y kilómetros, aumentar la sensación de autonomía, de libertad. Ellas habían elegido la carrera de Historia con la ilusión de saber algo respecto del ser humano, ¿sí? Bueno, correr y tener sexo eran dos actividades en las que el cerebro salía de juego, *game over,* el cuerpo lograba desprenderlo de su dominio ficticio y se imponía la sensación de libertad.

Cuando Felisa empezó a adelgazar, Clara la acompañó al médico. El médico le preguntó, también, por qué corría tanto. La respuesta de Felisa volvió a incluir el sexo. En aquella consulta, contó, sin ningún pudor, que tenía relaciones sexuales con hombres diferentes todas las semanas. Incluso desconocidos. El médico escarbó detalles y Felisa se los dio, como si estuviera contando el hecho más normal del mundo. Al final, bastante desconcertado por la franqueza de su paciente, le aseguró que correr tanto y ser promiscua eran dos adicciones. Le recomendó una terapia, porque era evidente que ella buscaba la

ausencia de sentimientos; mantener distancia con las personas y apartarse de la posibilidad de querer. Adelgazar así se llamaba anorexia, y la promiscuidad sexual escondía una fuga de la intimidad. Dijo, también, que la anorexia era una forma de adicción activa. No hacer algo, no hacerlo y no hacerlo. Un rechazo compulsivo a la comida, a la confianza, al compromiso, a la entrega. Y cuando el sexo se convertía en una prioridad e interfería en la vida diaria, en el trabajo, en las relaciones personales y sociales, se transformaba en un problema.

¿Cómo el sexo puede ser un problema?, dijo Felisa apenas salieron del consultorio. Era la única manera de cerrar los ojos y desaparecer en el puro goce. Desaparecer y encontrarse con Dios. Lo contrario del laburo.

Clara no había entendido lo que Felisa había querido decir y le llamó la atención que mencionara a Dios. Estaba muy preocupada por la salud de su amiga y no quiso hacerle preguntas concretas que dejaran claro que, para ella, desvariaba.

Cuando Felisa se casó, Clara se sintió más sola y dudaba de ser capaz de conseguir un amor que la aturdiera, como a Felisa; sólo confiaba en uno que espantara la sensación de soledad. Ernesto le habló de "proyecto". Él parecía seguro de algunas cosas, de las más importantes. Dijo que construirían una familia (usó ese verbo), serían un equipo. Clara no tendría que confiar en la confiabilidad del amor, algo tan escurridizo, porque el plan de Ernesto parecía racional: yo te convengo, vos me convenís, asociémonos. Al principio, le parecía que se arrimaba a eso que llaman felicidad.

Unos días después de la pantufla en la entrada, mientras volvía caminando a su casa, Clara se encontró diciéndose que tal vez en el pacto que había hecho ella había dado por sentado que no podía pretender que alguien la quisiera como querían a Felisa o como ella sería capaz de querer: con veneración.

V

Al día siguiente de su visita a Malbic, Grace González Calderón la llamó temprano a su casa, antes de que Clara saliera hacia el colegio. Le pidió si podía ir a verla cuando volviera del trabajo, tenía que pedirle algo. Era jueves, Clara volvía a las cinco, con sus hijas. Fue directo a la casa de los González Calderón, y mientras preparaba el Nesquik para Filu y Delfi, Grace le dijo que necesitaba algo para Acción Social. Clara protestó enseguida, ella no pertenecía a esa organización y además, en ese momento, no daba abasto. Se trata de Gutiérrez, insistió Grace. Clara lo conocía bien, le daba clases de apoyo a uno de sus hijos, reforzó, tal vez para que no se negara. Después, Grace cruzó los brazos y se quedó callada. Chupaba un caramelo y lo hacía chocar contra los dientes.

—¿Qué tal es el chico? —preguntó.

—¿Jonathan? Chiquito. Dulce.

—¿Y la madre?

—No la conozco.

—Mañana no vas al colegio, vas a la escuelita, ¿no?

Clara no contestó. Grace sabía perfectamente que así eran sus viernes. La escuela donde Clara daba clases de apoyo quedaba pegada al muro en la parte del fondo, detrás de la canchita de fútbol.

—Necesito pedirte un favor. Que cuando salgas de la escuela vayas a la casa de Gutiérrez y compruebes si es cierto que no tienen agua potable porque se les agotó el pozo. Gutiérrez es un tipo complicado y el directorio está queriendo depurar la seguridad de Los Caimanes.

—¿Por qué yo?

—Me parece que es un caradura, Clara. Es la tercera vez que pide un adelanto de sueldo. Ahora salió con que se le llenó el pozo de la casa y tienen que traer el agua con baldes desde lo de la suegra. Pero no le creo, ¿sabés? A este tipo no le creo. Hubo algo en la actitud de Gutiérrez, cuando se apareció por la sede de Acción Social, que no me gustó. Algo así como si me estuviese chantajeando. Vos tenés intuición, te darías cuenta de si se están aprovechando de nosotros. Encima, estamos apretadísimos en esta época, faltan menos de cinco meses para Navidad y se nos vienen encima los gastos de canastas navideñas y regalos para los chicos. Pensá que no podemos tener

enemigos acá adentro, trabajando para nosotros, para nuestra propia seguridad. Además, involucrarte con nosotros y nuestra ayuda al prójimo te va a despejar la cabeza. Estar ocupado es clave para hacer un duelo. Aferrarte a tu propia vida y no a la que ya no está.

Clara no supo decirle que ese tipo de ayuda no le interesaba. Ni que ella hacía suficiente por su duelo. O mejor dicho: lo que podía. Quizá todavía no podía pensar claramente, estaba demasiado aturdida por la tristeza, la duda y la culpa.

Clara no le dijo a Ernesto que al salir de la escuela iría a lo del guardia Gutiérrez, porque le hubiese advertido: ¿a Las Ranitas? Es una villa, Clara, ¿vos te das cuenta del peligro? Decile a Grace que vaya ella, a ver si se anima, o que le diga a Gutiérrez que no hay plata y punto. Si les van a dar a todos los que piden, se van a acostumbrar, y estos tipos no aprenden. Se gastan el sueldo en la primera semana.

Ese viernes hubiese vuelto de la escuela a las tres de la tarde y se hubiese quedado tirada en la cama, evocando La Cumbre hasta que llegaran las chicas del colegio. Pero prefirió no contrariar a Grace; finalmente, no le costaba tanto su pedido y además le daba intriga que hubiese algo detrás del encargo. Siempre iba en bici a la escuela, porque eran sólo diez cuadras. Salía por la puerta de atrás de Los Caimanes, la de los proveedores.

A las dos y media, desde la escuela tomó hacia la derecha en vez del camino hacia la izquierda que la habría llevado a Los Caimanes. El asalto a la ex de García del Río era reciente, había convalecido dos meses por los culatazos en la cara y allá todavía decían lo que dicen siempre, que la había sacado barata, podrían haberla matado, hoy en día te matan por un par de zapatillas.

Llevaba una campera de Ernesto encima de su ropa. Pedaleó pegada al muro hasta la estación de servicio. Por encima del muro, asomaban los techos de algunas de las casas de Los Caimanes, y las reconoció. Leyó las inscripciones en el muro: “Cumplimos con Perón, a la plaza con Moyano”, y otras que no se leían tanto, que estaban borroneadas. Una planta trepadora crecía debajo de la frase “Cristina te amo”, la rodeaba y llegaba casi hasta el alambre y las botellas. La última inscripción que leyó era un anuncio de un recital de Damas Gratis, la banda cumbiera, en una fecha que ya había pasado.

Dio la vuelta bordeando la canchita de fútbol, cruzó la vía y llegó a la zona donde las casas se aprietan una contra la otra, son de madera y chapa y están torcidas. Mientras pedaleaba, pensaba que no llevar cartera ni reloj era un error. Podían salvarla de la saña. Tuvo vergüenza de ese pensamiento prejuicioso, a pesar de que el corazón le rebotaba cerca del cuello. Pensaba en Filu y Delfi, en que ellas eran lo más importante en su vida, más que Ernesto, más que nada de nada.

Pasó frente a un templo evangelista, rectangular y sin ventanas. Pedaleó dos cuadras más hasta donde las calles de tierra eran tan angostas que un auto no pasaría. Ahí se bajó de la bici y la empujó del manubrio. A cada rato miraba el planito que le había hecho Grace, pero después del templo evangelista perdía la referencia. Al costado de la calle, había una cuneta ancha y unos yuyos. Esa calle estaba vacía, pero en la siguiente había varias mujeres sentadas en banquitos sobre la calle y tomando mate. La miraron sorprendidas. Les pidió indicaciones para llegar dándoles el nombre de Gutiérrez, porque las calles no tenían nombre ni las casas, numeración. Un viejo con la verruga más grande que Clara había visto en su vida, en el costado de la nariz, dijo que para allá hasta el árbol y después del árbol un tranco a la derecha, la única casa con jardincito y un portón de madera.

La casa era blanca, de cal, sobresalía entre las demás, que eran de chapa y madera. Había una señora descalza parada frente al portón. En las manos tenía a un bebé envuelto en un trapo, y dos nenitos se prendían de cada una de sus piernas. Uno era Jonathan, que sonrió y empezó a saltar señalándola. Es Clarita, es Clarita, repetía.

—Corran para adentro —les ordenó la señora.

La miró a Clara con desconfianza cuando le preguntó si ella era la señora del guardia Gutiérrez. La corrigió:

—Vigilador Gutiérrez.

Clara entendió que para ella había una diferencia, entonces se apuró en decirle que venía de parte de Acción Social de Los Caimanes por lo del pozo. La mujer la invitó a pasar a la casa. Después dijo:

—No los dejo jugar en la calle, porque usted ya sabe.

Clara aceptó el mate. Ahora que la veía de cerca, la señora era una chica. Debía de ser más joven que Clara. Las ojeras oscuras y la piel quebrada le daban aspecto de más vieja. Más la barriga inflada y floja. Se quedaron calladas durante unos cinco minutos que a Clara le parecieron treinta y, mientras, tomaban mate. Casi saltó de la silla al oír unos disparos, pero enseguida se dio cuenta de que provenían de la tele que miraban Jonathan y su hermanito. El agua para el mate había salido de un balde gris. Iba a decírselo a Grace.

Después la chica le habló de la profundidad del pozo y de las napas crecidas, pero a Clara le costaba concentrarse. Preguntó una estupidez, preguntó qué pasaba con el agua corriente. La chica hizo una mueca de sorna, la miró a Clara de arriba abajo y cruzó los brazos.

—Agua corriente —dijo al fin y rio—: la prometieron en las elecciones, igual que la otra vez. Todos nos tratan de idiotas, como usted.

—No me hable así, por favor. Jonathan es alumno mío. Es muy inteligente, no necesita el apoyo. Sólo necesita poder concentrarse. Debe ser porque es más chico que los demás, él nació en junio, ¿no?

Clara sintió que la cara le ardía y que se estaba poniendo colorada. Los nenitos se habían aburrido de la televisión y jugaban con un pedazo de telgopor.

—¿Para qué la mandaron? Para que mi Gutiérrez no abra la boca, ¿no?

—No abra la boca respecto de qué.

—Y, vaya a saber… Tantas cosas que sabe de allá adentro. La de Calderón González… ah, no, González Calderón, esa es la que reparte el billete cuando hace falta. Qué raro que no vino ella. Por eso le pregunto a usted por qué la mandaron.

—¿Ustedes no pidieron dinero adelantado para hacer un pozo nuevo?

La chica rio. Se notaba que su dentadura era postiza:

—¿Pozo? ¿A usted le parece que en mi terrenito cabe un pozo? Al lado vive otro vigilador, tiene el mismo problema que nosotros, como todo el mundo. ¿Por qué el interés en nosotros? ¿Por lo de la combi o por lo otro que mi Gutiérrez no me puede contar todavía pero que lo tiene todo el día nervioso?

—¿Qué combi?

—Todos acá en Las Ranitas hablan de eso, y bueno, acá les gustan los cuentos de los pachás de allá adentro, pero a mí no, ¿sabe? A mí no. No me interesa si se mueren de hambre porque les chifla el moño o si se matan entre ustedes. A la de González Calderón no le puedo decir las cosas así, pero a usted me parece que sí, ¿o me equivoco? Es que ya me podrí, ¿sabe? Uno de los papás de las pibas era mi compadre. Las pibas vivían de las partusas y los papás lo sabían de hacía rato. Y, oiga, que sabemos que todos acá en el barrio, de una manera o de la otra, vivimos de los de adentro, eh. ¿Quién organizó el bacanal? El fiolo Pereira, el paragua dueño de todas las lolitas de por acá. Y mi Gutiérrez, en su día de franco, imagínese, manejando la combi para los catorce caimanes puestos de alcohol. Las otras veces no me lo contó, pero esta vez no le quedó otra, todo el mundo acá se enteró. Las pibas eran cinco nuevitas, todas menores de edad, como siempre. A los de allá adentro les gustan nenitas, así que las trolas del paragua son todas chirusas. Y parece que les gusta que los atiendan a todos a la misma vez y en la misma habitación del piringundín de la ruta, pero esta vez se les dio por farra adentro de la misma combi.

Clara escuchaba como supuso que escucharía un paciente oncológico a su médico, con un poco de asepsia y escepticismo, y como si lo que oía se refiriera a la vida de otra persona. Al principio, no se le ocurrió que Ernesto pudiese ser uno de los caimanes-pasajeros de la combi.

—¿Cuándo fue eso?

Enseguida se arrepintió de su pregunta. Podía a ver a Ernesto borracho, a las carcajadas, su mancha de nacimiento en la ingle color bordó, bailando entre otros caimanes también desnudos y riéndose,

también borrachos y tétricos, y esas chicas mirándolos con asco solapado.

—Fue la noche antes de que se murió la mujer esa de allá adentro. La que se le daba por hablar con mi Gutiérrez.

La chica la miraba, esperando, como si fuese un partido de truco y le acabara de cantar el falta envido.

—¿Felisa? ¿Felisa hablaba con Gutiérrez?

La conversación no daba para más; la información que Grace pedía era una minucia al lado de lo que Clara acababa de ver y oír. Cuando montó nuevamente su bicicleta, no sintió miedo, pedaleó tranquila hasta su casa.

Después, cuando Grace fue a verla, le dijo que no dudase, que Acción Social le diera a Gutiérrez la plata para el pozo. Le explicó que Gutiérrez no exageraba, el pozo tenía la boca tapada de raíces.

Grace continuó:

—Si no cuidamos a los que nos cuidan a nosotros, puede ser un búmeran, ¿o no estás de acuerdo después de haber estado en su casa?

Clara se acordó de que Felisa decía que el mundo era una oscuridad y cada uno lo enfocaba con su propia linterna. Cada uno su propio chorro de luz, Clara, cada linterna su mundo, porque el mundo es aquello que alumbra nuestro chorro de luz, entonces hay millones de mundos, según cada linterna.

Grace movió sus labios finitos y siguió chupando sus pastillas de menta, como siempre. Mientras hablaba, la pastilla iba chocando contra los dientes y cada tanto aspiraba el jugo y tragaba. Ese día tenía el pelo recogido detrás de las orejas. Clara miró por la ventana, los chicos de Grace y Filu y Delfi se hamacaban. Sintió frío y se subió el cierre de la campera de Ernesto.

—¿Por qué querías que fuera a la casa de Gutiérrez, Grace?

Era la semana en que Grace exponía los cuadros del hermano en su casa. Estaban todos colgando de un hilo de nailon con etiquetas con el precio. El veinte por ciento de lo que vendía iba a Acción Social. Uno de los cuadros tenía mucho color rojo, y a Clara le gustó. No sabía qué era, quizás una manzana inmensa.

—Te lo dije, Clara. Vos sos muy intuitiva.

—¿Querías que me contara lo de la combi?

Los ojos de Grace se achicaron, el verde se oscureció, apretó los dientes. Abrió la cartera y sacó otra pastilla. Se quedó callada un rato largo, los labios finitos como gillettes. Chupó la pastilla, la hizo golpear contra los dientes. Después dijo:

—Para empezar, no le podés creer nada a esa mentirosa. Yo la conozco, anda siempre mangueando en nombre de la parroquia. ¿Te salió con algo más?

—¿Para qué querías que fuera yo, Grace?

—Acordate, Clara, que esta noche es el concierto de vientos en el *club house.* Los concertistas son de La Plata y tocan en el Colón, y conseguí que el club financie parte del costo del show. No te lo podés perder.

—Grace, ¿por qué me pediste que fuera a la casa de Gutiérrez?

—Estás paranoica, Clara. Te lo dije antes de que salieras para allá: Gutiérrez es un tipo complicado y la última vez me pareció que me chantajeaba.

—También me dijiste que querías que viera la casa, que te dijera qué me parecía la mujer. Y que se les había agotado el pozo. Pero no tienen pozo. Nadie en Las Ranitas tiene pozo.

—¿Y? ¿Qué te pareció la mujer?

—Una persona valiente que deja a los hijos en lo de una tía para limpiar el hospitalito de Derqui. Orgullosa como para no trabajar acá adentro. Harta de la manipulación de la que nadie allá puede zafar. En Las Ranitas viven tironeados entre los planes que les consigue un puntero político y las changas que hacen acá.

—Ves, Clara. Hice bien en mandarte a vos. Sos muy perceptiva.

—¿Qué era lo que necesitabas que percibiera?

Grace se desplomó sobre el sofá.

—¿Tiene que ver con la muerte de Felisa?

Grace se puso de pie de un salto:

—¿Te volviste loca, Clara?

—Es que no entiendo. ¿Con qué te chantajea Gutiérrez?

—Eso no te lo puedo decir. Perdoname. Debería haber sido más franca con vos. La verdad es lo que te dije. El directorio quiere cambiar la seguridad por lo que pasó con la ex de García del Río. No sabe si cambiar a algunos guardias o directamente cambiar la empresa entera.

—Sigo sin entender por qué fui a Las Ranitas en mi tarde libre. Debería haberme quedado en casa sola y llorar a Felisa en paz.

—Basta de Felisa, Clara. Vos sos muy distinta a ella. Estuviste siempre debajo de su sombra. Te conviene enfocarte en eso y vas a ver cómo florecés. Ernesto piensa lo mismo, me lo dijo.

Eso era un golpe bajo. Invocar a Ernesto, que es empleado del Gallego, el marido de Grace, y encima con un comentario que él le había hecho a ella. Entonces dijo que le gustaba el cuadro de la manzana. Grace miró el cuadro y dijo:

—No es una manzana, pero mejor no preguntes. Ya sabés cómo es mi hermano, yo quiero darle una manito, ¿viste? Si no sabés cómo es mi hermano, no preguntes, dejémoslo ahí. Y si estás pensando en comprarlo, me parece que no va a quedar bien en tu casa. Fijate mejor este. Raro que mi hermano pinte dos cosas tan diferentes, ¿no? Pero bueno, viste cómo es él.

Señaló otro cuadro, uno que era un paisaje plano y seco como de la Patagonia. Clara volvió a su casa con el cuadro de la Patagonia. Tenía un alambrado de postes todos iguales, salvo uno torcido. A Ernesto le pareció un plomazo. Se enojó porque lo eligió sin consultarle. ¿Dónde lo vamos a poner?, preguntó. Clara le dijo que lo había pintado el hermano de Grace y que le había insistido en que lo comprara para darle una manito. A Ernesto no le quedó más remedio que tranquilizarse, porque el marido de Grace, el Gallego, más que un amigo era su jefe.

A la noche, Clara se bañó y se vistió de negro. Le dijo a Ernesto que no se preocupara por acompañarla al concierto. Si él estaba cansado, ella podía ir sola, porque de todos modos era un evento adentro de Los Caimanes, así que nada peligroso.

—La noche antes de que se muriera Felisa vos tuviste póker, ¿no?

—Los miércoles tengo póker —confirmó Ernesto, tal vez para que Clara cayera en la cuenta de que no le prestaba demasiada atención a sus *hobbies.*

—Quizás ese miércoles jugaron a otra cosa.

—No te hagas la insidiosa, Clara. No te sale bien.

Cuando volvió del concierto, Ernesto hablaba por teléfono en el living. Las luces del jardín estaban prendidas y las de la casa no, entonces sólo veía su silueta recortada frente a la ventana, y detrás de su silueta, el muro.

Ernesto se reía. Escuchó que le decía a la persona con la que hablaba por teléfono:

—Tu mujer está bastante buena, viejo, pero tenés que ponerle tetas. Cierto, Felisa era flaca y tenía tetas. Pero insoportable, eh. No me digas ahora que cualquiera de nosotros habría querido matarla y los demás, agradecidos.

Clara entró a la casa sin hacer ruido. No tenía ganas de interpelar a Ernesto y saber con quién hablaba. Pensó que todos los hombres dicen las mismas bajezas, son igual de burdos de acá a la China, pero que, como el perro, suelen ladrar más de lo que muerden. O quizás estuviese equivocada.

VI

Una mañana, mientras les servía el café con leche a Filu y Delfi, Clara miraba el cuadro de la Patagonia colgado en la pared de la cocina y recordaba distintos pedazos de conversaciones con Felisa de cuando eran chicas, de cuando le contaba de su affaire con Arispe, de los días que había pasado internada en la clínica. Le hizo una trenza a cada una de sus hijas, les acomodó el uniforme, impecable, y las besó antes de subir al auto. Le gustaba trabajar en el mismo colegio donde ellas cursaban la escuela primaria, porque podían sentirla cerca, contar con su mamá si la necesitaban. Nico iba al mismo colegio. Ese día, apenas llegó, fue al patio y lo encontró solo, la espalda contra la pared. Lo tomó de los brazos y le dijo que si necesitaba algo, lo que fuera, pasara por el aula treinta y dos. Ella podía imaginarse cómo se sentía y quería acompañarlo, ayudarlo en lo que estuviera a su alcance.

Mientras sus alumnos de 3° B escribían el trabajo práctico, a libro abierto, Clara miró por la ventana. Había un cielo gris compacto, y su vida y la de Felisa pasaban como a través de la ventana de un ómnibus. Clara se detenía en algunas estaciones y reparaba en los cuerpos de las dos, y en la comida y en la exageración de Felisa para todo, como si siempre hubiera tenido que llegar al final de cada recorrido o agotarlo. Ella era la única que podía entender a Felisa. Pablo no la entendía. Ni la conocía. Podría estar muy enamorado, amor ciego, como le gustaba decir, pero a Felisa no le servía. Al contrario, la enfermaba. Él no era esa otra mitad exactamente ubicada en el punto opuesto de Felisa, como ellas habían sido y acaso como debiera ser la pareja de alguien. A Pablo lo enamoraba lo que llamaba "su locura", que para él era un necio sinónimo de salvajismo. No se daba cuenta de que Felisa no tenía ni una pizca de loca, sino una intensa sensibilidad; entonces, cuando ella parecía perder el equilibrio, en vez de ayudarla a restaurarlo, le torcía la base de apoyo.

Los demás tampoco entendían a Felisa. ¿Dónde está Feli?, decía Ernesto con sondeo libidinoso cuando ella perdía la mirada. Felisa sonreía y los miraba a todos como reconociéndolos. Parecía volver de un desmayo. Qué tenés que estar pendiente de dónde tiene Felisa los ojos, le decía Clara a Ernesto cuando volvían a su casa. Ernesto saltaba

para justificarse o, mejor dicho, para defender a Felisa: pobre mina, ¿no ves que es intelectual? Clara contraatacaba: tan intelectual como yo, estudiamos la misma carrera. Sí, es verdad, pero Felisa es distinta; piensa en otra cosa porque se aburre con nosotros. Es demasiado inteligente. Debiera trabajar en política, gente así le hace falta a este país. Y Clara replicaba: vos sos tan inteligente como ella, te obnubila porque no terminaste el secundario. En cambio, deberías sentirte orgulloso de vos mismo; todo lo que tenés lo conseguiste solo. Trabajás desde los dieciséis años.

Ernesto no era el único marido fascinado por Felisa, y eso generaba envidia en las mujeres. Todas se daban cuenta de cómo ellos caían en la trampa que tendía, la del misterio; de que escondía o sabía algo que los demás no. Entre bueyes no hay cornadas, la defendía Jenri, que no aguantaba las críticas. Él se había quedado sin trabajo cuando el banco en el que estaba desde hacía años cerró en 2002, y todavía no había conseguido otro empleo. Desde entonces, veía a todo el mundo como victimario. En este caso, más que a nadie se refería a Bibi, que acusaba a Felisa de apelar a una especie de condescendencia cuando estaba con ellos, sus amigos insípidos.

En Los Caimanes, Felisa hablaba poco, callaba y colgaba la mirada. Seguro que en Puan, en la facultad, sí hablaba. Ahí estaban sus verdaderos interlocutores. Había ingresado en la cátedra de Historia Medieval como ayudante de Trabajos Prácticos, cuando le faltaban tres materias para recibirse. En la entrevista, Arispe le dijo que le interesaba tenerla porque buscaba que su equipo fuese heterogéneo. Felisa entendió enseguida que su aporte a la diversidad del equipo era una cuestión de clase social, pero no se ofendió. No quiso ver lo que le mostraba Clara, que Arispe evaluaba a la gente por algo ajeno a su capacidad de trabajo; prefirió obviar el morbo del juego de Arispe con la autodiscriminación. Ni siquiera después de que la latigueó como "burguesa-tilinga-con-complejo-de-clase". Tampoco le molestaba que llamara a todos los miembros del equipo por su apellido salvo a ella, a la que le decía la "Flaca".

Clara fue una testigo lejana del comienzo de la historia de Felisa en la cátedra cuando Arispe, esa vez que se lo habían encontrado en las escaleras de la facultad, les dijo que hacer historia medieval en la Argentina era casi como hacer ciencia ficción. Clara, al contrario de Felisa, no quería una carrera académica. Aunque todavía no tenía hijos, no dudaba de que quería ser profesora *part time* en un colegio secundario y que le quedara tiempo para ser la madre presente que aspiraba ser.

Clara recordaba a Arispe como uno de esos tipos con capacidad para decir la palabra correcta en el momento justo, dueño de un vocabulario repleto de vericuetos organizados de manera de colocar al

otro en situación de inferioridad y, por ende, de gratitud. Con Felisa, además, usaba el truco, tan eficaz con ella, de denigrarla con un comentario crítico hacia su trabajo y, cuando la tenía con la cabeza inclinada, soltarle un pequeño halago. El truco se remataba haciéndole sentir que él, que era un hombre tan ocupado, le dedicaba un poco de su tiempo para ayudarla.

Se reunían los miércoles después del teórico, a las diez de la noche, en el bar Platón, frente a la facultad. Arispe, o el "Doc", como lo llamaban en la cátedra, pedía un whisky, daba algunas instrucciones mirando el reloj y apenas liquidaba la bebida decía que estaba apurado y salía corriendo. Todos comprendían su apuro, o al menos lo interpretaban: le urgía lustrar su nicho en las oficinas del último piso. Entonces dividían el costo del whisky entre los que seguían ahí, el equipo heterogéneo, con la sensación de que alguno de ellos un día ocuparía su lugar. Según Felisa le había contado, el grupo estaba conformado por Benito, que era bajo como un enano pero sin cabeza desmesurada, había dejado de ser hetero y estaba en pareja con un chico de Franja. Benito tenía cintura política y llegaría a jefe de Trabajos Prácticos. Era, supuestamente, amigo de Felisa, el que se ocupaba de mostrarse "de su lado". Después estaba Noe, una mujer de unos cuarenta y pico. No se sabía su edad con certeza porque nadie se la había preguntado y porque era difícil adivinarla. Pelo cortito, ojos sin pintura salvo excesivo rímel, piel abrillantada de crema y dientes grises de nicotina. Noe quería el cargo de adjunta que, se rumoreaba, quedaría vacante porque el profesor que lo ocupaba estaba muy enfermo. Benito y Felisa suponían que Noe tenía una historia con Arispe, porque él le dedicaba un trato especial. Se llamaba Noetti, pero se enojaba si no le decían Noe. Además, había unas chicas, Cora y Ruth, que no eran ambiciosas, siempre cuchicheaban entre ellas como dos pajaritos, hablaban a coro y trabajaban juntas.

Cuando Clara llegó a su casa con Filu y Delfi, se asustó al encontrar a un hombre en la puerta. Era el pintor. Clara se había olvidado de que vendría a pasar presupuesto; lo había llamado al día siguiente del entierro para postergar diez días el trabajo, y esos diez días ya se habían escurrido. El hombre pasó y midió los ambientes mientras Clara preparaba el Nesquik para las chicas. Después se sentaron las tres a hacer los deberes, y de repente Delfi le dijo: mamá, además de vos, ¿quién más está así de triste porque se murió la tía Feli?

En ese momento la llamó el pintor y le dio un papelito con el presupuesto. Clara volvió al cuarto de las chicas, las vio inclinadas sobre sus cuadernos y fue a su habitación a buscar el teléfono.

Benito la atendió con voz afónica:

—¡Clara! Qué bueno que llamaste. Estoy deshecho. Jamás lo hubiese dicho. La Flaca era alegre, Clara, ¿cómo puede ser que haya hecho

algo así?

—Haya hecho qué.

—Por Dios, suicidarse, ¿cómo puede ser?

—¿Quién te dijo que se suicidó?

—Y el Doc, ¿quién va a ser?

—No los vi en el entierro, así que no sé cómo saben de qué murió Felisa.

Benito hizo silencio un rato largo. Clara podía escuchar su respiración asmática.

—Una belleza esa chica. Te juro que no lo puedo creer, no lo puedo creer. Llego a mi casa y me largo a llorar y no hago nada. Está bien que se bajoneaba un montón, pero tampoco la pavada. Como dice el Doc: nadie viene acá a Puan porque está contento, más bien nos traen los problemas graves de cada cual.

—¿Problemas graves? —repreguntó Clara.

—Es que el Doc está convencido de que la lucha revolucionaria se da en el aula, se da escribiendo, ¿entendés? Los que llegamos a Puan llegamos porque nos asquea la injusticia del mundo capitalista.

—Me gustaría pasar a buscar las cosas de Feli —sintetizó Clara para obviar una charla tan abstracta como inútil.

—¿La caja de zapatos? Porque las carpetas y los libros preferimos que queden acá.

—¿Pusieron sus cosas personales en una caja de zapatos?

—Ay, no, Clara. La caja que siempre tuvo con ella, desde que llegó. Es una caja de zapatillas. Vacía, salvo por algunas cartitas o papelitos.

Cuando estaban en segundo año de la carrera, Clara le había dicho a Felisa que el vicio de Puan era suponer que todos ahí eran marxistas y revolucionarios. Felisa le contestó que cualquier cosa que uno diera por supuesta era un error. No te fíes nunca de lo que se da por sentado, insistió. Ni aunque te digan que, mientras convenzas, podés decir lo que quieras.

—Qué desperdicio de belleza —seguía diciendo Benito.

Al final, Felisa nunca consiguió el respeto que buscaba en ese lugar, quizá por el propio cliché de su belleza, que Benito mencionaba ahora que ella no estaba, en vez de elogiar su trabajo. El mundo seguía girando y repitiéndose. Pero lo de la belleza era cierto, aunque se tratara de una muy poco convencional; tenía los ojos demasiado grandes, la boca en triángulo, los dientes inmensos, era alta y desgarbada, con aspecto torpe, y atraía las miradas de hombres y mujeres. Usaba el pelo corto, con algunos mechones erizados que parecían una cresta mojada por la lluvia. Sólo una cara como la suya aguantaba semejante peinado. Cara redonda y ojos de un color verde muy claro, con puntitos amarillos, inmensos y quietos, como los de un gato persa. Una vez Benito había dicho que el color de los ojos de

Felisa era como el de los leones, que por eso incomodaba que mirara fijo.

Ahora Clara miraba por la ventana y pensaba en la caja de zapatillas. ¿Una caja? El cielo tenía un color oscuro, púrpura. Había un colchón de nubes alargado, finito y denso, encima de los árboles. El púrpura asomaba por arriba del colchón.

—Disculpame que te hablé de suicidio, Clara. Pensé que el Doc sabría de lo que hablaba. Además, como estaba cada vez más flaca, ¿viste? ¿Podés decirme de qué murió, entonces?

Las chicas saltaban alrededor de Clara pidiendo permiso para ver televisión. Habían terminado los deberes y querían poner los dibujitos animados. Fueron a la sala de estar y les prendió el televisor.

—Tuvo un paro —dijo Clara.

—No te creo —dijo Benito—. ¿Cómo que tuvo un paro? ¿Un síncope, decís? Imposible, con lo entrenada que estaba. Entiendo que me mientas, igual. Que prefieran que quede en la intimidad. Incluso si alguien la hubiese matado, ¿no?

El tono de voz podría haber sido irónico. Clara no estaba segura ni supo qué decir. Se tiró sobre el sofá, se tapó con una campera y se quedó con los ojos clavados en las espaldas de sus hijas, que miraban la tele sentadas sobre una banqueta, las piernas cortitas colgando.

VII

Clara dejó a sus hijas en lo de Bibi, estaban invitadas a jugar con los suyos. Fue al Jumbo grande, que está entre la ruta 8 y la Panamericana. Avanzaba hacia los lácteos empujando el carro con productos de limpieza cuando al fondo de la góndola, a través del vidrio que da a la plazoleta del centro comercial, vio al Gallego.

La sorprendió encontrarlo ahí un jueves por la tarde, porque el Gallego siempre había sido un adicto al trabajo. Media hora más tarde, mientras Clara arrastraba su chango cargado hacia el auto, lo encontró sentado en una de las mesitas de la vereda, con un libro en la mano. Fumaba un cigarro grande, de esos cubanos. Estaba vestido de jean negro, remera negra y blazer marrón de gamuza. La saludó con la mano. Después volvió a sentarse, dispuesto a seguir con su lectura. Clara se acercó, con las manos sobre el barrote del chango, y de golpe, sin planearlo, le dijo:

—Gallego, decime que vos también le viste el cuello amoratado.

El Gallego levantó la cabeza y entrecerró los ojos:

—Sentate, Clara. ¿Querés un café?

Clara no tenía ni tiempo ni ganas de sentarse, pero lo pensó un segundo: no debía desairar al jefe de su marido. Ernesto le decía: el Gallego es un tipo piola, una máquina de producir ideas, y yo no sé hacer otra cosa que cumplir órdenes.

Se sentó del otro lado de la mesita. Dijo que tomaría un té porque no se sentía del todo bien, y el Gallego pidió dos tazas de agua caliente. Sacó del bolsillo dos saquitos de tampaco y dijo que era medicinal. Al principio estuvieron callados. Clara notó el tatuaje nuevo en la muñeca, del lado de adentro. Era un símbolo o una letra china, no estaba segura, pero disimuló que lo había visto. El Gallego era de baja estatura y cuerpo chico. El pelo color ceniza, en forma de casco, le daba un aspecto un poco adolescente. Por eso, de cerca, sorprendían sus arrugas. Dos surcos profundos marcaban el entrecejo, como si se concentrara constantemente. Bibi decía que el Gallego se teñía, que su color rubio ceniza era imposible.

—Yo la quería tanto a Feli, Clara —dijo el Gallego.

Cabeceó mirando la mesa, doblando una servilleta de papel en cuatro y después haciéndole más pliegues hasta conseguir un barquito.

—Te juro que no soporto lo que pasó. Era una mina brillante, últimamente charlábamos mucho. Me gustaba escucharla.

—¿Qué le pasó, Gallego? ¿De qué se murió?

El Gallego se puso los anteojos oscuros. Cruzó los brazos sobre el pecho. Aspiró el cigarro y sopló una nube gris oscura.

—No me vas a decir que estás pensando que alguien la mató.

—Lo estoy pensando. No entiendo por qué enseguida decidimos que se había muerto porque le tocaba morirse. Por qué no dudamos de que el cuerpo le había fallado de manera natural. No entiendo cómo no quisimos estar seguros.

—¿Te imaginás, Clara, el cuerpo de Felisa en la morgue, que la estén abriendo? Pobre Pablo, no lo hubiese aguantado. Ni Nico. Con todo lo que pasaron.

—Entonces nos apuramos en decidir que murió naturalmente y nos apuramos en enterrarla, para sufrir menos.

El Gallego resopló. Empezó a refregarse las manos, una contra la otra.

—No puedo pensar, Clara —dijo—. Estoy deshecho. Yo hablaba mucho con Feli, ¿sabés? Mejor dicho, yo hablaba, ella me escuchaba. El mes pasado estaba ofendido con ella. Quería hablar de algo importante para mí, y ¿sabés con qué me salió? Con que los ricos en dinero tenían pocas neuronas, y eso permitía que las reglas de juego de los negocios fuesen francas.

El Gallego parecía dispuesto a seguir, pero los interrumpió la ex de García del Río, que venía con dos bolsas de boutiques. El pelo amarillo tenía algunos mechones más oscuros.

—Hola, chicos. Qué barbaridad, qué prescindibles que somos, ¿no? Una puede ser el centro de todas las charlas y de un día para el otro, zap, no existís más y nadie se acuerda de vos.

Zarandeó una mano de uñas largas y rojas. Los miró entrecerrando los ojos y siguió:

—Me contó mi ex que ustedes estaban con ella cuando él llegó. ¡Qué bárbaro, eh! Todos en la red de los jefes Dillon. Yo, chicos, en el caso de la difunta, les estaría agradecida a todos. ¡Que el papelón no se note! Como decía mi abuela: una tiene que estar *siempre* lista para los paramédicos. ¿Saben a qué se refería? Ropa interior limpia y haciendo juego, que hable del respeto que una merece, aun muerta. En fin. Como decía Borges, la meta es el olvido, ¿no?

Se fue dejando un olor muy fuerte a rosas y el Gallego y Clara se miraron.

—¿Ves? No se puede tapar la verdad, Gallego.

—¿Qué verdad? No tapamos nada, Clara —dijo, y parecía a punto de largarse a llorar—. ¿Vos te creés que yo le haría algo así a Feli, con lo que la adoraba? Es raro cómo murió, sí. Pero vos y yo sabemos que

estaba muerta y sola. Yo había ido a contarle que no era fácil para mí adaptarme a las reglas de juego. Ella tenía esa obsesión con que las cosas para los demás eran fáciles, ¿viste? Quería decirle que me había roto el lomo toda la vida. Que estaba harto. Esa noche Grace no estaba en casa y yo me debatía entre el deber y yo mismo, porque al día siguiente llegaba un contingente de taiwaneses a los que tenía que pasear por San Telmo. Cuando te rompés el lomo, te preocupa perder una oportunidad que puede aprovechar otro, ¿me seguís? El hermano de Felisa da cursos de energía en su chacra de Uruguay. Muy pocos tienen acceso, no tiene página web, no es algo público. Es exclusivo. Fui para que Feli me hiciera el contacto. Quería salir de acá y de toda esta chatura que nos rodea.

—Somos iguales a cualquier otra gente —cerró Clara.

Empezaba a oscurecer. Clara se preocupó por sus hijas, seguro se estarían preguntando por qué no había aparecido todavía.

—Acompañame a Vuelo del Alma, Clara.

—¿Vuelo del Alma? ¿Qué es eso?

—Vení conmigo, confiá, te va a gustar.

Clara prefirió seguirlo sin más preguntas. A Ernesto seguro que le gustaría que ella dejara contento al Gallego. Sería mejor acompañarlo, aunque no pudiera pasar a buscar a sus hijas por lo de Bibi y aunque se pudrieran sus lácteos.

El Gallego sacó un teléfono plateado del bolsillo y marcó un número. Le pasó el teléfono.

—Decile a Bibi que te duele el estómago, que vas a ir a la guardia para que te vea el médico. A Ernesto no vas a tener que explicarle nada, cuando él vuelva de la agencia ya estaremos de vuelta. Y como lo mandé a una reunión con los representantes de un centro de esquí en Utah, no va a llegar antes de las nueve de la noche.

Dejaron el auto de Clara estacionado y fueron en el BMW del Gallego, como planeando por la Panamericana. No se oía ningún ruido de afuera, sólo la música en inglés que salía por los parlantes con una pureza impecable. Mientras manejaba, el Gallego hablaba de la Cábala, de origen judío. La Cábala investiga y define la posición del ser humano en el universo. Su sabiduría nos revela por qué existe el hombre y cuál es su propósito en la vida. Después agregó que él estaba interesado en una línea más astrológica, que profundizaba el principio de la polaridad. Tomaron Márquez y durante muchas cuadras fueron pasando frente al Jockey Club.

—Feli era un ser superior, Clara. Yo me di cuenta apenas la conocimos. No pude creer entonces ni pude creer después la suerte de Pablito. Yo a Pablo lo quiero mucho, ¿viste?, pero me daba cuenta de que ella tenía mucho más vuelo. Por eso, si bien no dudo de que murió porque le llegó su hora, sí me pregunto por qué Felisa murió

sola. Cómo puede ser que Pablo no estuviera con ella.

—¿Y por qué estás tan seguro de que murió sola?

Detuvo el auto en el semáforo de Santa Fe. En la esquina, un chiquito arrojaba pelotas en forma de círculo, como un malabarista. Después dejó su BMW en un estacionamiento. Mientras caminaban, dijo:

—Estaba sola cuando nosotros llegamos, Clara.

Caminaron otra media cuadra, callados, hasta un edificio antiguo, de dos plantas, color gris. Subieron una escalera angosta y en el descanso había un hombre de pelo blanco, largo hasta la cintura, vestido con una túnica morada con lentejuelas en las mangas. Se levantó de un banquito colocado detrás de una mesa y abrazó al Gallego. Mientras ellos hablaban, Clara cruzó una puerta a su derecha para salir del paso de la gente que subía las escaleras. Entró en una tienda. Una chica de pelo rapado y un brillante en la nariz les sonrió. El Gallego le dijo que mirara tranquila. Sobre las paredes había estantes con discos compactos, portarretratos, señaladores, tarjetas, remeras, animalitos en miniatura, de vidrio, sahumerios, vasijas, baberos, libros de autoayuda, frascos y frascos de cosmética natural, ángeles muñecos, ángeles vitraux, almohadas chinas, objetos con cartelitos que indicaban cómo utilizar la energía chi, paquetes con telas de nueve colores, espejos papúas para filtrar las energías.

Clara tomó un espejo chico, con un cartelito que explicaba que debía colocarse en el baño para ahuyentar las malas energías. En una pared sin estantes, colgaban anuncios de cursos: geometría sagrada, dados astrológicos, planetas transpersonales, Kung Fu Chio, masaje con esferas chinas, aportes del tantrismo y del taoísmo a la sexualidad humana.

De repente, oyó al amigo del Gallego llamando a todos al salón porque en dos minutos comenzaría la charla introductoria. Clara se sentó en una silla en primera fila, al lado del Gallego. Durante unos segundos, él le apretó la mano derecha y le agradeció. Clara miró detrás de ellos dos. Debía haber al menos doscientas personas sentadas en el salón.

—No se lo vas a decir a nadie —susurró el Gallego en su oído—. Es un secreto entre nosotros dos. Ojalá te guste. En realidad, estoy seguro de que te va a gustar. Ojo con Grace, viste que ella es tan de la Iglesia católica, a ellos estas cosas superiores no les van, porque los asustan.

El amigo del Gallego, el de la túnica morada, subió al escenario (más bien una tarima con una mesita y un vaso) y, con voz muy suave y pausada, les dio la bienvenida. Después habló de expandir el espíritu y de encontrar el bienestar en sus vidas (separó bienestar en dos palabras distintas, bien y estar, y sonrió beatífico). Después preguntó: hermanos, ¿qué quieren ustedes en la vida?

Se hizo silencio. Después de una pausa larga y hermética, el Gallego

levantó una mano y dijo que él quería ser feliz.

—Muy bien, hermano —exclamó Ramón, y aplaudió.

Luego habló de sombras y luces, de vencer las limitaciones del pasado con la ayuda de la angeología y de la sabiduría de la Cábala.

Hizo una pausa para beber un sorbo de agua. Clara se preguntó por qué les hablaría de "tú", si se notaba que era argentino. Siguió, habló de los cambios que sufría el hombre gracias a esta sabiduría, cambios ocultos a los demás. Abrió inmensos los ojos cuando dijo la palabra "ocultos", y después hizo una pausa y tomó otro sorbo de agua. En el salón, no volaba una mosca.

Clara miró el perfil del Gallego. Se le ocurrió que se sorprendería si él le admitiera que había estado en la combi. Ahora escuchaba el discurso de Ramón sin pestañear; parecía un chico en un espectáculo de magia. Clara hizo el esfuerzo de creer en lo que quería creer el Gallego. Cerró los ojos y se concentró para convencerse de que lo que escuchaba la ayudaría a encontrar la paz.

Cuando volvían era noche cerrada. Viajaron en silencio durante un tiempo bastante largo. Pasaron el peaje; Clara vio que el reloj del tablero marcaba las nueve de la noche.

—¿Vos llegaste antes que yo a lo de Felisa esa noche? —preguntó Clara.

—Nos encontramos en la puerta, vos ya estabas ahí cuando yo entré. ¿Por qué me lo preguntás? Ernesto va a llegar a tu casa después de comer. Seguro que te dejó un mensaje. A los yanquis les fascina la carne argentina y van a querer ir a una parrilla en Puerto Madero.

Las luces de la Panamericana la cegaron. Iban callados otra vez. Clara aprovechó y siguió:

—Gallego, ¿por qué eludís las preguntas sobre los moretones en el cuello?

—Clarita, si la familia no hizo nada, ¿qué creés que podemos hacer nosotros? Estaban Pablo, su padre, su madre, ellos la vieron tanto como nosotros. No sé, a mí me tomó tan de sorpresa, la había visto bien el día anterior. El shock me obnubiló. Ni se me cruzó la posibilidad de que alguien la ahorcara.

—Entonces vos viste el cuello amoratado, lo viste.

El Gallego suspiró, se pasó la mano por el pelo y subió el volumen de la música. Era evidente que no quería hablar más. Clara prefirió no atosigarlo, aunque arremetió en otra dirección:

—¿Vos fuiste uno de los pasajeros de la combi que manejaba Gutiérrez la noche antes de que Felisa murió?

El Gallego cambió el canal de la música, ahora lo hizo desde el volante, puso un tema de Caetano Veloso.

—¿Combi? ¿Gutiérrez hace de chofer en sus horas libres?

—¿Ernesto también estaba en esa combi?

—Pobre Ernesto, es un santo.
—¿Por qué pobre? ¿Por qué todo el mundo te da lástima?
—¿Quién dijo que todo el mundo me da lástima?
—Pobre Pablo, pobre Ernesto.
—¿Por qué pensás que alguien mató a Felisa y no pensás en que se haya suicidado? Si le viste moretones en el cuello, quizá sea que alguien la descolgó de donde se ahorcó y la puso sobre la cama.
—¿Alguien? ¿Quién? ¿Pablo? Una autopsia diría si fue un suicidio. Ayudame a convencer a Pablo.
—¡Imposible! Si hubiese sido Pablo el fallecido, podríamos haber convencido a Felisa. Con Pablo, vas muerta. Tan callado, tan metido para adentro. Qué pibe tímido, por Dios. Aquella noche pensaba en esa pareja despareja. Un rato antes tomaba un whisky en casa, Grace se había ido a una charla para matrimonios. ¿Viste que se metió en uno de esos grupos que son como una secta? A mí no me agarra ni loco para esos curros y no me importa que me diga que soy el único marido que no va, que ella es la única mujer sola en el curso de matrimonios. ¿A vos no te quiso llevar? Ah, debe saber que con Ernesto es imposible.
—Fuiste de levante.
—Tomaba mi whisky en mi terraza mirando cómo dormía mi perro. Necesitaba ventilar la energía negativa con la que me había cargado Grace antes de salir. Para ser un buen matrimonio, tenemos que ser libres, le dije. Si te gusta ese curso, andá. Pensaba que me había casado con una mujer espectacular, pero no con la mujer para mí. Vos fijate que puedo tener a la mujer que quiera a mis pies. Y Grace no se hace cargo de esa realidad. Los *free tickets* son el mejor afrodisíaco del mundo. Cualquier pendeja a la que le pregunte: ¿qué hacés este fin de semana?, ¿no querés ir a París?, se derrumba frente a mis pies, paso a ser el hombre más apetecible que vio en su vida. Pero ese no sería yo. Ese no es el que quiero ser.
—Tenía razón Felisa cuando decía que todos mienten —comentó Clara ya olvidándose del Gallego.
—Tenía razón en tantas cosas, Clara. Yo no quiero una tarada que me sonría y a todo me diga que sí, sin entender un corno de lo que le digo. Yo quiero una mujer que me escuche, como me escuchaba Feli. Por eso fui a su casa esa noche, mi perro detrás de mí. Le saqué el collar eléctrico y salimos. ¿Sabías que mi perro se llama Mi Perro, como deberían llamarse todos los perros? Mi Perro, *sit,* Mi Perro, chúmbale.
—Fuiste de levante.
—Mi Perro y yo fuimos a lo de Feli. Cruzamos por la cancha de golf. La casa estaba a oscuras. Ya sabés el resto. Nos encontramos en la puerta, nos saludamos, nos preguntamos por Ernesto y por Grace,

dijimos que bien, gracias. Abrimos la puerta que da al jardín, que estaba abierta como casi todas las casas de Los Caimanes, ya que vivimos *tan* seguros. Prendimos la luz del living. Cruzamos el living. La puerta del cuarto de Felisa estaba abierta; la luz, apagada. Ahora te pregunto yo, Clara, ¿qué hacías en la casa de Felisa la noche en que murió?

VIII

—Estuviste todo el fin de semana tirada en esa reposera —le dijo Ernesto y se arrodilló delante de ella. La tomó de las manos y le besó la frente—. ¿Querés que te traiga una manta?

Clara miraba a Filu y a Delfi jugar en la galería. Pintaban una cartulina con marcadores de colores.

—El Gallego y yo le vimos moretones en el cuello a Felisa. Y no hicimos nada, ¿te das cuenta?

Ernesto resopló. Se sentó en la reposera, a los pies de Clara. Agachó la cabeza. Se quedó un rato largo sin decir nada. Después:

—Te sentís culpable porque no llegaste antes.

Clara pensó en la combi. Volvió a imaginar a Ernesto desnudo, la mancha bordó en la ingle, las púberes en tanga mirándolo.

—Clara, tenete un poco de piedad. No pudiste hacer nada por Felisa. Ahora te estás dando manija. Esa noche llegaste tarde a lo de Felisa porque te pedí que te quedaras conmigo. Habías estado con Felisa todos los días. Estabas obsesionada con ella, nos descuidabas a las chicas, a mí, que somos tu vida. Felisa significaba la obsesión por el pasado, por la infancia que ya fue. Nosotros, en cambio, el presente y el futuro.

Clara se puso de pie y miró a Ernesto con las manos en la cintura:

—Jamás descuidé a las chicas. Ni a vos. Y te estoy diciendo que Felisa estaba sola cuando el Gallego y yo llegamos. Le vimos moretones en el cuello. Se lo dije a los de la funeraria y no se sorprendieron.

—Ellos no son detectives. No es su trabajo llamar la atención sobre algo así, sino lo contrario: dejar al muerto presentable para el velorio.

—¿Por qué tendría el cuello bordó?

—¿No estarás exagerando? Vos siempre fuiste de hacerte cargo de los problemas de los demás. Felisa se la buscó, amor. Si no, García del Río no habría firmado el parte de defunción.

—No puede ser, Ernesto.

El mismo día en que murió, Clara y Felisa habían discutido. Felisa le había dicho que ellas pertenecían a una clase poco digna, y Clara la había acusado de pedante. Después, Felisa había hecho un gesto cínico que Clara nunca olvidaría: sonrió de una forma que parecía puro

diente de tan flaca que estaba y agregó que la diferencia la hacía el hecho de que no se sintieran cómodas. ¿No, Clarita? Esa noche, Clara había ido a lo de Felisa para ver cómo estaba, cerciorarse de que había comido el yogur y pedirle perdón por haberle dicho pedante. ¿Qué hacías vos en lo de Felisa la noche en que murió? Esos motivos no le bastarían al Gallego, él jamás entendería la unión entre ellas dos. Nadie podría entenderla. Tal era la adoración que sentía por su amiga que apenas supo que esperaba una nena le rogó a Ernesto llamarla Felisa. No tengo a nadie más que a ella, imploró. Me tenés a mí, le retrucó su marido, molesto. Pero cedió porque Clara parecía más feliz de estar embarazada de una hija llamada Felisa que del hecho en sí.

Nadie podría entender la unión entre ellas dos. Mirar a Felisa a los ojos era como mirarse a sí misma en un espejo que a ella, al menos, no la deformaba. No se veía grotesca, como los demás, sino todo lo contrario. Y además, ella era la única persona con la que se sentía libre de tener que fingir. Auténtica. Algo que no le pasaba ni siquiera con Ernesto.

Ernesto la abrazó. Se acostó al lado de Clara y no hablaron por un rato largo. Después, él dijo que iba a buscar una manta, y volvió con la manta y con el mate y la pava. Se sentó a los pies de Clara y empezó a cebar.

—No puedo ni empezar a imaginar cómo te sentís —dijo—. La amistad de ustedes era algo fuera de lo normal. Siempre supuse que se debía a que no tenés ni tuviste madre. Debés sentirte como amputada, ¿no?

Clara no respondió. Apenas podía tragar porque tenía una piedra en la garganta.

—Y ahora más que antes pienso en lo que te dije aquella noche, cuando querías irte a lo de Felisa y yo te pedía que te quedaras conmigo. Mudémonos, Clara. ¿Para qué queremos expensas que mantengan canchas de tenis o de golf si ninguno de los dos las usa? Un barrio cerrado es tanto más barato. Seguridad es lo único que necesitamos. Y ahora más que nunca te vendría bien el cambio. Y para mí va a ser un alivio zafar del "efecto comparación". Vos y yo no necesitamos mucho. Ya sé que querés estar cerca del colegio de las chicas y del trabajo. Pero está lleno de barrios cerrados. Y lleno de colegios.

En aquel momento, a Clara le apareció en la cabeza, como un chispazo, la imagen de Felisa pasando el trapo sobre el piso de la cocina del colegio de La Cumbre cuando tenían dieciséis: te apuesto un disco de los "Rolin" que aguanto más tiempo que vos sin comer, le había dicho en el primer recreo de la mañana. Seis horas más tarde, Clara masticaba un sándwich con desesperación, y Felisa dijo que iba a seguir sin comer para ver cuánto tiempo podía aguantar. Clara fue a

buscar al director. Él las llevó a la cocina del colegio y obligó a Felisa a comer un sándwich que le hizo con un pedazo de queso y dos rodajas de pan lactal. El director se fue y Felisa, sin dejar nunca de mirar a Clara a los ojos, se metió los dedos en la boca y vomitó. Después se enjuagó la boca en el chorro de la canilla. Ella no podía cerrar su propia boca de la impresión, y Felisa pasaba el trapo de piso con parsimonia. Clara hubiese comido el sándwich con obediencia. Lo hubiese comido por la blanca sensación de amparo que daba el gesto del director. Y por gratitud hacia su preocupación.

Esa noche, cuando fue al cuarto, encontró a Ernesto acostado; leía un librito titulado *Hegel para principiantes.* Clara buscó la bombita azul del cajón de las medias, la puso en el velador. Apagó todas las luces y el cuarto se tiñó de azul. Ernesto la miró sorprendido. Había creído que estaba demasiado bajoneada. Clara se desvistió, se dejó sólo la bombacha, una blanca transparente que estrenaba. Ahora él la miraba atraído. Clara le besó los pies. Las pantorrillas. Los muslos. El hueco entre las piernas, que tanto le gustaba. Se quedó ahí un rato largo, los ojos de Ernesto se habían cerrado. Además de los besos, lo acariciaba con las dos manos. Nadie podría darle lo que ella le daba. Ninguna sabría sus secretos, los tiempos de cada parte.

Ernesto se quedó dormido enseguida y Clara fue a la cocina. Se sirvió un vaso de vino. Llamó a Benito.

—¿Vos otra vez?

—¿Estabas durmiendo?

—No. Tengo la tele prendida pero muda. Pienso, pienso. ¿Te acordás cómo nos divertíamos los tres, Clarita? Una pena que no quisieras entrar en la cátedra. Pero tenías razón. Mucho mejor comer perdices. ¿Vas a venir a la facu a buscar la caja?

—Por eso te llamo. Y porque me quedé pensando en lo que dijiste.

—Ni me acuerdo de lo que dije. ¿Que yo le había dicho a la Flaca que un polvo es un polvo y que no se coge donde se come?

—No, Benito. No me dijiste eso. Dijiste que entendías que nosotros prefiriéramos que su muerte quedara en la intimidad, incluso si alguien la hubiese matado.

—¿Yo te dije eso? Suena posible. Y vos te enojaste cuando te dije que el Doc decía que se suicidó.

—Lo mismo me dijo un amigo de acá. Pero quedarse en eso, decir “bueno, de una manera u otra, quiso morir”, es una simplificación. No nos debería bastar. Y acá nadie me da bola. Ni Ernesto me toma en serio. Cree que estoy deshecha, que no aguanto haberla perdido y por eso necesito encontrar un culpable. Pero cada día que pasa, más segura estoy de que no se suicidó. Ni que murió por causas naturales. Y que hay un culpable.

Después fue a la galería con el vaso de vino y se quedó mirando un

farol de la calle, que se mecía con la brisa. No supo cuánto tiempo se quedó ahí hasta que vio a un guardia patrullando el muro y apuntándola con una linterna. No por nada salen más baratos los terrenos pegados al muro. Oía el ruido del tráfico del otro lado. Un colectivo arrancando, un bocinazo, un grito de un hombre que llamaba a un tal Sergio, un llanto, varios perros ladrando. El guardia ahora caminaba por la cuneta, entre el terreno de los vecinos y la calle, y la linterna apuntaba al techo de la casa. Poco a poco, se fue acercando a la galería. Era Gutiérrez. La saludó con un ademán de la cabeza.

—No me hace falta meterme en más problemas de los que tengo —dijo cuando estuvo a un metro de Clara—. Pero usted era muy amiga de doña Felisa y yo no tengo por qué ser cómplice de los que no son mis compadres.

Dos perros ladraron hacia el muro, y entonces Gutiérrez caminó hasta la calle y apuntó al muro con la linterna. Era una comadreja.

—Pero usted debería saber —siguió cuando volvió— que la noche de la muerte de doña Felisa la señora Bibi Uturriaga andaba a las corridas por la cancha de golf. Yo mismo la vi cruzar el jardín de Felisa. Eran las diez de la noche, me fijé.

—¿Eso es lo que el directorio quiere que usted calle? —dijo Clara y enseguida se arrepintió.

Vio el gesto de sorpresa de Gutiérrez. Miraba el piso y torcía un pie que movía sobre el pasto. Levantó la cabeza, cabeceó un “no” y se fue sin decir nada más.

IX

En Sudamérica, los caimanes se llaman cocodrilos y viven en aguas dulces, había dicho Felisa aquel último día, mientras discutían. Después agregó que la clave de su supervivencia estaba en su capacidad de disfrazarse. Clara la escuchaba en silencio, harta de la manía de Felisa de hablar con metáforas, exagerada desde su internación en la clínica. Sólo que hoy en día —había seguido— los caimanes estaban en extinción y se incubaban artificialmente. En criaderos. Clara había gritado “basta” y había salido a la galería. Desde chicas, Clara y Felisa discutían sobre la hipocresía. ¿Se puede ser alguien y no serlo al mismo tiempo?, había preguntado Clara un día en que miraban las estrellas, tiradas boca arriba en el pasto, en una sierra de La Cumbre. Felisa rio y argumentó que era un acto de inteligencia, porque el hipócrita pensaba doble. Una vez, más tarde, acordaron que podía tratarse de un mecanismo de defensa y que era un acto inconsciente. Podría tratarse de una flaqueza, una deficiencia en la habilidad de decidir. Esa fue una época en la que fueron proclives a abrirse a otras amigas. Después se enfurecieron con una chica rubia que, se dieron cuenta más tarde, se les había pegado para arrimarse a uno de los hermanos Figueroa, con el que se puso finalmente de novia. Tiempo más tarde, Clara y Felisa volvieron a ofuscarse con la charla sobre el fingir, sobre la actuación de un rol, y Felisa concluyó que la hipocresía era inevitable, por lo que había que estar atentas y responder del mismo modo, con máscaras.

En segundo año de la facultad, Felisa tuvo la teoría de que la hipocresía era una buenísima contención contra el fanatismo. Fue cuando comenzaron a cursar Historia Medieval y Arispe, en el primer teórico de la cursada, dijo que en aquella época se había cristalizado el sentido de la falsedad en la representación teatral del hipócrita, que empezó a ser alguien que finge sentimientos opuestos a los que experimenta, con el objetivo de engañar.

Aquella última charla sobre los caimanes flotaba en la cabeza de Clara mientras manejaba a las siete y media de la mañana, como todos los días, hacia lo de Uturriaga. Continuaba con la rutina de buscar a los hijos de Bibi y Jenri y a Nico para llevarlos al colegio, porque ella iba para allá de todos modos. Primero buscaba a Nico, que se sentaba

adelante. Venía ojeroso. Ya empezaba a crecerle pelusa en la cara. Tenía la misma mirada de Felisa, una mirada un poco perdida, pero igualmente inescrutable.

En septiembre ya no era de noche a esa hora, había una luz gris que blanqueaba los contornos de las casas y de los árboles y les daba un aspecto un poco sombrío. Filu y Delfi iban medio dormidas en el asiento de atrás, atadas con el mismo cinturón de seguridad. Tenían los ojos cerrados, una apoyada sobre la otra, las dos vestidas con guardapolvos a cuadritos azules. Delfina tenía casi la edad de Clara y Felisa cuando se conocieron en La Cumbre.

En ese momento, apareció Bibi con sus hijos de la mano. Estaba vestida de pantalones beige tipo carpinteros y botas de goma. Clara había tenido la idea, en más de una ocasión, de preguntarle a Bibi por qué corría por el jardín de Felisa la noche en que murió, pero se arrepentía porque habría recibido una mentira por respuesta. Bibi encarnaba a la perfección la metáfora de Felisa sobre la capacidad de mutación de los caimanes. Mientras los hijos de Bibi subían al auto, se acercó a la ventana de Clara y dijo que iba a tener un día tremendo, no iba a poder buscarlos, como había anticipado. No te preocupes, cerró Clara, ella no tenía problema en retirarlos.

Una vez, Jenri Uturriaga le había dicho a Clara que la idea de *amistad* en Los Caimanes no era la idea corriente que se tenía de ella. Ellos se invitaban a asados, iban juntos al cine, se asociaban para un negocio, eran compañeros en un torneo contra otro country, pero no se habían elegido. Intramuros, conocían a todos por sus nombres como antes en los pueblos chicos y formaban su mundo de amistad y solidaridad; de alguna manera, estaban a salvo. Después de algunos años de verse en festejos, salidas, fines de semana de golf o de tenis, enero en Miramar, cumpleaños o torneos de fútbol de sus hijos, reuniones de padres en el colegio y fiestas de fin de año en el *club house,* se sentían "íntimos", casi como hermanos. Y creían que eso era más fuerte que la amistad, algo parecido a una familia. Uno no elige a las personas que integran el grupo, pero se les parece mucho, y además están parados sobre el mismo cimiento, que activa un efecto de unión. Esa unión se suponía más fuerte que la amistad. Pero, si tuvieran que ser francos consigo mismos, lo que los aglutinaba en Los Caimanes era el miedo.

Más tarde, mientras Clara daba clase, aparecía una y otra vez en su cabeza qué haría Bibi aquella noche *a las corridas* por la cancha de golf y cruzando el jardín de Felisa. No podía concentrarse en el tema del día. En el primer recreo, se hizo un café y fue al patio, tenía turno como celadora. Miraba a los chicos corriendo de acá para allá y, mientras, seguían brotando retazos de su discusión con Felisa.

Al mediodía, cuando volvía del colegio y cruzaba la barrera de

entrada de Los Caimanes, vio la camioneta azul galvanizado de Bibi, con un tractor de cortar pasto en la caja, que iba hacia la salida. Estacionó a treinta metros de la garita y subieron a la camioneta dos muchachos que la estaban esperando sentados sobre un cerco de troncos. Se acomodaron en el asiento de atrás.

Clara se consideraba a sí misma una mujer reflexiva, y esa era la diferencia que encontraba entre ella y Felisa, que actuaba por impulsos. Pero aquel mediodía no sabía lo que estaba haciendo cuando dio la vuelta en la rotonda de la entrada y giró para volver a salir. Los guardias sonrieron con un gesto de cordialidad al verla aparecer por la salida apenas había entrado. Mientras le abrían la barrera, les dijo que se había olvidado de ir al supermercado, qué cabeza la suya. Siguió la camioneta de Bibi, que salía hacia la Panamericana, a doscientos metros de distancia. Era fácil no perderla de vista, por el tractor en la caja. Clara iba por el carril del medio. Su auto se amalgamaba al tráfico, porque era un auto común, un Gol Country gris. A la altura de la 202, el tráfico se detuvo por un accidente. Iban a paso de hombre y tuvo miedo de que recalentara el motor. Encendió la radio. Escuchó el programa de un imitador que encarnaba a un aristócrata porteño venido a menos. Se dio cuenta de que le temblaban las manos, seguro por la incomodidad de no saber bien qué estaba haciendo. Comenzó a lloviznar. Era una garúa débil, anodina. De golpe, vio que la camioneta de Bibi tenía el guiño puesto. Le tocaron bocina porque atravesó tres carriles para seguirla hacia la bajada del Carrefour. Había perdido algunos metros de distancia, pero la vio. Se metía en Viveros APO. Clara esperó afuera, estacionada en la calle, del otro lado del alambrado. Después de diez minutos, apareció un guardia de la garita de seguridad, una torre con ventana de vidrio polarizado. Le preguntó si esperaba a alguien. Clara le dijo que no y arrancó el auto. ¿Para qué perder el tiempo así, si tenía que preparar las clases del día siguiente? No faltaba mucho para la hora de salida del colegio y después le resultaría pesado preparar clases y atender a las nenas. Dio la vuelta hasta el Carrefour y esperó a dos cuadras de distancia, escondida detrás del pastizal del descampado. APO estaba en una lomada, y desde ahí divisaría la camioneta de Bibi.

Por fin la vio salir marcha atrás, cargada de palmeras bebés con sus raíces en cilindros de tierra, envueltas en plástico negro. Bibi retomó el Camino del Buen Ayre, pasó debajo de la Panamericana y se dirigió hacia el Camino Bancalari. Entró en el barrio cerrado Santa Bárbara. Seguro iba a plantar las palmeras en un jardín, y eso le tomaría al menos una hora. Clara estacionó en el costado de la intersección del Camino Bancalari y la ruta 197. Ya no lloviznaba. Las nubes se amontonaban y se movían hacia el oeste. Poco a poco asomaba un pedazo de cielo color celeste. Pensó: debía volver a su casa y no

perder estúpidamente el tiempo. Un rayo tibio de sol la adormecía y no la dejaba decidirse a volver. Todavía le quedaban dos horas antes de la salida de los chicos. Podía hacerse un sándwich y preparar las clases. Al mismo tiempo, su cabeza martillaba otros pensamientos. De golpe, Clara se distrajo mirando a un hombre de mameluco gris que vendía pelotas de goma de colores en la rotonda. A su lado, otro vendía barriletes que penosamente se mantenían en el aire, porque apenas había una brisa leve. Enfrente, un alambrado muy alto dividía el Camino Bancalari —el acceso a Santa Bárbara y Nordelta y a otros barrios cerrados— de un conjunto de casas de chapa y tablones, que tenía una estación de tren hermosa, de la época de los ingleses. Por la ruta 197 pasaban autos destartalados y hasta una carreta tirada por un percherón petiso, muy peludo, cargada hasta el tope con cartones. De repente vio aparecer la camioneta de Bibi, venía sin las palmeras y sin los muchachos, pero todavía con el tractor en la caja.

Salió de la barrera de Santa Bárbara y tomó como un trompo el Camino Bancalari hacia la Panamericana. Clara fue a toda velocidad para no perderla, mientras lloraba. Era la primera vez que lloraba desde el entierro. Era como si de pronto, en esa persecución absurda de Bibi, se abriese el dique de dolor que le provocaba la pérdida de Felisa. O quizá llorara de patética autocompasión. No sabía bien qué le provocaba esas lágrimas incontenibles que no le permitían ver bien el camino. Pasados pocos segundos, alcanzó la camioneta de Bibi en el peaje. Se colocó en una fila distinta; la de Bibi pasaba por la barrera automática. Por un momento la perdió de vista, hasta que la vio pasar debajo de la Panamericana y doblar por la colectora a Buenos Aires. Los autos quedaron a cuatro metros de distancia. Si Bibi la veía, la saludaría como si nada, porque no sería extraño encontrarse allí, Clara podría venir del Carrefour. Pero no la vio. Bibi iba seguramente abstraída en la música que escuchaba y tarareaba. Se distrajo solamente para torcer el espejo retrovisor hacia su cara y mirarse.

A los pocos minutos, Bibi se detuvo en la YPF del otro lado del Unicenter. Estacionó frente a los baños. No descendió de la camioneta, se quedó sentada. Clara la veía desde atrás, quieta en el lugar donde se inflan las cubiertas. Distinguía el contorno de la silueta de Bibi de espalda y nada más. Clara ya no lloraba, sentía la inminencia de algo. De golpe, un hombre subió a la camioneta de Bibi, del lado del acompañante. Clara había visto perfectamente al hombre cuando salía del baño, pero la sorpresa la atontó. Era el Gallego.

La camioneta con el tractor en la caja retomó la Panamericana y bajó en la salida del Camino del Buen Ayre. En la rotonda, dobló a la derecha y se metió en la entrada del hotel Sodoma. Enseguida la tragó una cortina de flecos y desapareció. Clara siguió por la rotonda y dio varias vueltas sin decidir qué salida tomar. Los carteles la mareaban,

aparecían demasiado rápido y no tenía tiempo de reaccionar. Al fin distinguió el de la Panamericana hacia el norte, pero era una salida que en realidad se dirigía hacia el oeste. Detuvo el auto en un costado y oyó bocinazos enfurecidos con su maniobra. Arrancó enseguida sin saber hacia dónde, porque estaba completamente perdida. Giraba y giraba en la rotonda y lloraba otra vez. Creía que no iba a poder aguantar la ausencia de Felisa. Tomó una salida cualquiera, la colectora que va hacia la ruta 197. La detuvo un semáforo, y en la esquina aparecieron el hombre de la carreta y el percherón petiso y peludo. El hombre se bajó de la carreta y se acercó a la ventana del auto de Clara. Una barriga ovalada asomaba por debajo de la remera y colgaba encima del pantalón. Tenía ojos celestes, muy claros, que brillaban en la oscuridad de su piel, sucia con tierra. Golpeó la ventanilla de Clara, que bajó el vidrio.

—Oiga, doña, le vendo el pony. Mansito. Ideal para las criaturas.

Clara dijo no, gracias, no tenía plata para comprarlo ni el lugar para tenerlo. Pensó que su cara estaría roja de llanto, los ojos hinchados.

—Tres mil pesos, nomás, doña, dele. Por mis hijos. No tengo con qué darles de comer.

Clara dijo que no tenía tres mil pesos y no quería un pony. El hombre la miró fijo; ella torció la mirada hacia adelante.

—Le juro que no tengo plata para un pony, señor. Ni dónde meterlo.

El hombre le tomó la mano izquierda, que estaba sobre el volante. Era una mano áspera, que apretó la de Clara. Ella lo oyó:

—Todo va a estar bien, doña. Nomás hágale caso a su instinto.

El semáforo se puso en verde y Clara arrancó. Corrió al colegio a buscar a sus hijas, a Nico y a los chicos Uturriaga. Ya en su casa, dejó a las chicas haciendo los deberes y se encerró en su cuarto. Debió quedarse dormida, porque de repente oyó voces en el living. Eran Ernesto y Bibi. Clara los oía reír. Volvió a cerrar la puerta y se metió en la ducha. El agua caliente rebotaba sobre sus hombros, era como un masaje. Cuando salió, oyó la televisión. Ernesto estaba acostado sobre la cama con los zapatos puestos.

—¿Qué quería Bibi?

—Organizarle una fiesta sorpresa a Jenri, por el cumpleaños. Quiere que la ayudemos. Es en diciembre.

—Jenri de golpe tiene trabajo, ¿viste?

Ernesto hizo un gesto de indiferencia. Él nunca había querido a Jenri, pero no se lo decía abiertamente a Clara.

—Qué poco nos dura el duelo, ¿eh? —dijo Clara—. Todavía no se cumplió un mes desde que se murió Felisa y ya pensamos en fiestas.

—Y de disfraces —dijo Ernesto—. ¡Cómo detesto las fiestas de disfraces! ¿Por qué no puede ser cada uno quien es en vez de simular ser otro?

—Felisa decía que nos parecemos a los caimanes, ¿te acordás, Ernesto? Hoy me acordé de la discusión que tuvimos ese día.

—Clara, estás cada vez peor.

—Los caimanes sobreviven porque se disfrazan. Ah, y asfixian a sus presas, ¿viste? Las aprietan con los dientes y esperan y esperan.

—Pueden esperar incluso hasta que la víctima empieza a fermentarse y se pudre. Ya me lo habías dicho. Dos veces. Tenés que parar con esto.

—¿Te lo imaginás al Gallego teniendo un affaire con una de nosotras? —Ernesto se puso de pie. Caminó hacia la cocina y Clara lo siguió.

—El Gallego juega con sus propias reglas, Clara. Nada en él me sorprendería. Me tiene harto y no puedo hacer nada. No se me ocurre qué. Por eso quiero que nos mudemos.

Clara iba a decir que al día siguiente iría a la facultad a buscar las cosas de Felisa, pero no dijo nada.

X

Antes de pasar por la facultad, Clara quería ir al cementerio a visitar la tumba de Felisa. Esa noche había soñado un sueño ya recurrente: estaba en la plataforma de la estación de Retiro, los trenes iban y venían, desganados, y ella corría, perdida, buscando el que debía tomar en el zigzag de luces que destellaban las máquinas. Buscaba el tren que la llevaría a la soledad definitiva.

Por qué se habría soñado corriendo, si la que corría era Felisa.

Ese día el sol era una mancha blanca y brillante que irradiaba una luz clara y nítida. La plazoleta de la entrada del cementerio se ramificaba en senderos que se escondían en el césped, y Clara no recordaba cuál debía tomar. Caminó por el del medio, más ancho que los demás, que parecía una columna vertebral, hasta el sector de las parcelas del fondo. Ahí los árboles eran viejos; las copas, tupidas; las tumbas se camuflaban menos en el césped. De lejos, vio a Pablo a dos metros de la tumba de Felisa. Estaba sentado sobre el pasto, con la espalda contra el tronco de un árbol, e inclinaba la cabeza sobre las rodillas. A lo mejor, lloraba. Clara esperó un rato detrás de un pino ancho. Se acercó cuando lo vio encender un cigarrillo.

—¿Volviste a fumar?

Pablo se sobresaltó. Pasó el puño de su camisa a cuadritos por los ojos. El pantalón y la camisa estaban arrugados, y el pelo, revuelto. Tenía una barba de varios días y las uñas largas.

—Empecé a fumar acá. Hoy vine al mediodía, pero en general vengo a la tarde. ¿Vos? ¿Es la primera vez que venís?

Detrás de Pablo avanzaba, por el sendero, un grupo de ancianos que empujaban un cajón sobre rueditas. Dos hombres jóvenes de traje negro y camisa y guantes blancos los esperaban delante de un pozo en el césped. Después se quedaron todos mirando el pozo, en silencio, hasta que empezaron a pasarse uno al otro una canastita con pétalos. Los ancianos cantaban "Hey Jude". Clara reparó en que había sólo tres hombres y el resto eran mujeres de peinados tiesos y actitud hastiada.

—¿Te acordás de aquella vez que la internamos en el Hospital Austral, cuando se agarró la bronquitis? —dijo Pablo.

Esa había sido la primera vez que Felisa se había enfermado por la baja de defensas. Estuvo con cámara de oxígeno, porque el virus le

había tomado los pulmones.

Pablo apretaba los puños. Se lo veía demacrado, ojeroso. Más flaco.

—¿Te acordás de que fuimos al bar a tomar un café?

—Sé a dónde vas —contestó Clara con tono neutro.

Pablo y Clara habían tomado un café en la cafetería del hospital y habían escuchado a unos residentes hacer chistes acerca del vello púbico de un cadáver.

—No me vas a decir que es el pudor lo que te frena para pedir una autopsia.

Pablo levantó la cabeza y la miró con un gesto de incomodidad, parecía titubear. Quizás escondía el enojo, y eso era extraño en él, que era un tipo más bien franco.

—¿Acaso no está claro?

—¿Qué es lo que está claro?

Pablo sonrió apenas y después exhaló. Levantó los hombros y dijo:

—Felisa no te contaba todo. Me parece que creés que sí, pero no. Ella entendía lo que significa la intimidad.

—Vos y yo sabemos que Felisa no habría tenido ningún problema con la autopsia. Al contrario, su comportamiento de los últimos meses más bien habla de que habría querido que escarbaran en su cuerpo lo que ella no encontraba en ninguna parte.

—Qué disparate. Felisa buscaba y buscaba. Lo que para ella significaba experimentar. Como si probando todo pudiera encontrar algo. Y yo no quería frenarla. No quería que por el hecho de estar casada tuviera que frenarse. En nada. En eso se fundaba nuestra intimidad. Ella era *mi* mujer.

—No tenía que "probar todo". Tenía que acostarse con cuanto tipo apareciera. Y el cuento de este año, que se enamoró de Arispe, es una fantasía. No sé quién la inventó, pero Felisa estuvo a punto de creérsela. Ella tenía adicción sexual y punto, aunque no quieras ver la verdad ni siquiera ahora, que ya es tarde. Al menos para entender lo que pasó, Pablo. Yo estaba presente cuando te lo dijeron en la clínica.

Clara esperó un rato antes de agregar:

—Cuando te dijeron que vos empeorabas la situación.

Pablo apoyó los brazos sobre las rodillas y hundió la cabeza entre los codos.

—¿A dónde habías ido aquella noche? —lo apuró Clara, que no quería perder esta ocasión en la que él parecía tan vulnerable.

Pablo no dijo nada durante un rato largo. Respiraba hondo y en jadeos. A pesar del sol, estaba fresco. Clara se puso un saco y se sentó a su lado.

—Dejame en paz, Clara. Ya nada tiene sentido. Andate, te lo pido.

—Me voy, está bien. Pero antes decime a dónde habías ido, Pablo. Me parece sospechoso que no estuvieras con Felisa y no voy a

detenerme hasta entender lo que pasó. Tuvimos que ubicarte y apareciste con tus padres.

—Esa noche dijo que lo que buscaba era a Dios, ¿podés creer? Que ya lo había visto una vez y lo iba a ver de nuevo. La verdad, Clara, es que Feli era brillante. Pero estaba cada vez más loca.

—Y entonces…

—¿Entonces qué? No esperarás que te cuente nuestra intimidad, me imagino.

—Aunque sea decime a qué hora te fuiste —dijo Clara y se puso de pie—. Porque si Felisa se murió por razones naturales, voy a aceptarlo. Sólo quiero estar segura. Hay muchas cosas que no me cierran. Lo que decís no lo entiendo. Y quizá no me contaba todo, pero me contó, por ejemplo, de la vez que quiso hacer el amor en el descampado de atrás y la complaciste. A eso se refería el médico de la clínica cuando dijo que empeorabas la situación. Que el vacío existencial no se llena con sexo. Te estaban hablando del diagnóstico, del desorden, de la adicción de Felisa. Y estaban diciendo que vos no colaborabas en esto. Por este *permiso* tuyo a que hiciera lo que quisiera con tal de que te lo contara.

Pablo se puso de pie también:

—Lo único que me falta ahora es tener que aguantar tus acusaciones.

—Me contó de esa vez. Que salieron de Los Caimanes a las dos de la mañana, que te arrastró de la mano, que ella se reía y pensaba que vos tenías miedo de que los asaltaran y que, si sucedía, iba a ser lo que habías previsto. Pero no habías podido frenarte. Me contó que ella se desnudaba en el descampado y vos la mirabas aturdido. Que, desnuda, giraba como una calesita, y vos la mirabas desesperado e hipnotizado.

—No puedo creer que te haya contado eso. Pero bueno, ese cuento te explica lo que no entendés, ¿no?

—Entiendo que no ayudaste a Felisa en su adicción. Porque otras adicciones se curan con la abstinencia, pero, como nos dijeron en la clínica, el desorden alimentario y el sexual no se pueden curar de la misma manera. Felisa tenía que comer y tener vida sexual. Pero no así.

—Vos no sos como ella, Clara. Ni Ernesto ni ninguno va a saber nunca lo que es estar loco por la misma mujer tantos años. Adiós. Espero no encontrarte de nuevo acá.

Pablo empezó a irse por el sendero. Clara se quedó frente a la tumba. Pensaba. No supo cuánto tiempo se quedó ahí. Cuando salió del cementerio, vio el auto de Pablo estacionado. Él estaba sentado con las manos sobre el volante, la cabeza reclinada sobre las manos.

—Perdoname por lo que te dije —le susurró Clara, un poco culpable por su arremetida—. No entiendo que haya muerto. No sé de qué murió. Y quiero entender por qué la dejaste sola.

El grupo de ancianos salía del cementerio. Los cruzó un tractorcito de cortar césped color verde. Lo manejaba un hombre de mameluco también verde.

—Cuando mirás el mapa de los movimientos de las personas —empezó a explicar Pablo—, sabés que si esta persona hace tal cosa, en tal circunstancia hará tal otra, como una reacción natural. Entonces sentís curiosidad por comprobarlo. Te doy un ejemplo: Jenri me pidió plata prestada. Dijo que quería invertir en una miniempresa que hace *delivery* de quesos y fiambres a los countries. Le dije que sí, aunque sabía que no iba a usar la plata para eso, sino que iría al casino de Tigre. Y eso fue lo que hizo. Yo sabía, cuando le prestaba la plata, que no me la iba a devolver. Pero se la presté igual. Se la presté porque me daba curiosidad comprobar lo que yo sabía de antemano. Pero con Felisa esto no era posible. Ella te sorprendía, te despistaba, no podías medir sus reacciones.

—¿Por qué me contás eso? —dijo Clara—. No quiero saber cosas de ese estilo, porque enseguida te volvés cómplice del que te revela el secreto.

—Nada. Me vino a la cabeza el asunto de la conciencia social, con el que tanto hinchaba. Y ¿sabés qué? La vez que salimos de Los Caimanes a las dos de la mañana, discutimos por eso. No fue Felisa la que me arrastró afuera. Fui yo. Me tenía harto con el discursito de la conciencia social, y esa era una manera de mostrarle que donde uno vive no tiene nada que ver con eso. Los Caimanes no le gustaba. Okey, nos mudábamos y listo. En su momento tuvo sentido ir a vivir ahí, no teníamos un mango y el viejo nos dio el lote. Ahora podíamos mudarnos, ¿por qué no? Yo también estaba harto de los viajes al centro. Del tráfico, de perder horas en la autopista. Y de la hipocresía, que a vos y a ella tanto les molestaba.

—Ernesto te admira mucho por lo que hiciste. Dejar el trabajo asegurado en el banco de tu viejo y jugártela. Y encima para un emprendimiento que nada tenía que ver con las Islas Caimán. Dice que aquel paraíso impositivo, donde el banco de tu padre tiene una filial y a donde viajabas tanto, seguro estaba repleto de alternativas que dejan fortuna. Era una opción más redituable y sencilla que un restorán, en el que tenés que estar encima. Qué irónico, ¿no? Islas Caimán. ¿Fue por el restorán que no estabas con Felisa esa noche? ¿Tuviste que ir para allá?

Pablo puso en marcha el auto. Hizo un gesto de decepción y de pena, le sonrió a Clara y subió el vidrio de la ventanilla. Dio marcha atrás y salió por la colectora hacia la Capital.

XI

Clara llegó a la facultad quince minutos antes de la hora acordada con Benito. Deambuló por los pasillos, donde le ofrecieron películas, collares, sahumerios, joggings peruanos, gorros de crochet, anillos de plata, libros usados, biromes y cuadernos. La facultad en la que Clara y Felisa habían estudiado ahora se parecía a una feria de artesanías. Pispeó el Centro de Estudiantes. No se formaban las colas eternas de antes, porque había un mostrador largo y, en vez de aquellos estudiantes perennes de barba canosa y barriga, varios vendedores profesionales atendían eficientemente.

Clara esperó a Benito en la cafetería del subsuelo. Lo recordaba como un tipo muy formal, casi antiguo, que hablaba con corrección y usaba palabras sacadas del diccionario. A Clara le gustaba estudiar con él, porque tenía una lucidez y un poder de síntesis excepcionales, muy superiores a los de la gente de su edad. Reparaba en detalles que a ella se le pasaban por alto.

Según Felisa le contaba, Benito siempre preguntaba por ella. Desde que se habían recibido y dejaron de verse, a él le daba intriga la vida de Clara, acaso cierta inquietud. Según Felisa, para él Clara parecía un osito de peluche abandonado, rogando que alguien lo recogiera y acariciara.

Benito apareció caminando con pasos cortos, como saltitos. Rebotaba un poco cuando apoyaba los pies. Sus rulos brillosos, que antes le daban pinta de bebé de la época de Luis XIV, venían aplastados hacia atrás con una vincha invisible. Sus típicos anteojos de marco grueso ahora eran chiquitos y redondos y estaban apoyados sobre la punta de la nariz. En vez del jogging negro que nunca se sacaba, venía con un pantalón pinzado negro, camisa verde con cuello mao y saco de corderoy marrón. Pulcro. Traía la caja de Felisa debajo de un brazo, como si fuera una pelota de fútbol. Saludó a Clara con un beso en la frente, dijo un par de formalidades y colocó la caja sobre la mesa. Pidió un café con leche y un pebete. Benito era el amigo más cercano de Felisa en la cátedra.

Benito recordó que había estado dos días antes en la clínica con Felisa para corregir juntos un artículo que saldría en una publicación. Ella se veía animada por una propuesta de trabajo de investigación en

Salamanca, y el marido la había entusiasmado para que la aceptara. Contenta, le había contado que Pablo podría instalar un restorán allá, porque tenía pasaporte de la Comunidad Europea.

—¿No es irónico que el marido sea empresario gastronómico y ella se empecinara en no comer? —dijo ahora, mientras esperaban el café con leche y el sándwich.

Clara miraba la caja, recordaba a Felisa corriendo, las piernas largas, sus zancadas, como en cámara lenta, y de repente se le ocurrió que Benito debía de haberse quedado con el cargo de Felisa. Que no estuviera en el entierro tal vez fuese un signo de su incomodidad.

El exterior de la caja estaba totalmente cubierto por recortes de papeles. Algunos eran trozos de textos; otros, chistes, y uno era un dibujito de un corazón y, adentro, dos figuras humanas de trazo infantil, seguro hecho por Nico cuando era chiquito.

Benito miró a Clara y le dijo, con gesto solemne:

—La caja era su fetiche. La tuvo con ella desde el primer día en la cátedra —Se reclinó hacia atrás y apoyó la espalda contra la pared—. No sabía que adentro de la caja había un par de zapatillas. Las acabo de ver. Nunca había abierto la caja de la Flaca, obvio. Fijate, están debajo de todos esos papelitos.

Clara abrió la caja, repleta de recortes de papeles. Debajo, un par de zapatillas que habían comprado en La Cumbre, cuando el director del colegio le había recomendado gastar el excedente de su energía. Clara y Felisa habían comprado en el pueblo las Topper blancas y celestes que ahora estaban dentro de la caja. Tenían la suela gastada, finita como una oblea, y estaban grises. Clara se las acercó y le pareció oler la peperina, esa fragancia que no se iba de su recuerdo. Debajo de las zapatillas, había una foto en la que las dos estaban sentadas y abrazadas sobre un peñón. Tenía vívido el día de aquella foto, como si hubiese sido el único día de los tantos que iban a aquel peñón sobre las cascadas de Olaen, desde donde se zambullían al pozo de agua.

Benito masticaba su pebete mientras esperaba que a Clara se le pasara la emoción. Después dijo:

—Está claro que es fácil decir que murió de desnutrición. La vi poco el año pasado, se la notaba inapetente y cada vez más flaca. Y es verdad que cuando fui a visitarla a la clínica era puro hueso. Pero entiendo que quieras saber de qué murió. Nacemos y morimos. Sin embargo, los queridos del que ya no está siempre necesitan saber qué fue lo que los arrancó. Es lógico. Esa vez la noté más socarrona que nunca, pero mucho más alegre que las veces anteriores. Y encantada con la posibilidad de irse a Salamanca. Incluso me dijo que iba a ser bueno para el pibe, para Nico, porque era medio solitario, no se enganchaba ni en el country ni en la escuela.

—Fijate, a vos también te llama la atención. Sin embargo, no se le

hizo autopsia y soy la única que duda de cómo murió.

—En los policiales, Clara, los detectives encuentran al homicida indagando a la víctima. Es ella la que les dice quién tenía motivos para quererla muerta. Y el culpable, al final, es siempre alguien del círculo íntimo. Si el criminal fuera ajeno al entorno, se lo desenmascararía enseguida, porque nadie lo cubre. Ni qué decir del simple ladrón que hubiese entrado en la casa a robar. Ese deja pistas evidentes, y ahora estaríamos comentando qué terrible problema es la inseguridad. Y en un country, esa cuestión está más que resuelta, ¿no?

Clara se abrazaba a la caja de zapatillas. Nada de lo que Benito decía le daba ánimo para seguir averiguando. Ella también recordaba las dos semanas de agosto que Felisa había pasado en la clínica. Clara iba todas las tardes con Nico. Felisa le hablaba a Nico de que pronto estaría todo bien, y entre ellos parecía haber complicidad, un secreto que sólo ellos compartían, pero nunca, en la clínica, la escuchó mencionar el trabajo y mucho menos la mudanza a España. De hecho, durante esos días, trataba a Clara con cierta exasperación, o al menos eso sentía ella, como si se hubiese hartado de su amiga del alma, de su hermana, como le gustaba llamarla. Y como Clara no lo habría tolerado, se tranquilizaba diciéndose que no era más que su imaginación. Después de un rato largo de silencio, preguntó:

—¿Consideramos a Arispe ajeno a su entorno?

Benito había terminado el pebete. Miraba a Clara con los ojos entrecerrados, como pensativo, y de golpe su cara se contorsionó en diminutos tics. Resopló y dijo:

—A mí me lo contó en el micro, cuando volvíamos de Santa Rosa. Habíamos ido a unas jornadas. La Flaca estaba toda temblorosa. Qué carucha, nena, seguro que no se debe a tu ponencia, ¿quién fue el afortunado?, se me ocurrió preguntarle. Sabía que no le iba a molestar. Lo que pasa es que la Flaca, a pesar de esa actitud remota, como de desapego de todo o de indiferencia, tenía a los tipos calientes. Yo no entendía bien qué era exactamente lo que los imantaba, pero ella en aquel congreso era como dulce para las moscas.

Benito apoyó los codos sobre la mesa, se inclinó hacia delante y tomó a Clara de las manos. Justo se acercó una chica de trenzas. Se puso de pie y la saludó con un abrazo efusivo. Charlaron un rato mientras se daban palmaditas en la espalda. Benito se sentó otra vez. Se sacó la vincha y la volvió a colocar detrás de las orejas:

—Y después el Doc no quería tenerla cerca, ¿viste? Él mantenía resguardada su vida íntima. Además, había que entenderlo. Lo que hizo el marido le pondría la piel de gallina a cualquiera.

—¿El marido? ¿Qué hizo el marido? —lo increpó Clara sin darse cuenta del salto que la había despegado de la silla. Volvió a sentarse y cruzó los brazos sobre el pecho.

Benito la miraba sorprendido:
—¿No sabías? —Hizo una pausa que a Clara le pareció eterna. Enfocó los ojos en el plato vacío, parecía dudar de si seguir lo que había empezado o callarse. Por fin continuó—: Una tarde en que la Flaca estaba en lo del Doc, el marido se fue hasta allá. Llovía a baldes y ya estaba oscuro. Tocó el timbre y, cuando el Doc fue a abrir, el tipo le tiró un bolso a los pies y le dijo: quedátela hasta que la conozcas como yo.
—No te creo.
—Yo mismo estaba ahí, nena. Y eso debe de haber sido lo peor de todo, que yo estuviese ahí, en la cocina y escuchando. Tal vez si el Doc no hubiese sabido que yo estaba de espectador, quién sabe. Bah, qué sé yo, a lo mejor no cambiaba nada. El Doc igual hubiese tenido ese papel indolente que tan bien le sale. El marido dijo que la estaría esperando cuando ella quisiera volver, él iba a cuidar bien al pibe, a Nico.
—¿Y Felisa qué hizo?
—La Flaca se rio y le masculló al marido que la esperara, que se iba con él en ese mismo momento. Yo escuchaba, patitieso. Se van a dar masa, me dije. Pero no. El Doc tomó una actitud altanera, no tuvo ni la más mínima compasión por el pobre tipo y lo chicaneó con frasecitas como que la señora había venido sola, que estaban trabajando, que el tipo hacía drama de la nada porque su vida era un embole, y qué sé yo. Por eso te decía que debe de haber sido porque yo estaba ahí de testigo. La Flaca levantó el bolso del suelo, dijo: Pablo, vamos a casa, y cuando ya estaban afuera del departamento el Doc le gritó: Flaca, decime que me querés, como en el amor burgués, y rio a carcajadas. Después oí la puerta cerrarse y me asomé, y el Doc estaba hecho un trapo sobre el sofá. ¿Podés creer que el témpano ese la quería de verdad? Claro que todo pasó antes de que le recomendara renunciar a la cátedra, mucho antes de que a ella le saliera lo de Salamanca.
Clara miró alrededor: las mesitas del bar se habían llenado. Tuvo la impresión de que en aquel subsuelo la gente se parecía entre sí. Al lado, un grupo discutía sobre Hayden White y la construcción del relato de la historia.
Benito siguió:
—El Doc es muy ambicioso. Sabemos que acá en Argentina es top. Además, continuamente lo están invitando de la Sorbona, de Barcelona, de todas partes, incluso de Salamanca. Afina su carrera, ¿viste? Él le dijo que se fuera de la cátedra porque apenas la tuvo cerca la Flaca lo calentó más que ninguna otra, suficiente razón para tenerla lejos. No se puede erotizar el lugar de trabajo, eso se sabe. Con la cabeza caliente no se piensa. Desde que la Flaca se fue de la

cátedra, laburamos mucho mejor. Es que no se bancaba la espesura del aire, ¿viste? Así que la verdad es que no la extrañamos.

—No sabía que Felisa había dejado la cátedra —dijo Clara—. Me extraña que no me haya contado eso. ¿Cuándo fue?

Benito bajó la cabeza, quizás avergonzado. Clara se dio cuenta de que, cuando se refería a Arispe, hablaba con una entonación parecida a la que Grace usaba cuando hablaba de Jesús.

—Después de que se apareció el marido, te lo acabo de decir.

Inesperadamente, Clara se dio cuenta de que cada una de las personas con las que había hablado de Felisa o de su muerte le había transmitido una versión diferente de su amiga, que le dejaba la impresión de que ella tenía una más entre todas, pero no la verdadera, que Felisa le contaba a ella lo que ella quería escuchar. Esto la desesperó y la enmudeció. Más tarde, se le ocurrirían las preguntas que no supo hacer en ese momento.

—Cuando renunció —siguió Benito—, le dije andá al Di Tella, Flaca, que a vos pinta te sobra y allá te va a servir más que el CV. Ni se inmutó. A ella nada la inmutaba. Y bueno. Yo en el micro de regreso de La Pampa ya le había advertido: pusiste nada más que el cuerpo, ¿me entendés? La frente alta, nena, como si nada hubiese pasado. ¿Me entendés lo que te estoy diciendo? Un polvo no es lo mismo que una historia. Cualquiera se olvida de lo que pasó una noche de alcohol en otra ciudad. Porque el Doc no tiene nada para darte.

Benito volvió a levantarse para saludar. Esta vez era una señora de pantalones inflados color mostaza, top adherente, muy maquillada y con muchos papeles en las manos. Benito la presentó, era Noe, y cuando se fue, Clara siguió:

—Arispe fue a Los Caimanes la noche en que murió.

Benito empalideció.

—No lo creo —dijo—. El Doc es demasiado orgulloso.

—¿Quién podría ser, entonces, el señor Darnton que llegó hasta la entrada y que cuando le pidieron el documento se negó y se fue?

Después, con la caja de Felisa debajo de un brazo, Clara recorrió los pasillos buscando a Arispe. Espió las aulas una por una, todas vacías por el paro docente en época de examen, las puertas entornadas y, adentro, suciedad y ausencia. Esperó frente al Instituto de Historia Medieval, hasta que se abrió la puerta y vio a Noe y a nadie más.

Más tarde, miró por la ventana hacia el patio del centro del edificio. Vio a estudiantes desganados, charlando y fumando. Fue al baño. Estaba vacío, y sus pisadas retumbaron. El espejo era opaco y estaba roto. Las canillas, secas. No había papel higiénico, ni siquiera un portarrollos vacío. Se quedó parada un rato largo, mirando la puerta. Hacía mucho frío ahí adentro a pesar de la primavera. El hedor era terrible. Salió al pasillo, se sentó en el suelo, abrió la caja. Leyó los

recortes uno por uno. Eran todas frases de autores de ficción, y eso le llamó la atención. Se acordó de las palabras de Benito acerca de indagar a la víctima, y justo tenía en la mano un papelito que decía “Beckett” en rojo, y después: “Quizá mis mejores años ya no estén… pero no los quisiera de vuelta. No con el fuego en mí ahora”. Había también otro: “Ellos: palabras, sus cuerpos: basura”. Y otro: “El cuerpo termina por emular el absurdo de la ficción del universo”. Clara cerró los ojos y quiso olvidarse, al menos por un rato, de la culpa que sentía.

Se arrepentía de no haberle preguntado algo a Benito que la hubiese ayudado a confirmar que Arispe había ido a Los Caimanes la noche del 19 de agosto, la noche en que Felisa murió. Un tal señor Darnton había llegado hasta la guardia de Los Caimanes a las 21:35 y se había retirado apenas le pidieron el documento. Eso le había contado Ernesto, quién sabe de dónde lo había sacado.

Clara le había dicho a Gutiérrez que le hiciera una copia del parte de las entradas y salidas de la noche del 19 de agosto. Pero Gutiérrez, que finalmente le fotocopió el parte, le aclaró que no había visto al señor Darnton, porque esa noche no había estado en la puerta de entrada, sino patrullando el perímetro de Los Caimanes.

XII

El sábado, Clara se levantó con síntomas de alergia. Tomó un antihistamínico porque era el cumpleaños de Delfi y tenía que poner los sándwiches, las papas fritas y la torta sobre la mesa. A las cuatro y media, le traían el pelotero inflable; a las cinco, empezarían a llegar sus amiguitas. Corrió a su cuarto a cambiarse. Hacía calor y se veía como una morsa blanca con cada prenda que se probaba delante del espejo. Ernesto se asomó. Le dirigió una mirada que Clara no supo descifrar y le dijo que así estaba bien.

Clara probó una combinación distinta para disimular la blancura de su piel y los lunares: un jean y una musculosa negra. No entendía si la remera se había encogido o ella se había ensanchado, pero el cierre del jean no subía y la remera le apretaba los pechos. ¿Había engordado mientras Felisa se consumía?

—Ponete cualquier cosa, Clara. Da lo mismo —insistió Ernesto.

Clara probó otro pantalón, uno negro, más suelto, y una camisa amplia, sin mangas, como la que usaba la actriz de la película *Antes del amanecer.* A Ernesto lo fascinaba esa actriz y su manera simple de vestirse. Él ya no estaba en el baño. Clara bajó las escaleras. Lo encontró en la puerta, al lado de Bibi, que traía a su hija; venían con su perrito lanudo color blanco. Ernesto se dio vuelta para mirar a Clara.

—¿A ver qué te pusiste, al final?

—Ay, Clara, pero qué te importa qué te ponés para una fiestita infantil —dijo Bibi e hizo una risita.

Ella tenía una blusa idéntica a la de la actriz de aquella película y se veía divina y canchera. El perrito daba brincos espasmódicos al lado suyo, histérico.

Al rato, Clara se notó abstraída mirando a las treinta chiquitas que saltaban en el pelotero, aturdidas quizá por sus propios gritos; formaban un conjunto de colores que zigzagueaba; y se acordó de cuando Felisa, en la clínica, le había contado que sabía que Arispe estaba saliendo con una amiga de Benito. Que se iba con ella a Salamanca porque acá estaba harto, todo el mundo en pose y de la boca para afuera. ¿Para qué le habría contado eso Felisa si la que planeaba irse a Salamanca era ella misma?

Benito tenía razón en que para descubrir quién habría querido verla muerta y sido capaz de matarla debía indagar a Felisa. ¿Por qué le había mentido Felisa, en la clínica, sobre Salamanca? ¿Sería porque planeaba abandonar a Nico y a Pablo e irse con Arispe? Arispe podría decírselo, y también si él era el señor Darnton que había llegado hasta la entrada del country el 19 de agosto. No la había visitado en la clínica, eso era seguro.

Clara recordaba la clínica como un basurero de despojos humanos. Ella no había estado de acuerdo con la decisión de internarla que compartieron Pablo y el médico de cabecera. Le había parecido una manera de empujar a Felisa a convencerse de que era una inadaptada, en vez de mostrarle que los síntomas —sus adicciones— estaban para decirle algo y que aquello que le dijeran la ayudaría a curarse.

En ese lugar, Felisa estaba acompañada todo el tiempo por un tipo exageradamente gordo, un viejo paciente devenido anfitrión del lugar, que no se le despegaba. Tan gordo que no podía levantarse de una poltrona del tamaño de un camastro que habían hecho especialmente para él. Se llamaba Antonio, estaba siempre muy medicado y le costaba levantar los párpados.

—Acá podés contar de vos, Flaca —decía Antonio—. Afuera, los normales corren de acá para allá y no te escuchan.

Antonio no dejaba que nadie se le acercara a Felisa, porque, decía, ahí eran las vedetes. Los demás internos eran las coristas, porque sólo ellos sabían que los seres humanos eran fiascos. Sabían porque habían tocado el fondo de sus almas, habían resistido, y la resistencia se encarnaba en sus cuerpos. Felisa sonreía cuando lo escuchaba y dejaba la mirada lejos, perdida.

Clara pensaba que aquel contexto no era bueno para Felisa e hizo todo lo posible por sacarla de ahí. Los normales, decía Antonio, eran seres humanos domesticados, dóciles, adaptados a todas las variaciones que los tiempos producían. Hombres y mujeres obedientes, apretados a las costumbres, borroneados en el rebaño del sentido común, respetuosos, pacientes, mediocres. En cambio, ellos dos, con sus cuerpos, habían opuesto una fuerza en sentido contrario. Resistían, y su resistencia era erótica, cargada de goce y de placer. ¿No, Flaca? Los dientes de Antonio habían sido blanqueados por un dentista y el color era casi fosforescente.

Lo mío no es un mérito. Con todo lo que me pasó, cómo no voy a estar piantado. El mérito es de la Flaca. ¿Estás segura, Flaquita, de que a vos de chiquita no te culeó tu viejo y después se mandó a mudar y nadie sabe dónde anda, como el mío? No nos estarás engañando, ¿eh? Flaca, Flacucha, ¿me oís?

La única diferencia entre la Flaca y yo —había dicho Antonio— es que ella quiere volver al mundo de los normales, sólo que no puede

tragar. Gran diferencia. Viene de un barrio cerrado, protegido, igual que el sexo seguro: privilegiado, impermeabilizado, desinfectado, rodeado de un muro que repele a extraños y desconocidos peligrosos. Por eso, lo que los médicos llaman su “enfermedad” es una enfermedad de ricos, y todos los que dicen querer forzarla a comer son sus secuaces. Bah, son sus opresores, corruptos como los políticos que cierran con viandas las bocas de los que osan quejarse. ¡La comida es el poder!

Bibi sacó a Clara de sus pensamientos. Le preguntó, sonriente, si Ernesto le había contado el secreto. Del cuello de Bibi colgaba un collar que la encandiló, con una piedra del mismo color que la camisa. Ernesto miró a Clara desde detrás de Bibi y encogió los hombros. Clara empezó a estornudar. El antihistamínico no le había cortado la alergia. En cambio, le daba somnolencia. De repente volvía al presente y a las treinta chiquitas saltando en el pelotero, y a Bibi y a Ernesto, que la miraba con cara de agobio o quizá de exhortación. Detrás de ellos se estiraban, erguidas, las vainas de los agapantos, preparándose para colorear de azul esa parte del jardín. El fenómeno de los agapantos nunca dejaba de maravillarla. Llegaba diciembre y en la punta de esos tallos gruesos, muy verdes y derechos, comenzaba a hincharse un bulbo que demoraba un par de días en abrirse y producir la flor más bella del mundo, de un intenso color azul.

—¿Le contaste a Clara de la fiesta sorpresa para Jenri, Ernesto?

Ernesto le preguntó a Clara qué le pasaba, por qué tenía esa cara. Clara dijo que los agapantos eran como el pase mágico de la naturaleza, ¿no? Bibi y Ernesto miraron hacia aquella parte del jardín. Entonces Bibi agregó, con aire de maestra:

—Si esta primavera no los dividís y replantás, van a estar mustios. Lo que no cuidás bien, Clara, es mejor no tenerlo. ¿Te dijo Ernesto el favor que te quiero pedir? A vos que te gustan tanto las flores, ¿te animás a hacer los floreros para la fiesta sorpresa de Jenri? Yo no voy a dar abasto con todo.

—¿Festejamos que de repente consiguió trabajo? —contestó Clara.

—No seas mala. Festejamos su cumpleaños.

—Perdoname, pero no estoy para festejos. Todavía no se cumplieron tres meses de la muerte de mi amiga.

Desde donde estaba, Clara veía el cerco vivo que separaba su lote del de los Uturriaga. Al cerco se lo llama “vivo” porque en Los Caimanes no están permitidos los cercos de material, de madera o de piedra. La idea era que los lotes se confundieran y formaran un gran predio natural, y para eso era importante que se disimularan los límites, que todo el ejido luciera uniforme, y no como un cuadrillé. El cerco vivo de Clara y Ernesto era asimétrico, formado por arbustos de más de una especie, como les había aconsejado Bibi.

Los Uturriaga ya vivían en la casa de al lado cuando Clara y Ernesto se mudaron, y al principio Bibi les recomendó que hicieran un cerco de cañas de bambú, que crecía muy rápido; en menos de un año, no estarían invadiéndose. Se notaba que a Bibi la incomodaba la cercanía más que a Clara y a Ernesto, que, con el envión que traían por mudarse del departamento a una casa, estaban felices de que fuera justo al lado de gente que conocían a través de los González Calderón. Es bueno tener un conocido a mano cuando te mudás tan lejos de la ciudad, había dicho Ernesto, y Clara recreaba en su mente la imagen de sí misma cruzando a la casa de al lado en batón y pantuflas a pedir una taza de azúcar, como en la historieta que leía de chica.

Ahora Clara recordaba la escena como si la viera: los tres parados en el límite de los lotes. Ella le había preguntado a Bibi cómo se llamaban los arbustos de su cerco; abelias, cotoneáster y fotinias, había respondido Bibi.

Clara había plantado lo mismo que ella, a pesar de que esas especies tardaban tres años en crecer. Ya había pasado bastante más que tres años y a Clara le gustaba el follaje verde y marrón (Bibi lo llamaba follaje “bronceado”), le gustaba que las hojas se movieran con el viento, ver las flores chiquitas y blancas y su forma globosa.

—La vida continúa para nosotros —dijo Bibi—. No podés reprocharme que tenga ganas de hacer una fiesta en diciembre, ya habrán pasado cuatro meses de la muerte de Felisa. Paul Dillon está de acuerdo y me apoya. Dijo que los que se mudan a Los Caimanes se mudan por la gente, que la amistad es clave acá. Nosotros no vivimos en un impersonal barrio cerrado donde los residentes no tienen nada que ver uno con el otro.

—Como vos y el Gallego —dijo Clara.

Bibi no se inmutó. En ese momento, su hija saltaba delante de ellas, pedía Coca-Cola, y el perrito lanudo giraba a toda velocidad alrededor de las dos. Ernesto tironeó del brazo de Clara. Le dijo que fueran a buscar gaseosas. En la cocina, le pidió a Clara que parara con el hostigamiento, que dejara en paz a Bibi y su fiesta sorpresa, que el Gallego era su jefe, mejor mudarse de Los Caimanes que ir con los botines de punta contra todo el mundo. Clara tenía una botella de gaseosa en cada mano y respiraba profundo, inspirando y soltando el aire.

—Está bien, Ernesto, resolvamos nuestra molestia mudándonos —consintió—. No voy a poner en riesgo tu trabajo con el Gallego. Pero para nada voy a parar hasta entender la muerte de Felisa. Estoy segura de que vos tampoco creés que tuvo un paro cardíaco por culpa de la anorexia. Qué raro que no se te ocurra quién tendría motivos para asfixiarla. ¿O no fuiste vos el que me dijo que si no murió de asfixia habríamos encontrado más signos que su cuello amoratado y que es

más común que una mujer mate por asfixia que un hombre? Según me contó Gutiérrez, Bibi corría por el jardín de Felisa la noche en que murió.

—Por Dios. No sigas con esto. Es ridículo.

En ese mismo momento, Bibi entró en la cocina y dijo que ya se iban. Venía con su hija de la mano, que lloraba porque no se quería ir primero que todas. Bibi miró a Clara y a Ernesto con sospecha, como si se diera cuenta de que hablaban de ella. Clara empezó a estornudar otra vez.

—No me van a convencer de que no haga la fiesta —dijo Bibi—. Bien que vos no te privaste de festejarle el cumple a Delfi.

Clara acompañó a Bibi y a su hija hasta la puerta. El perrito iba como una flecha delante de ellas, directo hacia la camioneta de su dueña.

—Yo te entiendo, Clara. No vas a creer que no pienso todo el día en Felisa. ¡Todo el día! Tampoco lo puedo creer. También me pregunto por qué Pablo no estaba con ella. Pero nunca entendí, para el caso, que Felisa estuviese con Pablo. Felisa era una mina para una buhardilla en Saint-Germain-des-Prés, caminando todos los días a la Sorbona. Y como yo siempre digo: ninguna mujer actúa en contra de sí misma. Nosotras somos mucho más fuertes que los tipos. Felisa estaría pasando por una crisis, a lo mejor, confundida. Se me ocurre que estaría pensando en dejar a Pablo, pero no lo sé. Eso la tendría con las defensas bajas. Pero una mina no muere por algo así, menos una mujer como Felisa. Entiendo que dudes de su muerte y que quieras saber qué le pasó. Pero vos tenés que entender que, aunque llegaras a saber la verdad, no vas a poder hacer nada. Entonces, para qué torturarte. Por qué mejor no dar vuelta la página; eso sería hacer lo que yo siempre digo: no actuar en contra de una misma. Tampoco se puede ir contra los molinos de viento. Fijate que Pablo se fue de la casa cuando se enteró de su affaire con el jefe. La actitud de mojarrita de Pablo es para hacerse el diferente al Capo, su papito, don Dillon. Y el novio de Felisa, el de la facultad, no la debe estar pasando nada bien si se metió con la nuera de Dillon. Así que, nena, olvidate de resolver qué pasó. Vos tenés mucho por lo que estar contenta. Yo sé por qué te digo que te cuides, que es el propio Dillon el que quiere todo calladito.

—Entonces, vos sabés que no murió de un paro cardíaco, pero opinás que sería imposible saber de qué murió, porque Dillon se está ocupando de encubrirlo —se atrevió Clara, asombrada de sus propias palabras.

—Ay, Clara, vos sabés perfectamente quién es Dillon. ¿Hay que ser de afuera de Los Caimanes para hablar claramente respecto de él? Googlealo. ¿No serás tan ingenua como para creer que porque va a la misa del padre Pedro no es el lobista todo terreno que todo el mundo

sabe que es? La verdad, no te tenía por tan ingenua. Siempre en la tuya, del colegio a tu marido y tus hijas, pero tampoco para ignorar quién es Dillon. ¿Cómo vas a meterte con un tipo que supo y sabe ser requerido por todos los políticos, del partido que sean? Político corrupto que hay en este país recurre a Dillon para lavar las ganancias de los sobreprecios y las coimas. Es un tipo sin ninguna moral, estuvo en los negociados del gobierno anterior y ahora de este. Se especializa en conocer el precio de todo el mundo, en aceitar al que hace falta. No debería estar diciéndote nada que no sepas. Nadie acá se traga el cuentito del glamur de su sangre azul y la de Teresa. Para eso te sirve vivir acá. Los Caimanes te muestra que la "gente bien" se extinguió, como los dinosaurios. O se metamorfoseó, si es que supo reinventarse. Dillon apela a la alcurnia porque le conviene. La muerte de Felisa es una miguita en sus tejes y manejes. Salvo por un pequeño detalle: era su nuera. Ah, otro detalle más: Los Caimanes es el capricho de Teresa. A Dillon lo divierte que a Teresa le importe tanto sentirse acá adentro como en su feudo, con Grace como vasalla. Un disparate, claro está. Pero él sabe usar la ficción en su favor y se ríe de todos cada mañana cuando desayuna.

—¿Por qué corrías por el jardín de Felisa la noche en que murió?

La cara de Bibi se tiñó de bordó. Miraba hacia la calle, a una mujer que venía caminando.

—Fui a rescatar a Jenri —murmuró Bibi, añadiéndole cansancio a su voz, como si estuviera diciendo algo obvio—. Una vez más, se metió donde no le convenía. Porfiado, como vos. Ay, Clara, tenés toda la razón en que se le debería haber hecho una autopsia a Felisa. No nos dimos cuenta de abrir la boca en el momento, por el shock. Pero ahora sabemos perfectamente que hubiese sido inútil.

La mujer que venía por la calle era Teresa. Daba pasos enérgicos y braceaba, como un soldado.

—¿Y esa qué quiere acá? —preguntó Bibi.

—Viene a buscar a Nico —dijo Clara—. Está arriba, en mi cuarto, leyendo. Lo van a llevar a cenar al centro.

Clara dio dos pasos hacia delante para saludar a Teresa y justo se interpuso el perrito lanudo. Clara tropezó con una laja que sobresalía en el borde de la calle y cayó boca abajo en la cuneta. Bibi se acercó con grititos mientras Clara estornudaba sin parar. Teresa también se acercó a ayudar y la acompañaron hasta la cocina para que se limpiara la sangre que le salía de la nariz.

Cuando Clara se inclinó hacia la canilla de la pileta, empezó a sonar el teléfono. Seguía sonando cuando se limpiaba con una toalla de papel. El perrito lanudo de Bibi ladraba, afónico, y Bibi decidió atender. Teresa miró a Clara y la toalla de papel teñida de rojo, mientras decía, bajito, qué barbaridad.

—No es nada, estoy bien —la tranquilizó Clara—. No es nada, no se preocupen.

Bibi, tapando el tubo del teléfono con una mano, casi gritó:

—Clara, es un tal Gutiérrez, ¿le digo que lo llamás después?

Clara miró a Teresa, que fruncía el ceño y le devolvía una mirada de hielo.

XIII

Gutiérrez tenía algo importante que decirle a Clara. ¿Podía encontrarse con él, el lunes, a las siete de la tarde, en la panadería Zulma? Sobre Yrigoyen, en la esquina frente a la YPF. La atendía la madre de Gutiérrez. Clara debía pedir una docena de bolas de fraile apenas llegara, así ella la reconocería para indicarle la puerta que daba a una cocina, donde se encontraría con él. Después, cerraba el negocio.

—No estás bien —dijo Bibi—. Clara, estás blanca.

Clara la miró sin responder. Bibi tomó la mano de su hijo y salió, con su perrito lanudo. Teresa y Nico se fueron detrás de ellos. Lo que quedaba de la tarde pasó a cuentagotas. A las ocho de la noche, llegó la última madre a recoger a su hija. Después Clara hizo una sopa de zapallo, acostó a Filu y Delfi, que estaban agotadas, y ella también se quedó dormida.

El domingo fue un día luminoso, bien de primavera. Clara estaba cansada porque había dormido pésimo, la despertó una pesadilla en la que unos supuestos matones de Dillon secuestraban a Delfi. No salió en todo el día de la casa. Ernesto tuvo que pasear a turistas por un campo en Luján y las chicas jugaron en el jardín, rociándose con la manguera. A la mañana siguiente fue al colegio. Volvió al mediodía. Quedó con Bibi en que ella recogería a Filu y Delfi y las llevaría a jugar a su casa hasta que Ernesto las buscara.

A las seis de la tarde, se vistió con un jogging viejo y pedaleó con su bici hacia el fondo de Los Caimanes. La calle que iba a la puerta de proveedores estaba tapizada de blanco por los plumerillos que desprendían los plátanos. Eran árboles de muchos años, altos y majestuosos. Aquel era el sector más viejo de Los Caimanes, donde estaba el casco de la estancia antigua, de la época de Rosas. La casa principal había sido reciclada y convertida en *club house.* El parque del casco, con sus árboles añejos, fue deglutido por la cancha de golf. El diseño de la cancha, en función de los obstáculos para desafiar a los jugadores, había solapado su antiguo esplendor en un entrevero de lagunitas artificiales, cavidades recortadas al suelo para trampas de arena y redondeles de pasto rapado al ras, llamados *greens,* con sus banderitas rojas señalando sus agujeros de once centímetros, los

objetivos de las pelotas de los golfistas.

Clara cruzó la barrera de proveedores y, una vez del otro lado del muro, la sombra y los ruiditos de la primavera abruptamente terminaron. Parecía que también terminaba la brisa que, mientras venía pedaleando, le había rozado la cara. Era un día de calor. Debía de avecinarse una tormenta. El tráfico de la ruta sonaba rabioso. Clara caminó con la bici en la mano, empujándola del manubrio, porque la calle estaba cargada de camiones que pasaban zumbando y haciendo vibrar el pavimento. La vereda era de tierra y estaba llena de piedras. Una vez que terminó el muro de Los Caimanes, brotaron comercios en fila, apretados unos contra otros, asomados a la calle. En realidad era una ruta, el pueblo había crecido a sus costados, e iba paralela a la vía. Delante del cruce de la vía, un hombre y una mujer vendían cacharros de hierro en un carromato, al lado de una casa de techo de chapa con un cartel que anunciaba: “Remisería, autos al instante”. Más adelante, un viejito vendía frutillas sentado sobre un canasto de madera, rodeado de cajas con círculos rojos, frente a un cartel que decía que la caja de un kilo costaba setenta pesos. Había un tilo frente a la panadería Zulma y un bebé colgaba de una rama en una hamaca de tela. Una chica en minifalda intentó cruzar la ruta en el semáforo y se detuvo abruptamente porque los autos y los camiones pasaban a toda velocidad. De golpe, sopló una ráfaga de viento que pareció brotar de la tierra y arrastró una nube de polvo que zarandeó el pelo y la minifalda de la chica. Clara se quedó mirándola un rato largo, quieta, con la sensación de que todo a su alrededor sucedía en cámara lenta.

En la panadería sintió olor a pan recién horneado. Un exhibidor de vidrio exponía facturas en bandejas de plástico. Del otro lado del exhibidor, una señora con un pañuelo en la cabeza cargaba pan en una bolsa. La señora era ancha como un hombre. Sobre una remera blanca, llevaba un delantal color rosa, gastado. Miró a Clara, bajó los ojos y asintió, como confirmando que ella era Clara. No hizo falta que le pidiera una docena de bolas de fraile, la señora enseguida inclinó la cabeza hacia la derecha, donde estaba la única puerta. La puerta tenía una cortina con tiras de hule de colores que, cuando ella pasó, quedaron un rato apoyadas sobre sus hombros.

Gutiérrez tomaba mate en una sala rectangular, sentado en una silla de fórmica, y miraba un televisor enano en blanco y negro. Lo apagó apenas Clara entró a la sala. Apuntó a la silla vacía del otro lado de la mesa, sobre la que había, envueltas en papel marrón, varias facturas con una forma que Clara nunca había visto en su vida. Gutiérrez le ofreció una y Clara no se atrevió a rechazarla. Mientras masticaba, Gutiérrez le explicó que el chicharrón era la especialidad de la madre. A Clara le costaba tragar los pedazos que había dentro de la masa, le

daban sed, mucha sed, pero no quiso ofenderlo y entonces tragó. Lo escuchó:

—La noche del 19 de agosto, un malviviente LC ingresó en la vivienda de doña Felisa.

Gutiérrez esperó un rato para tantear la reacción de Clara. Siguió:

—Hay mucho involucrado acá, doña Clara. Usted tiene razón en buscar lo que busca. Pero no se vaya a tener tantas expectativas. Lo que voy a decirle no se lo pude decir antes porque me lo prohibieron, y el trabajo es el trabajo. Pero ahora dicen que van a remplazar la empresa de seguridad, y eso cambia las cosas. Porque la empresa nueva traerá sus vigiladores. Cada día que pasa, aprietan más la cuestión de la seguridad. Justo hablaba de eso con mi vieja. Ella me discute que la seguridad no es lo que le explico que es, la falta de riesgo, sino la confianza. Mi vieja es muy religiosa, ella va al templo todos los días, y allá le hablan de Jesucristo, y ella tiene mucha confianza en Él, por eso me discute así cuando yo le hablo de mi trabajo y me escucha decir tantas veces la palabra *seguridad.* Don Dillon siempre estuvo encaprichado con la seguridad. Se me hace que él se imagina a Los Caimanes como su propio país en chiquito. La nueva empresa que contrató va a traer a sus propios vigiladores. Eso sería la lógica, gente de su confianza. ¿Ve? Ahí tendría razón mi vieja, y la seguridad sería un asunto de confianza, de lealtad. Lo que es seguro es que esa empresa debería darle tranquilidad al directorio, que en este momento no piensa fríamente, y eso se conseguiría con la señal de renovación. Yo no quiero perder mi trabajo, doña Clara, no puedo perder mi trabajo, y usted puede ayudarme a que no me echen.

Clara no quiso interrumpirlo, porque tenía la sensación de que Gutiérrez iba a revelarle algo ominoso y, si lo desviaba con una pregunta, quizá se acobardase. Gutiérrez dio un par de vueltas a su relato, tuvo que volver a empezar varias veces hasta decidirse a narrar cronológicamente. Aun así, se le mezclaba lo que había pasado aquella noche con las resoluciones posteriores del directorio, a raíz de aquel episodio. Dijo que, como le había comentado antes, la noche del 19 de agosto él andaba de ronda. Iba con su linterna, como todas las noches en las que estaba de guardia. Llegó a la casa de Felisa y alumbró las puertas y las ventanas, inspeccionando, porque estaba todo oscuro.

—¿Felisa estaba sola? —preguntó Clara.

Gutiérrez dijo que en el momento no vio ninguna luz encendida en la casa y que hizo el trabajo de rutina correspondiente a una vivienda que parecía vacía: primero, fijarse si estaba el automóvil. Cuando faltaba el automóvil de alguna casa, significaba que los propietarios habían salido. Si el auto estaba, quería decir que estaban durmiendo. Si habían salido, tenía que asegurarse de que hubiesen dejado las puertas bien cerradas. Si encontraba alguna puerta abierta, debía

echar candado. Por eso salían de ronda con varios candados.

Debido a los actos de vandalismo, habían dado la orden de impedir futuros problemas. Los vándalos siempre eran LC, pibes socios que estaban a las andadas, y los casos habían aumentado. El directorio había hecho todo lo posible para que el asunto no trascendiera y Los Caimanes no se hiciera mala fama. Hablaron con los padres de los vándalos, y como los padres no habían reaccionado, pese a haberle asegurado al directorio que tomarían medidas punitivas privadamente, la comisión de Los Caimanes suspendería a los pibes por “conducta indecorosa”.

La cuestión fue que el auto de doña Felisa estaba, en efecto, frente a la casa, le aseguró Gutiérrez: el automóvil chiquito de ella, color rojo, lleno de calcomanías, estacionado debajo de la pérgola. De golpe, él había visto una luz que se movía dentro de la casa. Era un círculo de luz blanca que se trasladaba en la oscuridad. Gutiérrez enseguida apagó su linterna. Se escondió detrás de una planta al lado de una ventana y miró hacia adentro. Era un hombre. En la sala. Abría cajones. Los apuntaba con una linterna chiquita. Estaba parado frente a un aparador, detrás de la mesa con cajones grandes y cajones chiquitos. Los abría y metía la mano, palpando. En el cajón de más arriba, encontró algo. Gutiérrez se dio cuenta porque el malviviente se detuvo y apuntó la linterna hacia lo que tenía en la mano. Podía verle la mano iluminada en color naranja, pero no podía ver lo que había encontrado, ni tampoco su cara.

—¿Lo detuvo? —lo increpó Clara, levantándose de la silla.

—Cálmese, doña, deme tiempo.

—¿El ladrón estaba solo?

—Efectivamente.

—¿Usted entró a la casa?

Gutiérrez dijo que se alejó unos pasos, se escondió detrás del automóvil y por el radio pidió refuerzos. Después sacó el arma y se plantó frente a la puerta de la cocina, que estaba abierta. Esperó. Cuando el ladrón salió y vio a Gutiérrez apuntándolo con el arma, levantó las manos. Era el señor Uturriaga.

—No puede ser, no puede ser —lo interrumpió Clara.

El mismísimo señor Uturriaga bajó los brazos y le mostró a Gutiérrez el fajo. Le ofreció la mitad. Justo llegaban los refuerzos en el carrito de golf. Eran Gómez y el Pájaro, y ninguno sabía qué hacer. Llamaron al jefe, que llamó al presidente, don Dillon, y el presidente dijo que fuesen todos inmediatamente al *club house.*

—¿Está seguro de que era el señor Uturriaga?

—Para qué le voy a mentir, doña Clara. Imagínese todo lo que me comprometo.

—¿Y por qué no se supo?

—Usted sabe, doña Clara. Demasiado le dije para ayudarla, ahora usted ayúdeme a mí.

Las tiras de colores de la cortina se agitaron en la puerta. Entraba la señora de Gutiérrez con un bebé en brazos. Clara se levantó de la silla para saludarla. Le comentó la mejora del hijo, que era su alumno, y ella dijo:

—Bueno, bueno, seño, pero si Dillon nos baja línea, de qué vale que mi pibe ande bien en la escuela. Si taparon los vandalismos anteriores y también los hurtos del personal de maestranza, de los vigiladores deshonestos, de los jardineros particulares, ¿cómo no van a tapar el robo de un propietario?

—Carina, dejame esto a mí —le pidió Gutiérrez.

—Si lo mismo te van a echar —dijo Carina—. ¿Vos te creés que la seño va a salvarte?

Clara sabía que el directorio tenía la intención de mejorar el sistema de seguridad. Lo habían comunicado en uno de los boletines que mandaban por mail. Ernesto le había dicho que trataban de exigirles antecedentes policiales a los guardias nuevos, incluso al personal de obras.

—Ni usted ni nadie se va a enterar de nada —siguió Carina— que Dillon no quiera que se enteren. ¿A que no sabe que, a principio de año, dos chorros profetas entraron allá adentro escondidos en el automóvil de una propietaria? Venían agazapados en el asiento de atrás, tapados con una manta. Le limpiaron la casa a la mujer y se llevaron todo en su mismo auto, con ella manejando. ¿A que no sabe quién era la propietaria?

—La ex de García del Río —apostó Clara.

—Exactamente —confirmó, satisfecha, Carina.

—Desde abril se revisan los autos por dentro y el baúl también, y de noche hay un vigilador de arma larga parado en la entrada, justamente por eso —agregó Gutiérrez.

—Ustedes no se enteran de estas cosas —dijo Carina—. El directorio repuso a la propietaria todo lo que le habían sustraído y la mujer estuvo de acuerdo. Al principio, este —señaló a su marido— no entendió que la señora estaba contenta así, ¿vio? El Pájaro tuvo que avivarlo. Le contó que lo que pasaba era que los chorros la habían levantado de la salida de uno de los hoteles alojamiento de allá de la colectora. Dillon maneja el chamuyo, no deja que ustedes se enteren de estas cosas, porque no quiere pánico. Bastante desquicio con el piquete del año pasado ahí en la puerta, más el pibe que levantaron del country de allá al lado.

—Me parece —se animó a terciar Clara— que Dillon no quiere que baje el valor de la propiedad en Los Caimanes.

—Que no la engrupan, seño —dijo Carina.

—Este año se tomaron medidas de seguridad por ese motivo —añadió Clara para que no quedara en evidencia que ella sabía mucho menos.

—¿Como revisar los automóviles en la entrada y el arma larga, dice usted? —dijo Gutiérrez—. ¿O lo del código secreto? Lo avisaron por carta, ¿no? Que si alguno era víctima de un hecho semejante, si llegaban hasta la entrada de Los Caimanes con un malviviente dentro del auto, a la pregunta del vigilador: ¿todo bien?, deben responder: sí, señor Lela. Lela es mi jefe, el de la empresa que quieren cambiar.

—¿Es definitivo, entonces, el cambio de la empresa de seguridad? —preguntó Clara.

El código secreto consistía en que, al oír el vigilador la palabra clave, permitiría el ingreso del automóvil y luego se desplegaría el operativo en la casa del propietario.

—Se la tienen jurada a Lela desde que pasó lo de la señora de García del Río —reforzó Gutiérrez.

—No se animaron a tomar una medida más drástica entonces —los interrumpió Carina— por miedo a la venganza de algunos de sus vigiladores, que se irían sabiendo la interna del country.

—¿Cómo se enteraron esos ladrones de que la señora de García del Río saldría a esa hora del hotel alojamiento?

—Lo batió el Pájaro —respondió Carina demasiado rápido.

—¡Carina, me comprometés! —le gritó Gutiérrez—. El Pájaro es boleta. La empresa nueva no lo quiere seguro.

—¿Y por qué cambiarían al personal de confianza? —preguntó Clara.

—Por lo que le conté de la noche del 19 de agosto —dijo Gutiérrez.

—Lindo balurdo —concluyó Carina, como dando por terminada la conversación.

Gutiérrez se puso de pie, tomó a Carina de un brazo, la llevó hasta la ventana que daba al patio y le cuchicheó algo en la oreja.

—Ya me voy yendo —dijo Clara, que se violentó con la situación. Gutiérrez se dio vuelta, la miró, como dudando. Clara siguió—: Usted quería contarme que Uturriaga estuvo en lo de Felisa la noche del 19 de agosto. Le agradezco. Le juro que no lo comprometeré.

—Doña Clara, sobre este nuevo hecho delictivo, el vigilador responsable soy yo mismo, el perejil Gutiérrez, porque fui el que lo sorprendió. Y en vez de detenerlo y llamar al directorio, pedí refuerzos. Ese fue mi error. ¿Pero cómo hace un vigilador para pensar como el directorio quiere que piense? No se me ocurrió molestar por la noche al propio presidente, por una cuestión de que era tarea cotidiana de un agente de seguridad.

—¿Era mucho dinero? —se animó Clara.

—¡Pffff!, mucha biyuya —se anticipó Carina, que se había sentado en una silla de fórmica, con el bebé en los muslos. Gutiérrez la miró con

furia.

—Andá con mi vieja, Cari, ya mismo.

El bebé empezó a llorar y Carina salió de la sala con el pequeño a los gritos.

—Le manifesté al señor Lela que rechacé el dinero que me ofreció el malviviente. Pero fue mi palabra contra la de un propietario.

—Y todo eso pasó la noche en que Felisa murió. ¿A qué hora fue?

—Eran las once y cuarto cuando el propietario González Calderón llamó para decir que estaba pidiendo una ambulancia.

—¿Pablo Dillon estaba con ustedes en el *club house*?

Gutiérrez agachó la cabeza, y resopló:

—No me comprometa, doña Clara.

—¿Qué tiene de malo lo que le pregunto? Sólo quiero saber si cuando se reunieron con Dillon en el *club house* estaba su hijo también.

Gutiérrez se sirvió mate y chupó de la bombilla. Esperó un rato para decir:

—Mire, don Pablo no estaba, y al rato el señor Lela me dijo que esa noche durmiera en el depósito de maquinaria, que al día siguiente íbamos a hablar, que yo la jugara muzza. Lela estaba nervioso, y ahora me enteré de que lo mandan de jefe a un country de Luján, con un sueldo más alto. Por algo usted vino a mi casa. Me están testeando si cotorreo. Una provocación, porque yo me siento parte de Los Caimanes, así que ando con los cables pelados.

Clara le pidió un mate. Tomó uno y lo devolvió. Se quedaron callados un rato. Les llegaban el murmullo de Carina y la madre de Gutiérrez y ruiditos del bebé.

—Dígame una cosa —se decidió a preguntar Clara—: ¿Los Caimanes está por anexar el terreno de la cancha de fútbol?

Gutiérrez se cruzó la boca con el dedo índice, en señal de que tenía que quedarse mudo. Les llegó la voz de Carina, que canturreaba, balurdo, balurdo.

Clara y Gutiérrez se miraron.

—¿El terreno es de Paul Dillon?

Gutiérrez gritó:

—Callate, Cari, callate, haceme el favor.

—Cómo van a chillar los socios que compraron lotes carísimos en Los Caimanes —concluyó Clara.

—A mí, doña, en cualquier momento me dan el perrito y la policía me encuentra estupefacientes en la casa y me encanutan.

—¿Qué quiere de mí? ¿Cómo podría ayudarlo? —preguntó Clara.

Gutiérrez pareció dudar.

—Usted y doña Felisa tenían una gran amistad, y a usted no le cierra lo del ataque al corazón. Entonces, le viene bien la información para

investigar lo que pasó en la vivienda de Pablo Dillon y Felisa Morel el 19 de agosto. Uturriaga estaba un poco envinado, para decir verdad. Seguro, los esposos habían tenido una discusión. Yo no había podido, antes, contarle que el propietario Uturriaga punguiaba la vivienda y que todos, yo, Uturriaga, Gómez y el Pájaro, salimos para el *club house* a las diez y diez de la noche, y eran apenas las once y algo cuando sonó el teléfono. Usted puede ayudarme a que no me hagan la cama para que no me manden a la sombra. A la cárcel, doña Clara.

—¿Cómo podría ayudarlo?

—Y... hable con la de González Calderón, que es amiga suya y peso pesado en la comisión. Ella tiene el poder para hacerme quedar.

Clara lo miró un rato largo a los ojos, y Gutiérrez le devolvió la mirada y una media sonrisa.

—No se haga mala sangre con lo de la combi, doña Clara, que ni su marido ni ninguno de sus amigos son pasajeros frecuentes ni estaban la noche del 18 de agosto.

—Su señora me había dado a entender lo contrario —dijo Clara.

—Si lo hizo, no habló con la verdad, sepa disculparla. Mi señora conoce bien a la señora González Calderón, sabe que ignora lo que quiere ignorar. Es una virtud que ella tiene, y en este momento está bueno para mí. Preferiría que ella crea que su esposo viajaba en aquella combi del 18 de agosto. Sólo podría enterarse de lo contrario por usted. Usted vea qué considera conveniente. Es la última carta que me queda a mí.

Eso fue todo esa tarde. Clara se marchó con una torta de chicharrón en una bolsita, atada al manubrio de la bici. Cuando salió, todavía no había oscurecido, pero ya estaban encendidas las luces de los faroles de la calle. Caminó despacio, empujando la bici del manubrio. Miró el cielo y de golpe oyó un tiro, y enseguida el silencio. Corrió con la bici tomada del manubrio. Cuando llegó a la barrera de Los Caimanes, escuchó una sirena.

—¿Qué pasó? —les preguntó a los guardias apostados en la garita de seguridad.

—No se preocupe, señora, es afuera. Usted métase adentro.

XIV

Clara pedaleaba por la calle principal y a cada rato miraba el cielo a través de las ramas de los plátanos. No veía ninguna estrella. En alguna parte debería comenzar a salir la luna. Habían anunciado un eclipse para esa noche, así que tenía que ser luna llena. Mientras tanto, pensaba cuán poco sabemos acerca de lo que creemos saber. Al día siguiente era la última clase en el colegio y tenía planificado, para segundo año, hacer una exposición oral para que luego los alumnos discutieran por escrito. Pensaba hablar sobre los magos de la antigüedad, en relación con el uso que les daban a sus conocimientos astronómicos y matemáticos, que guardaban en secreto para valerse de ellos como arma de dominación y así amedrentar o convencer de algo al pueblo. Les contaría que los magos sabían, por ejemplo, cuándo se produciría un eclipse y utilizaban ese conocimiento para persuadir al pueblo de que era un anuncio de un aval divino.

El auto de Pablo estaba estacionado en la calle, delante de la puerta. Clara se había olvidado de que vendría a cenar con ellos, para ver juntos el eclipse. Las nenas estaban cansadas e irritadas, así que les dio de comer enseguida y las acostó. Pablo y Ernesto hablaban de fútbol. Clara permaneció callada durante la cena. Más tarde, ellos tomaron café en el living y ella salió al jardín y se acostó boca arriba en el pasto. Tenía muchas ganas de ver el eclipse, pero a la vez el peso de tantos pensamientos en su cabeza le provocaba sueño. De repente, oyó a Ernesto que la llamaba:

—Vení para adentro, Clara. La radio dice que sólo los astrónomos podrán ver el eclipse.

Ernesto comenzó a subir las escaleras hacia la habitación; podía verlo a través de la ventana del living. Pablo había quedado solo en la galería, fumando. Después de un rato, se levantó y se acercó a Clara.

—Me dijiste que le habías prestado plata a Jenri, Pablo —dijo Clara—. Y que se la había gastado en el casino de Tigre.

—¿Y?

—Ibas a prestarle plata, pero él prefirió robártela. La noche en que murió Felisa, a las 9:30, encontró la plata en el living y los guardias lo pescaron in fraganti. No tiene sentido preguntarte cómo sabía Jenri que no estarías en tu casa, porque me vas a mentir de nuevo.

Pablo se sentó al lado de Clara, apoyó los codos sobre las rodillas y miró el suelo.

—Le presté varias veces plata a Jenri —explicó Pablo con voz cansada.

—Pero al menos una vez te robó. La noche del 19 de agosto, te robó.

—Clara, sé cuánto querías a Feli y entiendo que no puedas aceptar que haya muerto. Estoy deshecho y encima preocupado por Nico. No tenés derecho a meterte en mis cosas ni a acosarme.

El pasto, que formaba un colchón, largaba un vaho intenso. Los contornos de los árboles se veían recortados, como con aumento, y parecían gigantes.

—¿De dónde sacaste que Jenri estuvo en mi casa esa noche? ¿Quién te está llenando la cabeza con chismes? Me extraña de vos, Clara.

—No sé para qué te pregunto, si no te voy a creer nada de lo que me digas.

—No querés entender que sabés todo lo que hay que saber —dijo Pablo, fastidiado—, porque tu apego a mi mujer era enfermizo. Ella murió en su ley. A mí ahora no me interesa más nada, ni siquiera Nico, que está hecho un zombi, pero vos deberías seguir con tu vida.

Pablo miró en dirección a la casa, oscura salvo por dos ventanas iluminadas.

—Si no te conté del robo de Jenri, fue para protegerlo a él, no para protegerme a mí. Porque es patético lo que hizo. Y los Uturriaga viven enfrente de nosotros, Clara. Sólo con mirar por la ventana, me ven salir en el auto.

Se quedaron callados un rato, ahora miraban el cielo. Pablo siguió:

—Nunca me quisiste, Clara. Cuando aparecí en la vida de ustedes, sentiste que te la había robado. ¡Tenías hepatitis el día de nuestro casamiento! Y vos y Ernesto son tan contenidos, es imposible que entiendas de qué manera quise a Felisa. Ella jugó con fuego toda su vida. Yo la dejaba, porque desde que la conocí quise meterme dentro de su cabeza. No hay manera de que entiendas eso.

—Entiendo que tu padre maneja la información de acá según su conveniencia. Esconde el robo de Jenri porque no se corresponde con la imagen que quiere de Los Caimanes. Sea porque no le conviene a su negocio inmobiliario o porque lo tiene como el Disneylandia de tu madre. Sé que invirtió pesado en la compra de un lote muy grande de tierra pegado a Los Caimanes y piensa anexarlo.

—Mi viejo no compró el terreno baldío. Sé que piensan anexar ese terreno, pero no sé quién lo compró.

—Claro que sabés quién lo compró. Si no es él mismo, será un amigo suyo o un cliente. Entonces, no le sirve que salga a la luz que en Los Caimanes un socio le roba a otro. ¡Al mismo hijo del presidente! Ofrecerle un trabajo no le cuesta nada. Si no lo hizo antes, fue porque

no tuvo ganas. Levanta un teléfono y listo el pollo. Lo que debe de haber sido un engorro es que Jenri justo eligió la misma noche en que murió la nuera del presidente. Salvo que sea una casualidad.

Pablo sonrió. Se levantó del piso de golpe y miró hacia arriba, con las manos en los bolsillos. Después se dio vuelta, miró a Clara de espaldas a la luna. Su cara estaba completamente oscura.

—¿Pensás que Jenri se acostaba con Felisa y encontró la plata cuando se iba, y Felisa lo vio y entonces la ahorcó?

—Nunca pensé en eso. Jenri es medio quedado, podrá ser capaz de robar, pero no de matar —le aseguró Clara.

Se quedaron en silencio. Muy despacio, un círculo negro avanzaba sobre la luna. Clara no llegaba a percibir el movimiento de la sombra, pero se quedaron estáticos mirando el fenómeno, esperando pescar el desplazamiento.

—¿Sabías que "eclipse" significa desaparición? —Pablo parecía en trance. Se había sentado de nuevo al lado de Clara, y los dos miraban hacia arriba.

—No me vas a distraer —le dijo Clara.

—Clara, sabés que soy un tipo muy distinto a mi viejo. Por eso dejé el laburo en el banco, que me quedaba comodísimo y me llenaba de plata. Ahora estoy solo en el restorán y tengo que estar todo el día encima de la gente, para que me rinda. No vuelvo a laburar con mi viejo por nada del mundo. Pero concedele que es un tipo que está allá arriba en el candelero y encima se ocupa de Los Caimanes. En este caso, también protege a Jenri.

—Como pensás que a mí me pueden llenar la cabeza, pensarás que me hicieron creer que tu padre va a proteger a Jenri.

—Protege Los Caimanes, Clara.

—¡Pero haceme el favor! Le dio trabajo a Jenri ahora y no antes porque justo se le ocurrió robarle al hijo el día en que murió la nuera.

Clara se había hartado de Pablo. Quería entenderlo, porque quizás entonces entendería cómo había muerto Felisa, pero no podía. Hacía varios años que pensaba que Pablo era más inteligente de lo que todos creían.

—La humillación tiene mala prensa —siguió Pablo—. Pero si uno es muy sincero con uno mismo, es algo que se puede gozar. Está conectada con el sufrimiento, el sentimiento más humano de todos. Yo la supe gozar, la gozaba mientras bajaba en el ascensor del edificio de Arispe y me golpeaba la cabeza contra las puertas. Mientras salía a la calle y me parecía escuchar las conversaciones de todos, y me veía a mí mismo como un pobre diablo roto de amor por una mujer que nunca lo mereció, pensaba que nadie podía entenderme. Vos tampoco, Clara, no tenés ni idea de lo que es que te quieran así. Por eso te divertías con los cuentitos de Felisa y su Arispe, ¿no?

—Felisa no me lo contó hasta que la pescaste.

—No me banco la manera de las mujeres de contarse todo.

—Felisa me contaba lo que elegía contarme, como a vos.

Pablo reaccionó acercándose a centímetros de la cara de Clara.

—A mí me contaba todo, nena.

Se calló y miró el cielo. La sombra avanzaba encima de la luna, saliéndose de ella. En eso oyeron una sirena del otro lado del muro y al mismo tiempo Pablo empezó a llorar. Lloraba como lloran las mujeres, gimiendo. Se hamacaba abrazado a sus rodillas. De repente se sentó.

—No me volví loco, Clara —dijo—. Todo se derrumbó cuando apareció Arispe, ¿o no fue cuando lo conoció que dejó de comer?

—¿Por qué tendría que ser un hombre la causa de su malestar?

Detrás de ellos se apareció una comadreja y Clara se levantó de golpe. Caminaron hacia la casa. Llegaba mucho ruido del otro lado del muro. Pablo tenía los ojos hundidos y, debajo, un surco oscuro, color marrón.

—¿Vos sabés por qué Felisa no se fue con Arispe?

—Arispe no la quería —afirmó Clara.

—Sí que la quería. No podés culparme, me dijo el tipo. Claro que no podía culparlo.

—¿Se iba a Salamanca con él o con vos? Se iba sola, ¿no es cierto?

Caminaron hacia el auto de Pablo. Él se detuvo delante de la puerta del conductor.

—Es la primera vez que escucho la palabra Salamanca. Insisto en que te llenan la cabeza. Felisa no se iba a ningún lado sin mí. Pero igual no sé para qué me preguntás, si no me creés lo que te digo.

Se metió en el auto, lo arrancó y salió.

XV

Durante varios días, después de finalizadas las clases y en época de exámenes, Clara fue y vino, desanimada, de su casa al colegio. Hacía lo que tenía que hacer, como una autómata, su cabeza siempre en la muerte de Felisa. Llegó una hora tarde a la reunión general de docentes del colegio por ir a la clínica donde había estado internada Felisa. Habló con el médico que había atendido a su amiga. Conversaron sobre el último análisis en el que Felisa manifestaba su mejoría. El médico se mostró a la defensiva y, al mismo tiempo, contradictorio. Quería evitar a toda costa que se le imputara el haberle dado a Felisa el alta antes de lo conveniente, pero calló cuando Clara lo apuró para que reconociera que entonces no habría muerto de muerte natural. Dijo que no le correspondía conjeturar y le ofreció recibirla en otro momento, porque tenía un caso importante que atender.

A la salida, se topó con Antonio, que le aseguró que él pronto se iba a encontrar con Felisa en el mejor mundo y la previno de que, una vez allá, serían inimputables para siempre, porque era sabido que los ausentes nunca tenían razón.

Tan enfrascada estaba Clara en las expresiones dudosas de las personas con las que se encontraba que perdió la carpeta con las planificaciones de uno de los cursos y se olvidó del turno que tenía para una mamografía de control. En el último tiempo, ya no podía dedicarse a sí misma, ni siquiera iba a la peluquería a cortarse el pelo; optaba por atarlo como un modo de conservar cierta prolijidad.

Ernesto llegó a sugerirle que lo de ella era depresión; a Clara le cayó mal, se sentía sola e incomprendida, y no se hablaron durante tres días. Un lunes lo oyó llamar a una inmobiliaria y ofrecerles la casa en venta, lo que a Clara le produjo indiferencia. Ella sabía que, de cualquier modo, la mudanza no podría ser algo inminente. Llevaría tiempo encontrar quien la comprara y, a la vez, conseguir una nueva vivienda para ellos. Pero sí sería inmediato el engorro de tener la casa prolija para las visitas de virtuales compradores y, peor aún, el tormento de la invasión. Además, la atontaba la falta de sueño, dormía mal, se despertaba tres o cuatro veces en la noche por las pesadillas o porque la cabeza le sugería algo que le provocaba terror.

Una tarde, ya a principios de diciembre, estaba cocinando para la noche y golpearon a la puerta. Antes de que Clara se moviera de la cocina, Grace se había asomado a la ventana. Traía su sonrisa beatífica y agitaba en su mano una barra de chocolate.

—Te traje esto para subirte el ánimo —dijo Grace cuando entró. Tenía puesta una camisa blanca, impecable, que parecía llena de apresto. Clara no la invitó a pasar al living. Se quedó parada delante de ella en delantal de cocina y con un cucharón en la mano. Grace le preguntó por Filu y Delfi, que estaban con Ernesto. Habían ido a comprar el regalo del día de la madre. Grace la invitó a jugar el torneo de tenis intercountry, a beneficio de Acción Social, pero Clara se disculpó; el torneo era un jueves y de ninguna manera iba a pedir el día en el colegio. Miró fijo a Grace a los ojos, tratando de que captara que estaba ocupada.

—Estás cocinando —dijo Grace—. ¿No tenés ayuda?

Clara admitió que le gustaba cocinar y que en ese momento tenía su atención puesta en un pedazo de carne al horno.

—¿Necesitás algo? —le preguntó a Grace en un tono casi maleducado que no era común en ella.

—Te acompaño un rato en la cocina, Clara. Ernesto le comentó al Gallego que andás depre.

—No es para menos. ¿Vos cómo estarías si hubiese muerto tu mejor amiga, dudases de esa muerte y vieras que todo el mundo sigue su vida como si nada hubiese pasado?

Grace se sirvió un vaso de agua de la heladera mientras decía que le iba a doler mucho que sus íntimos amigos Ortiz se fueran de Los Caimanes. Clara suspiró y se quedó callada unos instantes, a la vez que trataba de darle consistencia a una salsa para la carne.

Grace se había apoyado contra la heladera, empezó a hablar de Bibi: qué mujer intensa. Ahora la habían llamado de la revista *Jardín* para hacerle una nota; ¡se iba para arriba y no paraba! Era tan hábil como para acaparar para sí la idea de lo autóctono y dejar de copiar jardines ingleses.

—Una se da cuenta de que no puede hablar más que de sí misma, pero la verdad es que hay que reconocerle el talento, ¿no? Pobre Jenri, qué difícil estar con una mujer protagonista veinticuatro horas al día.

—Qué raro que critiques a Bibi, Grace —dijo Clara—. Vos nunca criticás a nadie.

A Clara le daba la sensación de que, desde que había muerto Felisa, Bibi había recargado fuerzas. Sería porque el marido había conseguido, por fin, trabajo, y eso le produciría alivio.

—¡No la estoy criticando! Te dije que le reconozco el talento. La otra noche comimos con ellos, y de la nota de la revista *Jardín* pasó a

contar que la llamaron de Chile para un congreso, y después que iba a escribir otra nota para la revista *El Conocedor,* y que había que arremeter en esta vida o te llevaban por delante. ¡Cómo la miraba Jenri! Pobre tipo. El único que se animó a frenarla un poco fue el Gallego. Es que ya no dábamos más cuando contó que la hija era abanderada. Y para qué habrá sacado Jenri la guitarra, ¿para qué? Para que Bibi se pusiera a cantar como los dioses. ¿No te da pena el pobre Jenri?

En ese momento, Clara estaba agachada tratando de alcanzar una sartén del fondo de un cajón al ras del piso.

—¿Por qué me va a dar pena? Debe encantarle.

—Aquella noche —siguió Grace—, él con la guitarrita mientras la diva derrochaba su encanto y nos dejaba a todos boquiabiertos. Es increíble, Bibi no puede evitar llamar la atención. Para colmo, al final de la noche convenció al Gallego para que empiece clases de canto. ¿Podés creer que lo invitó a formar una banda? ¡Una banda!

—¿Bibi y el Gallego?

—Sí, te juro que la admiro, pero no aguanto que se meta en todo. Imaginate, es capaz de cualquier cosa.

Clara se preguntó si Grace sabría lo de Bibi y el Gallego. Al menos, parecía sospechar algo.

—Paul Dillon contrató a Bibi para el paisajismo del lote que quiere anexar a Los Caimanes —arriesgó Clara.

No podía ver su cara, porque en ese momento le daba la espalda, enfrentando las hornallas. Pero la oyó toser. Grace permaneció callada un rato largo, hasta que se animó a negar:

—No es seguro que Paul Dillon quiera anexar aquel lote. Al menos, en la comisión no estamos al tanto. Habrá contratado a Bibi porque es muy buena en lo que hace. Todos caen en la red de Bibi, al final.

—¿O todos en la red de Paul Dillon?

—Ay, Clara. No vas a hablar mal del suegro de Felisa, ¿no? Se nota que no lo conocés. Y que estás influida por lo que se dice de él por envidia.

—Igual que con Bibi, entonces. ¿Querías decirme algo, Grace? Ernesto y las chicas deben estar por llegar en cualquier momento.

—Que estoy preocupada por vos, Clara. A lo mejor puedo ayudarte.

—No creo —dijo Clara—. La comisión o el directorio de Los Caimanes quieren silencio alrededor de la muerte de Felisa. No entiendo mucho la diferencia entre el directorio y la comisión, pero sé que los dos son marionetas de Paul Dillon. No se puede contra ese poder, así que si Ernesto quiere mudarse, feliz de irme de acá.

Grace se calló. Afuera oscurecía y Clara prendió la luz de la alacena sobre las hornallas.

—Me parece que hay alguien que te está llenando la cabeza —dijo

Grace.

Clara se dio vuelta y con el codo tiró al suelo la bolsa de sal gruesa. Se agachó a recogerla y con el cucharón iba poniendo la sal derramada en un repasador, pero sin ganas de callarse:

—Qué típico pensar que alguien inferior a uno sea fácilmente manipulable. Así como otro me llena la cabeza, vos podrías vaciármela. Para eso viniste, ¿no?

—Vine para saber si te estaban llenando la cabeza, Clara, porque me enteré de que estabas depresiva.

—Pablo también sugirió que me llenaban la cabeza. Y si es por eso, te voy a decir algo que me dijo alguien hace poco: concentrate en el círculo íntimo. ¡Algo que nadie hace!

Grace se quedó callada. Se metió una pastilla en la boca y empezó a hacerla chocar contra los dientes.

—No sé de qué me estás hablando.

—Para Dillon, la ganancia de la venta de los lotes que piensa anexar deben ser monedas. Quizá lo haga para ganarse al excomisario con el que se lo ha visto últimamente. Debe ser el dueño del terreno. O si no, Dillon se dedica tanto a Los Caimanes porque, como es el feudo de su mujer, para él es un jueguito.

—Clara, Dillon es el padre del marido de tu amiga.

—Ah, claro, qué novedad. También sabía que lo que esconde es algo vergonzoso.

—Si supieras la verdad, serías la primera en querer esconderla — aseguró Grace.

Estaba en la oscuridad. Clara encendió la luz alta del techo y la vio con los brazos cruzados.

—Así que hay una verdad escondida, entonces.

—Hay cosas que no hace falta ventilar. Felisa era tu amiga de toda la vida, ¿no? No querrías que se entere todo el mundo de sus bajezas.

—Culpar a la víctima, decís. No es que crea en la justicia, que se me pase por la cabeza que en la Argentina iría preso uno de nosotros. ¡Eso jamás! Saber la verdad es un tema mío. Sé que Felisa no quiso morirse. Lo sé. Tenía un proyecto que la llenaba de entusiasmo, había empezado a comer y el médico que le dio el alta me aseguró que la había visto bien, en el mejor día desde que la trataba. Y yo tengo que entender qué le pasó, porque no soporto la indiferencia de todo el mundo.

—¿Para algún día contárselo a Nico? Mejor que Nico tampoco se entere.

—¿Y vos no te creés que él va a querer averiguar?

En ese momento, se oyó el ruido del auto de Ernesto, que llegaba con las nenas. Estacionó al lado del auto de Grace y las chicas bajaron corriendo y llamando a su mamá. Ernesto saludó a Grace y,

guiñándole un ojo a Clara, dijo que ellos tres tenían algo que esconder. Las chicas y Ernesto salieron de la cocina y Clara esperaba que Grace se fuera de una vez, pero seguía parada frente a la heladera, muda. Volvió Ernesto, comentó que Filu y Delfi ya se habían ido a bañar y preguntó de qué hablaban. Grace contestó enseguida:

—Decíamos que Bibi no es la típica caimanense, una mujer que está todo el día en ropa deportiva. En Acción Social estamos reclutando a mujeres comprometidas. Lástima que Clara no quiera saber nada; estoy tratando de convencerla. Aunque ustedes se muden de Los Caimanes, Clara igual puede colaborar con nosotros con algo más que las clases de apoyo. Vos, Ernesto, vas a ayudarme a convencerla. Nosotros no queremos a la típica caimanense, porque no tiene conciencia social, queremos a mujeres como Clara.

Después calló y se miró las uñas. Parecía apesadumbrada por lo que había dicho. Clara no sabía si dudaba, sentía vergüenza o tristeza. Grace abrió el paquetito con las pastillas y se metió otra en la boca. Siguió:

—Hay un punto en el que la típica caimanense es accesible, y ese punto es el tiempo. Los Caimanes necesita a mujeres comprometidas, y para comprometerse hace falta disponer de tiempo. En cambio, Bibi está siempre a las corridas. Va a gimnasia con un bolsito, lo deja sobre una silla y, diez minutos antes de que termine la clase, desaparece del espejo. En silencio, se pone la ropa que trajo en el bolsito, se convierte en la parquista profesional que es y sale en su camioneta a realzar jardines. Tiene página web: Autocthonus. Con esa mujer no podés contar, como no podías contar con Felisa. Eso sí: le valoro a Bibi que jamás haya abierto la boca para quejarse de que Jenri no tuviera trabajo. Se rompe el lomo trabajando y hasta se fueron de viaje gracias a ella. Pero en el fondo, si hilamos fino, Ernesto, Bibi no tiene ni tiempo ni el espíritu de Los Caimanes. Vos, Clara, tenés tiempo. Trabajás *part time*.

—No entiendo cuál es el espíritu de Los Caimanes —afirmó Clara, que no podía dejar de preguntarse hacia dónde iba la charla de Grace, por qué el blanco del que no quería apartarse era Bibi.

Ernesto le pidió a Grace que se corriera para sacar una cerveza de la heladera. Clara se asomó al horno. La tapa de nalga crepitaba.

—Bibi tiene a los hijos impecables, la casa más canchera de Los Caimanes, se viste bien y todo siempre le salió “tirado de tan barato”, es sexy, no tiene arrugas, un cuerpo como esculpido. Lo que nos promete Carlinho, el profesor de gimnasia, sólo se concreta en el cuerpo de ella. Cocina las famosas carbonadas, las célebres mousses de chocolate, y encima canta como los dioses. No sé cómo hace, les juro, y la respeto, pero todo eso está enfocado en ella misma; Bibi sólo piensa en Bibi.

—¿Por qué hablás de Bibi? —preguntó Ernesto, aunque la expresión de su cara era más bien de ausencia, como si le aburriera la conversación.

—Como bien deben saber —continuó Grace, que parecía dispuesta a hablar sin parar—, Los Caimanes era la estancia de una familia tradicional argentina.

Mientras Grace hablaba, jugaba con su cadena de oro, finita, con una medalla de la Virgen en el medio y, a los costados, cinco dijes con los contornos de cuatro niñas y un niño, también de oro:

—De una familia tradicional y católica que estaba en la Argentina desde la época de la colonia. No es bueno que, porque esa estancia se haya tenido que lotear en la época de Perón y convertido en club de campo, hayan ingresado tantas familias como socias propietarias y se vayan perdiendo los valores de la familia fundadora.

—Grace, ¿qué te pasa con Bibi? —se decidió Ernesto.

Más tarde, cuando Grace ya se había ido y habían terminado de cenar, Clara le cuestionó a Ernesto que hubiese presionado con esa pregunta cuando él sabía bien que el Gallego y Bibi tenían un affaire. Ernesto le contestó que le gustaba jugar al inocente con Grace, odiaba sus aires de grandeza.

Grace y Teresa Dillon eran las únicas socias de Los Caimanes que pertenecían a la familia fundadora. Era irónico, le dijo Clara a Ernesto, que el Gallego González Calderón hubiese hecho tanta plata y fuese *el* millonario de Los Caimanes, porque cuando Grace y él se pusieron de novios, los padres de ella creyeron que su hija se casaba muy por debajo de su nivel; el Gallego era un grasa. Decían que los padres del Gallego eran unos vascos brutos que se habían escapado de la guerra civil española y habían llegado a la Argentina con una mano atrás y otra adelante. Y el Gallego no tenía un mango ni la perspectiva de heredar alguno. Una vez, Bibi le había dicho a Clara que al final el instinto de Grace había funcionado mejor que el de sus padres: Grace supo lo que hizo, pudo ver más allá de lo que aparecía a simple vista, entendió que ya no quedaban personajes como los que pretendían sus padres, porque la sangre azul no era sangre arremetedora. Ahora Grace era la única de su familia con el dinero suficiente para tener una casa en Los Caimanes. Y su casa era la más grande de todas, un palacio, se la habían comprado a los Uturriaga cuando Jenri se quedó sin trabajo, porque su banco y casi todos los bancos extranjeros hacían las valijas y se iban, espantados por el *default* y la pesificación. Grace y Teresa eran, entonces, los últimos eslabones en la cadena de la familia tradicional con un pie todavía en su tierra. El lugar de Grace en la comisión estaba relacionado con Acción Social, porque los valores que ella quería preservar no permitían a las mujeres ser presidentas de clubes, pero sí ser presidentas de sociedades de

beneficencia o capitanas del *club house,* como era Teresa. Teresa Dillon, además, era la única mujer en la Comisión de Admisión, junto con varios tíos y el hermano de Grace.

—Grace me estaba diciendo, Ernesto —dijo Clara—, que hay una verdad alrededor de la muerte de Felisa, y que, de conocerla, yo preferiría que no se ventilara.

Ernesto se quedó callado y Clara también. Después Ernesto abrió la ventana y dijo:

—Basta, chicas. ¿Por qué mejor no volvés a tu casa, Grace? El Gallego te debe estar esperando.

—¿Ves, Clara? Ernesto entiende muy bien sus prioridades. Ya me voy. Pero te perdiste la parte en que le recordaba a Clara que el espíritu de Los Caimanes es lo que atrae acá a la gente bien, que es la que viene aquí, lo mismo que los trajo a ustedes hace años.

—Decime que el espíritu de Los Caimanes tiene que ver con la verdad a la que te referiste sobre la muerte de Felisa, Grace, porque si no, no es momento para esto. Ya estamos por cenar —se escuchó decir Clara, una impertinencia para ella, siempre bien educada.

Grace le dio la espalda a Clara y se dirigió a Ernesto:

—Hablá con tu mujer, Ernesto. Tiene que entrar en razón. Que no insista con dejar mal parado a Los Caimanes con el tema de la muerte de Felisa. Acá nadie hizo nada mal, nadie. Nosotros somos los más preocupados por hacer las cosas bien. Ustedes piensan irse, okey, no nos ofendemos, no se sienten parte de Los Caimanes. Pero tampoco para calumniarnos gratuitamente.

—Pero, Grace, Clara no está calumniando a nadie —dijo Ernesto—. Y que nos vayamos no quiere decir que ella no pueda seguir colaborando con tu obra, en la escuelita. ¿No, amor?

Grace miró a Clara, que avanzaba con una pila de cuatro platos hacia la mesa:

—Me encantaría seguir dando clases de apoyo en la escuelita.

Grace pareció calmarse. Clara extendió un mantel y se abocó a completar la mesa, a la espera de la respuesta de Grace, que no mostraba intención de irse.

—Le decía a Clara que las mujeres que andan todo el día en ropa deportiva no representan los valores de Los Caimanes, pero son cooptables. Bibi no. No podés pedirle a Bibi que te ayude con el comedor infantil, ni con la parroquia, ni con las ferias, ni con el bingo anual, ni con la obra pro caddie. En cambio, Clara sí.

Las presas de los cocodrilos —decía Felisa— son siempre animales menores a los que pueden matar y comer de un mordisco. Si son más grandes, tienen que ser del tipo que puedan hundir y ahogar bajo el agua.

—Además —siguió Grace—, admítanlo, los Uturriaga son gente

medio pelo. Ya el nombre “Bibi” lo dice todo.

No hay que ofender al cocodrilo antes de cruzar el río, pensó Clara y caminó hacia la puerta, sin que Grace hubiese atinado a moverse.

Después de cenar, en la charla con Ernesto, Clara observó que le resultaba increíble que aquello que los padres de Grace habían visto en su potencial yerno Grace lo viera en los Uturriaga, que habían trepado del oeste al norte y en el trayecto se habían olvidado de sus amistades de la infancia.

—Y Felisa… —pronunció Clara cuando ya había abierto la puerta para que Grace se fuera.

—¿Qué pasa con Felisa?

—Antes te enojaba.

—Felisa escupió al cielo —dijo Grace.

Ernesto subió las escaleras para ayudar a sus hijas a ponerse el piyama. Las dos mujeres se quedaron calladas un rato con la puerta abierta. Grace miraba hacia afuera y apretaba los puños.

—Que Gutiérrez hable del episodio de la combi no va a ser bueno para el espíritu de Los Caimanes por el que estás tan preocupada —dijo Clara sin pensar demasiado en lo que decía, retomando, quizás, la frase que Grace había querido pasar por alto.

Grace abrió su cartera y sacó las llaves del auto:

—Gutiérrez no tiene nada que decir. No vas a creer que él pueda chantajearnos a nosotros.

Se fue. Más tarde, Ernesto se acordó de que, cuando los Uturriaga habían presentado la solicitud para hacerse socios, alguien les había puesto bolilla negra. Decían que a alguno en la Comisión de Admisión no le había gustado la mixtura de nuevo rico de Jenri, “operador de mesa”, y que vinieran del oeste. Después se había comentado que Jenri había pagado para entrar, pero Ernesto nunca se atrevió a preguntarle al Gallego si era cierto. Más tarde, la mesa de dinero donde trabajaba Jenri se convirtió en banco, y durante dos fugaces años, después de que comprara cuatro lotes a un precio más alto que su valor de mercado y edificara su mansión, Jenri fue bien visto en Los Caimanes. Hasta que el banco quebró y los dueños, que antes viajaban en helicóptero, se fueron del país y dejaron solos a Jenri y a otros Jenris para hacerse cargo de la rabia de los acreedores; uno de ellos, el hermano de Grace.

Dijeron que Jenri había sido el más noble, el único que había puesto todo lo que tenía. Hasta les había vendido a los González Calderón el palacete que se había construido en Los Caimanes, tres de sus cuatro lotes, cuando en realidad no habría hecho falta, porque era un bien de familia y más aún porque no era dueño del banco, sino empleado. Sólo se quedó con uno, donde construyeron la casita *canchera* que Bibi decoró “con dos mangos, todo del Puerto de Frutos del Tigre”, en uno

de los lotes del fondo, contra el muro, al lado de donde después comprarían ellos.

Nos encerramos a propósito y vigilamos a quien permitimos encerrarse con nosotros, le había dicho Clara a Felisa.

Cuando terminaron de cenar, Clara le contó a Ernesto lo último que había hablado con Grace, antes de que se subiera a su auto: Jenri había conseguido trabajo. Y que Grace había asegurado, sin dudas ni escrúpulos, que Paul Dillon era un tipazo. Le había ofrecido a Jenri un puesto con un sueldo que es un décimo de lo que ganaba antes, pero los tiempos habían cambiado y tenían que adaptarse. Por eso Jenri aceptó.

Después, Clara no habló, se quedó pensativa. Se le ocurrió que Paul Dillon, que probablemente no habría visto un caimán en su vida, dado que no había caimanes en Buenos Aires, se parecía bastante a uno, porque tenía una boca grande, de labios finitos, y siempre mostraba los dientes cuando hablaba.

XVI

—¿Sabés por qué corría Felisa, Clara? —dijo Ernesto mientras desayunaban, tres días después—. Hoy temprano me acordé de cuando pasaba corriendo delante de casa, con sus piernas largas, parecía una cierva. Daba la sensación de no tocar el piso con los pies, volaba. Se me ocurre que cuando Felisa corría, amortiguaba esa sensación permanente que tiene uno de que siempre algo le falta.

Había una luz amarillenta y opaca. Ernesto miraba hacia el jardín de los vecinos nuevos de la izquierda, los López Lobo. El césped estaba cortado al ras y repleto de arbolitos con tutores. Los López Lobo eran una pareja joven, se habían casado a comienzos de año y ahora se divorciaban.

—Al principio —siguió Ernesto—, todo está por venir y no sabés que quizá sea una gran mentira.

—No deberíamos dejar que Filu y Delfi caigan en esa trampa —lo interrumpió Clara.

Sonó el teléfono de Ernesto y él atendió. Era el Gallego. Dijo que Grace estaba enojada con la fiesta sorpresa para Jenri. Era deplorable festejar tan cerca de un duelo. Los Uturriaga eran unos grasas. Apenas Jenri había conseguido trabajo, ella organizaba una parranda.

Clara podía oír al Gallego, porque vociferaba. Casi todas las mañanas, llamaba a Ernesto, camino al trabajo, a través del "manos libres" del auto, y se descargaba con él. ¿Le parecía a Ernesto que él le diera para adelante con la idea de cantar en la fiesta de Jenri y Bibi? Ernesto miró a Clara, que levantó los hombros, resignada. Últimamente, cada suceso le parecía una pieza del mismo montaje. Lo que no podía dilucidar era quiénes lo integraban ex profeso y quiénes, a ciegas.

Apenas Clara volvió del colegio, descongeló milanesas y preparó una ensalada de remolacha para la noche. Su suegra pasaba a buscar a las chicas y las llevaba al cine. Clara iba a ir al centro, a encontrarse con Arispe. Benito le había informado qué día y hora le garantizaban encontrarlo en su casa, dos horas antes de reunirse con él y Noe.

Imaginando el encuentro con Arispe, Clara se acordó de la caja de zapatillas de Felisa que le había dado Benito. Almorzó un sándwich mientras leía los recortes de textos de la caja. De golpe, le llamó la

atención un papel rayado, de block, que asomaba desde el talón de una zapatilla. Estaba doblado en cuatro y escrito a mano. Decía, con la letra de Felisa: "La leyenda del Hombre Caimán trata de un hombre que tenía la pasión de espiar a mujeres desnudas. Le pidió a un brujo una pócima que lo convirtiera en caimán para espiar a unas mujeres que se bañaban en un río. El brujo le dio dos pócimas mágicas, una roja y otra blanca. La roja lo transformaba en caimán; la blanca, que debía dársela un amigo, lo devolvía a su condición de hombre. Un día el amigo no pudo ir y llegó otro, que se asustó al acercarse al caimán para darle la pócima blanca. El líquido cayó al suelo y algunas gotas sobre la cabeza del caimán. Así fue como el hombre al que le gustaba espiar a mujeres desnudas quedó con cabeza de hombre y cuerpo de caimán".

¿Por qué Felisa habría escrito eso? A Clara se le ocurrió que quizá pudiera relacionarse con lo que había supuesto el médico de la clínica apenas la internaron: que, dejando de comer y corriendo sin parar, Felisa buscaba consumir su sensualidad con un cuerpo andrógino, y así repudiaba la atracción de los hombres.

A las cuatro de la tarde, tocó el timbre del departamento de Arispe. Nadie contestó. Clara lo esperó en el bar de enfrente, tomando un café detrás de otro mientras miraba a la gente que pasaba por la vereda. A las cinco y cuarto, apareció Arispe. Venía con dos libros debajo de un brazo, el jean caído, como si le quedara grande, los zapatos anchos. Arrastraba las pisadas. Se veía más viejo, el pelo gris y muy corto alrededor de las orejas. No lo recordaba tan alto ni tan flaco.

Clara cruzó la calle corriendo. Lo llamó:

—¡Profesor!

Arispe se dio vuelta, con aire exasperado. Imposible que la reconociera; era evidente que la irrupción de Clara le producía fastidio, que se preparaba para decirle que estaba apurado, tenía muchas cosas que hacer.

Clara insistió:

—Por favor, profesor, vengo por Felisa Morel, tengo algo que decirle.

Y notó que una sombra cruzaba su cara.

—Tiene que ser rápido —dijo, y miró hacia la derecha y hacia la izquierda antes de empujar la puerta.

Arispe le ofreció un té. Clara lo rechazó para transmitir la idea de que no se iba a quedar mucho tiempo, pero él dijo que de todos modos tomaría uno y puso la pava sobre la hornalla. Clara arremetió:

—Usted quedó registrado por las cámaras de seguridad en la entrada de Los Caimanes el día en que Felisa murió.

Arispe estaba de espalda, frente a la cocina, esperando que el agua hirviera. Se le ocurrió a Clara que había sido un error no haber esperado que se diera vuelta y así verle la cara.

—¿A eso viniste? —dijo, después de que el agua hirvió. Puso dos cucharadas de té negro en una tetera, vertió el agua, sirvió el té en una taza inmensa, le puso dos cucharadas de azúcar y se dio vuelta, sorbiendo su té.

—Quería preguntarle por qué estaba usted en Los Caimanes la noche del 19 de agosto.

—Eso es asunto mío, ¿necesito un abogado?

—¿Por qué necesitaría un abogado? No es ilegal llegar hasta la entrada de un barrio y no entrar.

—¿Entonces por qué te viniste hasta acá a decirme que estoy filmado?

—Vine a preguntarle.

—A preguntarme qué.

Clara explicó, en voz calma y pausada, que estaba pensando en recurrir a la policía. Quería reclamar que se hiciera una autopsia, porque desconfiaba de la manera en que Felisa había muerto. Supuso que un historiador no tenía por qué saber lo que le había dicho Malbic: que ella no tenía derecho a pedir una autopsia, porque no era particular damnificada. Dijo que estaba convencida de que Felisa no había muerto naturalmente. Creía que la habían asfixiado. Y mintió por segunda vez: el servicio de seguridad le había proporcionado pruebas de que alguien había accedido a Los Caimanes por el arroyo del fondo, por la parte donde estaba la canchita de fútbol. Ella prefirió hablar con él antes que con el fiscal.

Entonces, después de haberle vomitado todo a su exprofesor, que no podía evitar en su cara la sorpresa, Clara percibió el rumor del tráfico. Se preguntó cómo haría ese hombre para dormir con el ruido y la vibración. Arispe tomaba su té y no decía nada. En cada movimiento, en cada gesto, transmitía la idea de que era un adulto-niño: un adulto que se mostraba grandioso y al mismo tiempo un niño vulnerable. A Clara le incomodaba esa actitud, sentía que debía estar alerta y a la defensiva. Sin embargo, no pudo dejar de reconocer que ese hombre emitía un fuerte magnetismo: le daban ganas de protegerlo y a la vez de ser protegida por él.

Arispe corrió las cortinas y la luminosidad que entraba se convirtió en una luz mustia. Después se quedó un rato con la cabeza agachada, y por un momento a Clara le pareció que lloraba. No lloraba, pero se veía perturbado.

—¿Sabés una cosa? —dijo en un tono de voz flemático, medio somnoliento—. Morel era un típico ejemplo de niña bien de izquierda de antes, una piba que debería haber vivido en los sesenta. Y su muerte es un extravagante ejemplo de la devaluación en la que ha caído su clase.

Tomó una pipa que había sobre la mesa y se la puso en la boca,

apagada. Después siguió hablando mientras la mordía y sonreía:

—¡Y ahora la amiga escarba huellas dactilares detrás de su asesino! Ja, ja, ja, esto está buenísimo, está para una novela de Patricia Highsmith. ¿Por qué no avisás a los medios? Van a estar encantados de mostrarnos nuevas fotos aéreas de la Argentina fortificada, de cómo las trincheras erigidas para separar el adentro del afuera terminaron siendo un contubernio entre los apellidos ilustres y la corrupción financiera. ¿Acaso en ese *cuntri* no vive el célebre Paul Dillon? Llamalos, nena, ¡van a estar hambrientos por traspasar el cerco, abrir la casa de tu amiga y mostrar cómo los ricos también lloran y se matan entre ellos!

Encendió la pipa. La mordió. La boca quedó en una mueca irónica, que mostró sus dientes chiquitos. A cada rato colocaba la llama del encendedor encima del tabaco y su boca largaba un humo blanco y espeso.

En aquel silencio, Clara miró el escritorio; había cuatro pilas de libros, dos bolsas plateadas de tabaco, varios pares de anteojos y una computadora último modelo. Arispe siguió:

—La sensación que tuve cuando llegué hasta la puerta del *cuntri* de ustedes es que las empresas desarrolladoras de barrios privados y la más atrevida denominación de "pueblos exclusivos" han logrado su objetivo de espacio pacífico; del otro lado de la barrera y la tarjeta magnética, el sosiego. Pero me duró un par de segundos, nomás, y la próxima sensación fue la de las rejas de la casa del ciudadano Kane. Ahí fue cuando pegué la vuelta.

Clara evitaba su mirada. Agachó la cabeza mientras jugaba con su anillo, la alianza. El discurso solvente de Arispe le hizo recordar la admiración que producían en los alumnos sus clases teóricas. A Clara le fascinaba cómo describía, con una verborragia elocuente y sagaz, alguna característica del siglo XII, relacionándola con una situación política de la actualidad argentina. De repente, de la calle subían bocinazos, miles y miles de autos tocando la bocina todos a la misma vez. Entonces volvió su cara hacia ella y la previno:

—La vida real, Caperucita.

A Clara el ruido le exprimía la cabeza. Necesitaba que disminuyera enseguida. Miró hacia la ventana, como si así pudiera detenerlo. Mientras tanto, Arispe continuó y ella se sintió invadida, ya no por el sentido específico de sus palabras, sino por ese ritmo encantatorio de su charla, por esa modulación especial que él sabía imprimirle y que seducía a toda la clase, y más que nada a ella y a Felisa. Cuando su atención pudo volver sobre lo que estaba diciendo su exprofesor, él había recalado en que el pathos de su relación con Felisa circulaba por debajo del iceberg de sus formas, despojadas de sentimiento, la estirpe ilustrada de Felisa —con sus códigos traicionados y no tanto—, la

culpa de clase y el choque entre lo que en ella era careta y lo que era construcción de destino.

Otra vez los invadió una seguidilla de bocinazos que parecían trepar a las zancadas. Después, Clara lo oyó decir que Felisa abominaba su clase y que hubiese preferido ser hija de proletarios. Entonces Arispe soltó una carcajada desacertada para el lugar, el momento y el tema de la charla. Sin embargo, era imposible interrumpirlo: parecía disfrutar de su monólogo.

Ahuecó aún más la voz cuando recordó sus diálogos con Felisa. Evocó que él le decía a la Flaca: ¿preferirías vivir en un monoblock y trabajar en una fábrica? Pero, al mismo tiempo y sin saberlo, porque era extremadamente vanidosa, quería ser aceptada dentro de los códigos de figuración de su clase. A tal punto que, por esa pedantería, mandaba currículums a Europa. Además, se había sentido horriblemente frustrada por el rechazo de La Sorbona, ella, que hablaba tan bien el francés y que conocía como pocos a las nuevas luminarias de la Academia Francesa de Historia.

Clara no sabía nada de todo eso.

Arispe calló. El ruido se calmó un rato hasta que de golpe trepó una bocina, una sola, y enseguida miles, como si se contagiaran. Él dejó la pipa sobre la mesa y miró a Clara a los ojos. Después siguió:

—A Morel de repente le gustaba decir que nosotros éramos uno, uno solo, alternadamente y al mismo tiempo. Yo le dije que debía dedicarse a la literatura, escribir novelones.

—¿Ustedes iban a irse juntos a Salamanca?

La cara de Arispe se oscureció. Justo sonó el teléfono. No lo atendió, esperó que contestara la máquina, cuyo volumen indicaba que Arispe conectaba el contestador aun cuando estaba en su casa. Era Benito. Dijo que la reunión en San Miguel sería al día siguiente, por la tarde. Que Tarosky estaba blandito y no se le pasaría por la cabeza que se reunían para tantearlo como mejor opción antes que el exilio.

—Tengo un ofrecimiento en Salamanca. Morel tenía uno también —dijo con una sonrisa rígida. Ya había dejado la pipa sobre la mesa y tomaba el té. Lo hacía despacio y callado, como si tuviera todo el tiempo del mundo—. Me enteré por el jefe de Trabajos Prácticos, yo hacía rato que no la veía a la Flaca.

—Conozco a Benito —dijo Clara, y Arispe la miró y frunció las cejas.

—Morel tenía una graciosa aversión por la pareja burguesa —siguió. Cabeceó, como exagerando la nostalgia que le producía el recuerdo—. Qué ocurrencia. Estaba obsesionada con Eloísa y Abelardo. Pretendía que fuésemos pareja profesional y que tratáramos al amor como algo nada más que de los cuerpos. Con dos whiskies y un porro nos quedábamos mirándonos, y yo tenía la sensación de que éramos lo que ella quería que fuésemos. Que en otra vida habíamos sido el mismo

ser y que por eso ahora sentíamos que ella era yo y yo era ella. Y, sí, te confieso, Caperucita, yo también lo sentía.

—Veo que me recordó como alumna suya. Le agradecería que no me llame así —saltó Clara.

—Me acordé de tu impermeable rojo en el primer banco, de tus ojos inmensos, fascinados. Querías tragarte todo el conocimiento.

—Y usted se mofó de mí delante de todos los alumnos. Me usó de ejemplo para su discurso sobre los relatos orales de los campesinos, creados para la instrucción de los buenos hábitos de los niños. Hablaba sobre el análisis de Robert Darnton del relato de Caperucita Roja.

—¿Y cómo te llamás?

—Clara de Marchi.

—Vos sos la Clara de la que tanto me hablaba Morel, entonces. Creí que tu apellido era Ortiz.

—Ortiz es mi apellido de casada. Me estaba diciendo que usted sentía por Felisa lo mismo que ella sentía por usted.

Arispe dudó unos segundos. Parecía concentrarse para recuperar el hilo de lo que venía diciendo. Lo mismo le pasaba en clase cuando algún alumno se animaba a interrumpirlo con una pregunta. Agachó la cabeza y confesó:

—Algo así como que con ella sentía la reminiscencia de mí mismo. Un día me dijo que éramos hermanos y que a ella la habían dado en adopción, y que por eso, cuando estábamos juntos, sentíamos que nos conocíamos de toda la vida. Imaginate que yo podía ser su padre mucho antes que su hermano.

A Clara se le apareció la imagen de ambos, abrazados, y alcanzó a pensar que eran incompatibles hasta físicamente, y que no le sonaba posible que Felisa le hubiese dicho todo lo que Arispe repetía. Él la miraba fijo, parecía escudriñarla. Clara, sin arredrarse, insistió:

—¿Entonces habían planeado irse juntos a Salamanca?

—¿Por qué me preguntás a mí y no a los miles que se cojía?

—Porque a los otros no les decía que eran hermanos, no iba a abandonar a su hijo por ninguno, y porque usted quedó registrado por las cámaras, como le comenté apenas llegué.

Arispe se tomó la cabeza con las dos manos. Resopló.

—La Flaca tenía un cuerpo perfecto. Podía pasarme horas mirándola. ¿Cómo pudo hacerle lo que le hizo? Qué desperdicio. Morel era tan exagerada que debe haber querido hacerle un chiste a Rabelais. ¿Te acordás de Rabelais? Benito me dijo que había perdido el treinta por ciento de su peso.

Hizo un gesto extraño, que Clara no supo interpretar. Después tomó otro sorbo de té y se puso de pie. Habló de espaldas, parado frente a la ventana:

—Esa noche fui a decirle que si ella iba a Salamanca, yo aceptaba también. No lo teníamos planeado de antemano. Hacía dos meses que no la veía. No me importaba que se cojiera a todos los que quisiera. Total… Y esa semana la había llamado varias veces y no me había contestado. Creí que jugaba a la caprichosa. Entré en su juego y me hice rogar yo también. La noche que me fui hasta allá fue tres días después de haber recibido el ofrecimiento. Benito me había dicho que a Felisa le ofrecían un cargo de docente e investigadora en mi misma área, el Carnaval. Y me dije por qué no, la piba labura. Era interesante avanzar hacia el Renacimiento. Porque a los dos nos interesaba el Carnaval como institución, y Rabelais ya es siglo XVI. No me respondió los llamados telefónicos, y me pareció que su dramatismo se estaba pasando de largo y se me ocurrió ir a buscarla. También, un poco por curiosidad. No conozco a nadie que viva en un *cuntri.* Benito me había dicho que había vuelto con el loco del dorima. Te confieso que conocer su casa me generaba un cierto morbo. ¿Tu casa es linda?

—Primero la expulsa de la cátedra; después quiere irse con ella a Europa a trabajar juntos.

—Ahí adentro todo debe ser lindo —dijo Arispe, ignorando a Clara, que recordó los monólogos en la cátedra, su forma de seguir hablando aun cuando había visto una mano levantada o la intención de un alumno de interrumpirlo porque algo no estaba claro—. Pero me pidieron el documento y el seguro del auto. Qué manga de buchones. Y después agarraron el teléfono para llamar a la casa y pedir permiso para dejarme pasar. ¡Pero haceme el favor! Y bueno, no contestó nadie, así que no me dejaron pasar y me fui.

Un pájaro color marrón, muy chiquito, revoloteó frente a la ventana y martilló el vidrio con el pico, pero el ruido del tráfico amortiguó sus golpecitos.

—Si tenés pruebas de que alguien se coló en tu paraíso fortificado, por mí, adelante —siguió—. En una de esas, tenés suerte y les conseguís a los de adentro un villano de afuera, uno que les confirme lo bien que hacen en encerrarse y les exija un sellado más hermético. ¡Me imagino lo aterradora que debe ser la sensación de filtración!

Oscurecía. En un rato, Clara caminaría cuatro cuadras opacas y desconocidas con la sensación de subir a una escalera mecánica que desciende. Quizá lloraría, indiferente al pronóstico de lluvia, al ruido del tráfico, a la oscuridad, a la frustración que le había transmitido Arispe, a lo que dijera Ernesto más tarde, a los reclamos de Filu y Delfi y a la noche. Quizá comprendería —o ya lo había comprendido— que nada iba a devolverla a su vida anterior.

Clara aludió a lo tarde que se había hecho. Tenía que irse. Se le ocurrió decirle una ironía: que en Puan ella había notado algo similar a lo que observaba en el “cuntri”, como él decía, y era la construcción

de un “nosotros”.

—No me hagás reír. Los *cuntris* son la expresión barrial de la profundización de la desigualdad —cerró Arispe, como si no estuviera dispuesto a tolerar una frase que lo contradijera.

—¿Ve, profesor? Acá podemos adaptar a Robert Darnton: usted no ve lo que le recalco, porque está incluido en el *nosotros* de Puan. Sólo puede analizar aquello que observa desde afuera, en este caso, los “cuntris”. Pero tengo una última pregunta que hacerle: ¿se hace alguna idea de por qué Felisa habría copiado de puño y letra la leyenda del hombre caimán?

Arispe volteó su cara y ella pensó que tomaría las llaves para abrirle. Pero no, Arispe emitía gemidos como de llanto. Le pidió disculpas, se lo notaba avergonzado; sin embargo, lloró delante de ella, lloró un rato largo, y después volvió a pedir disculpas, estaba destrozado. Entre sollozos, siguió con que no tenía ni idea de por qué Morel habría escrito eso. Sabía que ella pretendía seguir investigando a Rabelais, le parecía que el subtexto no había sido bien comprendido. A Morel le interesaba la institución del Carnaval, porque el individuo dejaba de ser él mismo y formaba parte de un todo; a través del disfraz y la máscara, mudaba y escondía su cuerpo. El cuerpo, el cuerpo, la obsesión de Morel y de Rabelais, el grotesco como énfasis en los cambios corporales a través de la comida, la evacuación y el sexo. Él había empezado a enfocarse en el Carnaval por Morel, y Salamanca venía a convocarlos a los dos para el mismo trabajo.

Arispe comenzaba a recomponerse. Ya se había enderezado en el sofá donde se había sentado para secarse las lágrimas. Respiraba normal. La verdad no existe —dijo—, sólo podemos aproximarnos a ella, y él había empezado a sentir una brisa de verdad con Morel. Una vez compuesto del todo, se enderezó contra el respaldo y volvió a poner su sonrisa ríspida.

—Hay una cumbia del hombre caimán —dijo, y empezó a cantar: se va el caimán, se va el caimán; con una mueca en la cara que se parecía demasiado a una máscara.

Afuera, las luces de la calle encandilaron a Clara. Empezó a llover de golpe, y ya no oía el tráfico, sino nada más que un murmullo sutil, parecido a los sollozos de Arispe.

XVII

Desde el 1° de diciembre, las visitas de la gente de la inmobiliaria a la casa de los Ortiz, junto con potenciales clientes, fueron cada dos días. A su vez, Ernesto quería que Clara comenzara a ver casas para que la mudanza no la tomara por sorpresa. Le parecía buena idea aprovechar el verano y las vacaciones del colegio. Clara ya empezaba a sentir a Felisa más lejana, poco a poco iba aceptando la idea de la vida sin ella. Estuvo a punto de contarle a Ernesto que varias veces se había encontrado palpándose un costado del cuerpo, como una siamesa a la que acababan de amputarle a su hermana y que debiera sentir la costra de la cicatriz. Pero no lo hizo. En el colegio, era época de exámenes integradores, trabajo aburrido, y de pasarse horas sentada, corrigiendo. En eso estaba cuando se le ocurrió hablar con Jenri Uturriaga.

Al mediodía del día siguiente, Clara lo esperó donde él había propuesto: en una de las mesas sobre la vereda del Spell Café, en Puerto Madero. Del otro lado del canal, continuaba la ciudad empujada al río, con *docks*, silos y molinos convertidos en hoteles con precios en dólares y euros. Hacía calor y la primavera se sentía en una vaga fragancia a jazmín y en el arrullo de las palomas.

Una moza se acercó a la mesa y Clara le pidió una Coca-Cola. La chica levantó la propina del cliente anterior, que había quedado debajo de un platito. Después refregó la mesa con un trapo y acomodó un menú delante de Clara. Vestía el mismo uniforme que las demás: una pollerita del tamaño de una servilleta con la bandera estadounidense estampada y botas negras de charol.

—La Mujer Maravilla —comentó Clara.

—La Mujer Maravilla usaba minishorts —contestó la moza fastidiada, y Clara trató de descubrir en su cara si llevaba el disfraz con resignación o vergüenza, pero sólo pescó valentía. Cuando quedó de pie a su lado, le vio los puntitos en las piernas recién afeitadas.

Jenri venía por el Puente de la Mujer, que une las dos márgenes del dique. Traía una sonrisa recta, tiesa. Apenas se acercó, Clara le vio piel suelta en su cara, copos de piel despellejada; lo mismo en sus manos. Soriasis debía ser, pero no estaba segura. El sol rebotaba en la cabeza de Jenri. El pelo se reflejaba un poco dorado y parecía teñido.

De día, no todos los gatos son pardos, pensó.

—¿Sabés que estás muy linda, Clara? —soltó Jenri apenas se sentó. Le apretó la mano derecha con las dos manos. Clara le miró las suyas. Él enseguida las retiró y las escondió debajo de la mesa. Hizo una sonrisa que parecía socarrona y sus ojos buscaron los de ella, que miraban la servilletita de papel que empezaba a plegar.

De golpe, Clara sintió olor a coco, a aceite de coco, y le pareció que emanaba del cuerpo de Jenri.

—Sé perfectamente que no soy linda, nunca lo fui —dijo Clara.

—Creo que tu lindura tiene que ver con que no te das cuenta de que sos linda —insistió Jenri, que no le quitaba los ojos de encima, achinándolos porque el sol le molestaba.

Clara miró sus propios brazos blancos, llenos de pecas. Ella desentonaba con Puerto Madero y la primavera, que exhalaban juventud. Alrededor, todas las mesas estaban ocupadas. La gente comía ensalada y tomaba Coca-Cola Light. Las mujeres se habían vestido de blanco y gris, se enrollaban el pelo en la nuca para evitar que la brisa lo enredase, y los hombres tenían trajes tornasolados y corbatas finitas y coloridas. Algunos grupos se habían corrido desde debajo de las sombrillas y apuntaban sus caras al sol. Todos tenían anteojos negros; Clara se había olvidado los suyos.

Jenri le pidió un café a la moza de las piernas afeitadas. Se miró en el reflejo de la ventana y trató de limpiarse los pellejos de la cara con el dorso de la mano. La brisa que venía del lado del río los hacía estremecer, flameaban como banderitas. Forzó una mueca de sonrisa, cruzó los brazos sobre el pecho y escondió sus manos debajo de las axilas.

—El viernes es tu cumpleaños —dijo Clara para empezar el tema que le interesaba. Enseguida se arrepintió. La fiesta de Bibi era sorpresa.

Por suerte, a él no le asombró que Clara recordara la fecha. Igual, lo notó inquieto. Se acomodó varias veces en la silla. Miraba a un costado, al otro, y volvía a acomodarse. Al fin apoyó los codos sobre la mesa y posó una mano sobre la mano izquierda de Clara. Dijo:

—Deberíamos haber ido directamente al telo, Clarita.

—Ser un desubicado nunca fue lo tuyo, Jenri —retrucó Clara—. ¿El nuevo trabajo te transformó?

Quizá Jenri se habría enterado de lo de Bibi y el Gallego y estaría buscando vengarse, pensó Clara. Las manos despellejadas de Jenri ahora abrían un sobrecito de edulcorante.

—Feliz con mi trabajo, Clarita. ¿Pero para qué me citaste, entonces?

Clara probó olvidarse de los pellejos e imaginarse a Jenri y a ella en el telo: la luz tenue, boleros en los parlantes y un vaso de algún trago con vodka que la ayudara a creerse Penélope Cruz, y a Jenri, Javier Bardem. Los dientes de color amarillo oscuro de Jenri le estropearon

la fantasía. Se disculpó por haberlo confundido al invitarlo a tomar un café. Clara se dio cuenta de que había agachado la cabeza y entonces la levantó como alguna vez había visto que la enderezaban los generales de las películas delante de un desfile, y dijo:

—¿No pueden tomar café los amigos?

—No te equivoques, Clarita. La palabra “amigo” da para cualquier cosa.

En la mesa de al lado se rieron a carcajadas. Alrededor, se desplegaba una primavera festiva que adelantaba la Navidad con lucecitas de colores que titilaban en las columnas.

Clara empujó la frase:

—Necesito preguntarte algo.

Jenri se removió en su silla y Clara se apuró en seguir. Dijo que no entendía que García del Río hubiese estado tan seguro del paro cardiorrespiratorio y firmado el parte de defunción. ¿No debería haberlo firmado el médico de la clínica, el que examinaba los electrocardiogramas y los ionogramas, el que le había firmado el alta a Felisa para irse a su casa?

—¿Y qué pasa si García del Río estuvo seguro?

Clara le contó que había estado con el médico de la clínica y le habló de glucosa, de potasio, de fósforo, del hemograma, del electrocardiograma. Los últimos resultados habían dado mejor que los de la analítica del ingreso. El médico no había querido mostrarse demasiado enfático en aseverar que no había muerto por la enfermedad que la había tenido internada, y a ella le pareció que por miedo. Ese mismo equipo de psiquiatría, unos días antes, había recomendado que la dejaran ir a su casa por las noches, y seguir con la nutrición oral y artificial y los tratamientos psiquiátricos durante el día.

—Pobre Clara. Quedaste pegada.

Clara se calló de golpe. Jenri la miraba de una manera sardónica.

—No sabías que Felisa esa noche estaría en su casa, ¿no? —dijo Clara —. Habías supuesto que, si Pablo salía, no habría nadie, ¿no?

Jenri puso cara de aburrido. Bostezó. A esa altura, Jenri ya no miraba a Clara, sino la pollerita de la moza con las piernas afeitadas.

—Jenri.

Se dio vuelta y enfocó hacia Clara.

—Decime cómo fue. Esa noche te vieron varias personas. No te va a resultar tan fácil escapar de la denuncia que estoy preparando para abrir una causa por homicidio.

A Jenri la boca se le estiró hacia un costado. Sonrió cuando dijo:

—¡Qué disparate! Se ve que los que se quedan pegados son más ciegos que los que no quieren ver.

—¿Qué pasó esa noche, Jenri? Sé lo del intento de robo.

—¿Viste? Al final, todos sabemos todo. No hay secretos.
—¿Felisa estaba viva?
—No tengo ni idea, entré al living por la puerta corrediza de la galería y minutos después tenía el foco de la linterna de un guardia apuntándome.
—¿Te acostabas con Felisa?
Jenri rio y se peinó con los dedos. Miró hacia el agua. Un papel volaba con la brisa.
—Ella jamás le hubiese dado el gusto a un caimán. Además, ya estaba en otra liga. No se conformaba con el vértigo común y mediocre de Bibi, el compañero sexual diferente. La verdad es que no entiendo cómo Pablo se bancaba todo eso. Pero se lo bancaba. Ahora entendele al tipo que prefiera que esto no sea un escándalo.
Clara estuvo a punto de decir algo, pero optó por el silencio. Jenri la miraba, esperando. Después le tomó las dos manos.
—Ya está, Clara. Felisa murió con las botas puestas.
—No entiendo qué querés decir.
—Felisa jugaba con fuego. Pero vayamos a la cosa macro. ¿Sabés jugar al ajedrez, Clarita?
Clara hizo un "no" con la cabeza y siguió:
—Jenri, no creas que me vine desde Los Caimanes para perder el tiempo con vos. Tampoco pretendas conformarme con evasivas, porque tengo todos los elementos para abrir una investigación.
—Está bien, Clarita, no pretendo nada. Sólo quiero expli-carte lo que me pedís, pero de otra manera. ¿Qué querés, que me confiese con vos como con Grace?
—No me llames Clarita. Mi nombre es Clara.
—Okey, Clara. ¿Puedo seguir? El juego del ajedrez es como una maqueta de toma de decisiones humanas —continuó—: es apasionante. Imaginate el tablero. ¿Lo recordás? Cuadraditos blancos y negros. En el tablero de ajedrez, ves que las consecuencias de cada jugada son el resultado de una decisión; el azar no interviene para nada. Al comenzar un partido, los bandos tienen las mismas fuerzas en cantidad y en calidad; sin embargo, con el transcurso del juego se resquebraja el equilibrio inicial. Ahora bien: cada pieza tiene un movimiento particular sobre el tablero, y cuando una pieza se mueve afecta la dinámica del resto. ¿Me seguís? Eso fue lo que pasó con nosotros: Felisa, como todas las piezas del tablero, era una pieza clave. Cuando empezó a adelgazar, cambió las posiciones en el tablero. Sobre todo a vos, Clara, te cambió completamente, date cuenta. Y ahora, con Felisa muerta, perdiste la dama.
Clara puso los codos sobre la mesa y apoyó el mentón sobre las manos. Le estaba pidiendo que siguiera, que estaba receptiva.
—Felisa no está, Clarita… Clara. El tablero es otro. Hacé tus propias

jugadas y en tus propios términos. Y los movimientos tienen que ser siempre hacia delante, sin mirar atrás. Te lo recomiendo: si mirás para atrás, perdés. En este caso, más que en ningún otro.

—¿Por qué? —preguntó.

De golpe comenzó a soplar viento más fuerte y empezaron a remontar vuelo las servilletas.

—Sabés perfectamente por qué, Clara: porque Felisa era tan importante para vos, pero ya no está. Y porque Paul Dillon no quiere que te metas en lo que no te incumbe.

Jenri achinaba los ojos de nuevo. Se mordía el labio inferior.

—Para mí también cambió el tablero, claro. Gracias al miedo de los otros jugadores. Vengo masticando el tema desde el entierro. A fin de cuentas, es el miedo el que provoca la mayor cantidad de movimientos del ser humano. A ver: ¿qué tenemos en común los que vivimos en Los Caimanes? El miedo, nada más, el miedo al otro lado del muro.

—Todos están de acuerdo en eso —dio por descontado Clara.

—Y de repente empezamos a sentir miedo dentro del muro, ¿no es cierto?

Clara miró a la moza de piernas afeitadas. Parecía agotada. Un hombre de bigotes se quejaba de que su ensalada tenía aceite de maíz y no de oliva.

—Fijate —siguió Jenri —: a vos te resultará muy difícil captar lo que me venía pasando desde hacía cuatro años. Es muy difícil ponerse en el lugar del otro, aun cuando creas que no.

A Clara todavía la distraían los pellejos que se desprendían de su cara, y los que no se desprendían también, porque flameaban a un milímetro de su piel. Entonces, de repente, se le hizo una laguna en el discurso de Jenri y se salteó una parte. Él estaba diciendo que, en el juego de ajedrez, había terminado siendo un peón, una pieza que cuando coronaba podía transformarse en lo que quería.

Jenri levantó los ojos y buscó los de Clara, para interpelarla.

—Porque en nuestro mundo no existen secretos. Entendelo.

Le pidió a la moza un whisky con hielo y nada de agua. Clara, otra Coca-Cola. El Spell Café se iba vaciando. Los oficinistas de trajes tornasolados y cortes de pelo creativos volvían a sus oficinas. Jenri siguió:

—¿Quién no sabe que el chico de García del Río es gay y que al padre le parece genial, porque entonces su hijo sí que podrá vivir una vida auténtica y no una como la suya? ¡Qué suerte la del chico, de haber nacido en la generación correcta, porque su padre la pasó tan mal! ¿Quién no sabe que la madre está desolada porque no va a tener nietos y al mismo tiempo convencida de que nadie se ha enterado a pesar de que el chico salió del placar mandando un mail a todo el mundo con la noticia? Y todos sabemos de dónde salía esta misma

señora el día en que se le metieron los chorros en el auto y le desvalijaron la casa. Esa señora cree que nosotros ignoramos sus pormenores, aunque ella conozca tanto los nuestros.

Jenri guiñó un ojo y levantó los hombros:

—Todos estamos al tanto de lo que le pasa al resto y, la mayoría de las veces, nos ocupamos de que así sea, como hizo el chico de García del Río. Pero sabemos datos, no más. Los López Lobo también mandaron mail para *comunicar* su divorcio. En el mail, contaban que habían ido a terapia de pareja, pero que no había funcionado, y en ese mismo mail *comunicaban* también que ponían la casa en venta y una lista con los electrodomésticos y sus precios. ¿No te llegó? Estás *out,* Clarita. Yo tuve ganas de recuperar el juego de copas que les regalamos hace menos de un año. Mirame a mí. Yo no tenía trabajo, porque el banco donde trabajaba cerró. Cerró porque en este país el tablero cambia sin aviso. De golpe no entendés por qué estás jugando con las piezas negras cuando hacía un minuto jugabas con las blancas. Se dijo que no conseguía trabajo porque pedía demasiado, pero la verdad es que no pedía nada; hubiese trabajado gratis con tal de tener un lugar adonde ir desde las nueve de la mañana hasta las siete de la tarde y que no se notara que andaba todo el día sin nada que hacer. Alquilé una oficina y le dije a todo el mundo que hacía negocios. Todavía no era consciente de que lo que dijera no sería tomado por verdadero, se hurgaría hasta encontrar otra verdad que circulara al mismo tiempo que la que había hecho circular yo. No era cierto que hacía negocios, y se supo. Todos lo supieron mejor que yo, el único al que todavía podía engañar. Sabían que lo que hacía era sentarme frente a la computadora y jugar al Carta Blanca. Como ahora, Clara. Dillon podrá impedir que lo de Felisa sea mediático, pero no que todos sepamos lo que pasó.

—Jenri: hace una hora que estamos aquí y saber lo que pasó el 19 de agosto es lo único que me interesa en esta conversación. No me sanatees más. Vos estabas en la casa de Felisa y Gutiérrez te encontró con las manos en la masa.

—Dejame que siga con lo que te venía diciendo. Cuando me quedé sin trabajo, todo el mundo supo que Bibi se enfermó. Dijeron que aquella anemia galopante se debía al pánico que le daba nuestra situación, y sólo nosotros dos creímos el diagnóstico del médico, que era un virus. El virus del miedo a la pobreza o, más bien, al papelón. Como ahora, con Dillon. Bah, mejor dicho, Teresa. Sólo ellos van a creerse lo que quieren que los demás creamos. Y en el caso de Bibi, se agarró el virus del pánico a la pobreza porque ustedes son todas iguales, querida, como calcadas. Enseguida aspiran el problema, se lo apropian y lo corporizan para que quede claro que las víctimas son ustedes. ¿Te das cuenta?

—¿Qué es lo que los Dillon quieren que todos creamos?

—Esperá que sigo con lo que te venía diciendo.

—Si tenés muchas ganas de hablar sobre tus cosas, tengo el teléfono de dos o tres terapeutas excelentes. No quiero prestar mi oreja a tu historia que, por otra parte, conozco de memoria. ¿O creés que tu mujer no me la contó un millón de veces?

—Esperá. No seas ansiosa. Conocés la historia que te *comunicó* mi esposa. ¿No querés escuchar la mía? Ya voy a llegar. Mientras tanto y poco a poco, que yo no tuviera trabajo, que pasaran los días y las semanas y yo siguiera sin trabajo, me convirtió en el tarado de Los Caimanes. Es nuestra cultura, querida. Y está bien que así sea. Te voy a ser sincero. ¿A quién podría gustarle un mundo con sexos gemelos? En una situación como la mía, de desocupado ilustrado, la mujer es la víctima y el hombre es el tarado. Ahora bien, vayamos a lo concreto: en nuestra cultura, como sabrás, hay cierta cantidad de tareas domésticas que no las hace la señora. Las hace otra mujer de un país o provincia más pobre, que cobra un sueldo en negro a cambio de hacerlas por ella. Si la señora hace esas tareas domésticas cuando todavía está en los veinte y tiene toda su vida por delante, es una cosa. Como todo está por delante, pronto llegará el tiempo en que las cosas se ordenen y ya ella no las haga. Pero si después de esa edad todavía tiene un panorama de limpiar inodoros y fregar cacerolas, entonces se enferma, como le pasó a Bibi.

Clara miró el reloj.

—En quince minutos tengo que irme, Jenri. Los chicos salen a las cinco menos cuarto y los busco yo. Los tuyos incluidos. Dijiste que todos en Los Caimanes saben lo que pasó el 19 de agosto. Ni yo ni Ernesto lo sabemos. Si me decís qué pasó, no te importuno más con invitaciones que confundas con flirteo.

—¿No me vas a dejar seguir? Dejame que te termine esta parte y ya vas a ver cómo es un trampolín para llegar a lo que buscás. Bibi, en aquel entonces, aún menos que yo, no aceptaba que yo hiciera las tareas domésticas ni aceptaba que nos mudáramos a un barrio que no exigiese tanto de nosotros. Quién te ha visto y quién te ve, le dije a Bibi. Si yo sé de dónde saliste vos, querida. Si vieras la pocilga donde vivía Bibi, Clara. Su carrera es magistral: de Juárez a un departamentito en Córdoba y Larrea; de ahí a hacerse amiga de las chicas que pudieran presentarle a sus hermanos. Sus hermanos salían encantados con ella, porque era preciosa. De todos los candidatos, me eligió porque vio en mí el mayor potencial. Venía de abajo, como ella, y además de estudiar trabajaba en la financiera, que es el lugar donde acá se hace la guita en serio. En finanzas o en política. Y para muestra, el botón de oro, Mr. Dillon, que acopla ambas maravillas.

Jenri se arrancó un pellejo grande de la mano y apareció un redondel

blanco, muy blanco, en el lugar que cubría el pellejo. Siguió:

—Bibi se enfermó y salió de la enfermedad gracias a la transfusión. ¿O no? ¿Acaso no dijeron eso, que había sido la transfusión lo que la convirtió en esta nueva mujer afanosa y dinámica? Y ella, para no aburrirse mientras yo todavía trabajaba en el banco que después cerró, transformó de un día para el otro un curso de diseño de parques y jardines que había hecho en una empresa paisajística. Al principio, le dieron algunos jardines de Los Caimanes para tenderle una mano a la heroína que salía a hacer lo que el marido no podía.

—Ya sé todo eso, Jenri.

—¿Sabés lo que era ver a Bibi salir por la mañana, contenta consigo misma, y volver orgullosa con la platita que había ganado? ¿Sabés lo que fue que tuviera esa manera tan comprensiva conmigo y me dijera que ya se arreglaría todo, que tuviera paciencia, que no me apurara y eligiera mal porque no hacía falta?

—Jenri, me parece magnífica la tarea ciclópea y heroica de la gran Bibi, pero no te invité al café para oír lo que siempre oigo de ustedes —alcanzó a decir Clara cuando notó que Jenri hacía una pequeña pausa. Se puso la cartera al hombro y le hizo una seña a la moza de la minifalda para que se acercara a cobrarle.

—Te estoy explicando lo que pasó la noche del 19 de agosto —dijo Jenri—. Como me invitaste a encontrarnos, pensé que era por lo que buscamos todos afuera de la institución matrimonial: que te escuchen. Yo te cuento de mí; vos me contás de vos.

—No necesito que me escuches —dijo Clara—. Si la autopsia que se le va a hacer a Felisa determina lo que presumo, que a Felisa la mataron, sos el sospechoso número uno.

—Qué autopsia ni qué autopsia —dijo Jenri—. ¿Sabés qué fue lo peor de todo? Ayudarla a Bibi a abrir una cuenta en otro banco, uno de los americanos que quedaron. ¿Sabés lo que era escucharla decir en los asados que yo valía tanto que ya aparecería la horma para mi zapato? Creo que hubiese preferido que dijera que yo era un inútil. Todos los meses, con una sonrisa giocondina, me daba la plata para que pagara el alquiler de la oficina y las expensas. No tenía secretaria —indispensable para simular que en verdad tenía los negocios que había dicho que tenía—, porque Bibi dijo que para qué, mejor conseguir una cuando aparecieran los negocios, que fue lo mismo que decirme que hay un límite para sostener una fachada, que ella la mantenía entre nosotros porque prefería tenerme todo el día fuera de casa, y no adentro y en piyama y, menos aún, quejándome todo el día y eructando cerveza. Pero tampoco tirar manteca al techo.

—Basta de Bibi, Jenri. Dijiste que lo que le pasó a Felisa no era ningún secreto. ¿Qué le pasó a Felisa?

—Los únicos secretos son para con uno mismo. Y entonces los fines

de semana me subía al tanque de agua y miraba los jardines de toda la cuadra, y medía las mejoras en cada uno. Y lloraba. No siento ninguna vergüenza en decírtelo, Clarita, aunque no estés acostumbrada a los hombres que lloran. Te lo digo porque me preguntaste por lo que el directorio no quiere que se sepa: por un lado, el robo o intento de robo. Lo esconden porque, como te dije, nuestra vida pasa por el miedo, miedo a perder lo que tenemos. Por los billetes que tengas o no tengas. Y venía acumulando vergüenza y después acumulé bronca, y la bronca empezó a despegarme la piel. Estoy hecho un desastre, ¿viste? Es soriasis. Un día me dije: ¿y por qué tengo que hacer negocios o trabajar en un banco? No soy yo el que quiere irse de viaje ni cambiar de auto ni mandar a mis hijos a un colegio privado. Cuando era joven, hice plata casi sin darme cuenta, porque en esa época en las financieras hacías plata así. Y quise el cielo. El cielo quedaba en el norte, ¿viste?, y cuando hacés plata a esa edad te parece que todo será una sucesión de dichas y que pasa por tener cosas. En fin. Así que no fue Bibi solamente, no vamos a lavarnos tanto las manos; yo también quería lo que Bibi quería. Bueno, un día me desperté y por la ventana miré mi expalacio, el que nos compraron los González Calderón. Me di cuenta de que me gustaba más mi casita nueva y entonces me pregunté qué quería yo.

—Se ve que a Bibi le gusta más su expalacio —dijo Clara.

Jenri ya no escondía las manos. Las refregaba y miraba la mesa. Los copos de piel caían como una nevada diminuta. Miraba a Clara, esperando que ella siguiera.

—¿Lo de Bibi y el Gallego lo sabemos todos menos vos? —arremetió Clara—. Tu teoría debe de ser cierta. Decime ahora lo que yo no sé.

Jenri suspiró. Estiraba los dedos y se sonó los nudillos. Después abrió las palmas y acercó la cara a las manos, como si se leyera las líneas que las cruzan. Luego, todavía mirándose las palmas, dijo:

—Me cagaste, che. Y bueno, en el juego de ajedrez soy un peón, un soldado de infantería que se transforma cuando corona, que es lo que me pasa ahora, sin que lo planeara; me ofrecieron lo que había desistido de buscar: Paul Dillon se ocupó de conseguirme el trabajo que hacía cuatro años y medio buscaba. Bibi se va a cansar del Gallego. Siempre le pareció un plomazo.

—No es lo que le va a pasar al peón Gutiérrez —dijo Clara—, a quien sacrificarán, obvio, a cambio de obtener ventaja dinámica en la partida.

—Eso le pasa por meter la nariz donde no le incumbe —aseguró Jenri.

—No entiendo lo de la plata. Si no hay secretos entre nosotros, ¿para qué te servía esa plata?

—Te lo contesto en el telo —volvió a la carga Jenri.

—Contestame acá, Jenri. Te aseguro que tengo bastante evidencia como para llevársela a un fiscal y conseguir que hagan la autopsia. Desde que murió Felisa que estoy decidida a hacerlo.

En ese momento, y como de la nada, volvió la moza. Jenri le pagó y le puso un billete en el bolsillo de la pollera. Clara tenía las manos cerradas sobre la falda y las miraba.

—No vas a conseguir nada más que bosta, querida —argumentó Jenri mirando a Clara a los ojos y con desprecio—. Vos no sos original. Y no es que vas a meter la nariz donde no te incumbe, como tu Gutiérrez. No es eso. Vas a ojear lo que hay y no te va a gustar nada. Va a ser un horror, porque se te nota la buena intención.

Jenri acercó su cara a la de Clara. Ella le sintió aliento a remedio. Se miraron de nuevo a los ojos.

—Este juego es de suma cero, como el ajedrez. Para ganar, otro tiene que perder, y así el equilibrio: se suma cero. ¿Vamos a ir al telo, sí o no?

XVIII

Jenri y Clara caminaban juntos por el lugar que dejaban libre las mesas y las sillas dispuestas en la vereda por los sucesivos cafés y restoranes de Puerto Madero. Pero Clara había tomado la delantera, y Jenri sólo buscaba ponerse a la par agigantando sus pasos. La charla había concluido y ella hacía sonar las llaves de su auto, decidida a irse.

—¡Clarita, esperame!

—Tengo cosas más importantes que hacer que escuchar tus penas —dijo Clara.

—¿Y si te dijera que Bibi ya le echó el ojo a Ernesto? —dijo Jenri.

Clara apuró el paso. Ya iban por la vereda. En la esquina vieron gendarmes de uniforme marrón que vigilaban el tránsito. Clara le pidió que la dejara en paz, que se fuera.

—Qué puede querer Bibi de Ernesto.

—Quizá quiera distraerlo —conjeturó Jenri, que a esa altura parecía haber perdido toda dignidad.

—O distraerme a mí —aseguró Clara.

Jenri se interponía entre Clara y su auto. Ella se preguntaba si él podría ser el hombre caimán. Quizás espiaba a Felisa y a Pablo por la ventana, vio a Pablo irse y aprovechó para entrar al living a robar la plata. Pero no, los Dillon no lo estarían encubriendo.

—¿A que adivino lo que estás pensando, Clarita?

—Por favor, correte, necesito irme.

—No te vayas sin que te haya dicho lo que querés saber. Voy a quedar muy expuesto, así que te lo explico con el ajedrez. Vos sabés que hay una coyuntura llamada *zugzwang:* significa que, en un determinado momento en el que te toca jugar, cualquier movimiento que hagas te perjudica. Pero tenés que moverte, porque te toca a vos. Es una situación apasionante en el ajedrez y en la vida. El término es de origen alemán, no sé qué quiere decir, y se refiere a una posición determinada en la que un bando, las blancas o las negras, debe jugar. Sin embargo, cualquier movimiento que realice empeora su situación. O sea, el bando que tiene la obligación de jugar preferiría no mover nada, sin embargo *debe* mover. Y le toca jugar. Desesperante. Generalmente, cuando un jugador cae en *zugzwang,* abandona antes de

mover.

—Jenri, tengo que irme. ¿Por qué no me decís directamente lo que quiero saber?

—Imaginate esta situación: por un descuido de Ernesto, leés un mail comprometido de Bibi para él. Lo imprimís y encarás a Ernesto. Con el mail en la mano, le preguntás si ellos son amantes. Ernesto *debe* responder. Cualquier respuesta que dé lo perjudica, pero debe responder. Clara situación de *zugzwang* para Ernesto.

Los dos estaban delante de la puerta del conductor del auto, y Jenri la miraba, con los flecos de piel despegándose de su cara. El sol rebotaba en el agua marrón del río y chispeaba; sin anteojos oscuros, Clara achinó los ojos, encandilada.

—Esa noche fui detrás de la plata —continuó Jenri, que al fin pareció percatarse de que Clara exigía algo concreto—. Sabía que Pablo la tenía en la casa, porque me la iba a prestar a la mañana siguiente. Iba a poner una empresita de comidas a domicilio; picadas y helado. Necesitaba veintidós mil dólares para empezar y otros quince más para un par de meses de sueldos de los chicos con moto que contrataría, y para el stock de *delicatessen,* quesos, patés, fiambres y helados. ¿A quién se le ocurriría que la había robado yo? Porque cuando sos parte del juego sólo ves las jugadas, no el tablero completo. ¿No es eso lo que te pasa a vos, Clarita? Me autoengañaba con que lo que estaba haciendo era cambiar de tablero, ¿me seguís? Me imaginaba a mí mismo en bermudas y ojotas todo el día y ganando plata. Esa imagen me hacía creer que “cambiaba de vida”. Mi transgresión estaba en sacarme el traje y dejar de venir al centro.

—Ernesto y yo estamos por mudarnos de Los Caimanes —interrumpió Clara, por un momento sintiéndose débil.

—Cuidás a Ernesto, hacés bien —dijo Jenri—. Escuchá: los muñecos de Paul Dillon en el directorio me abrieron los ojos. Los tenía delante de mí en el *club house,* ellos mirando el piso y pensando, y me dije: esta es una situación *zugzwang*. Pero no. ¡La dieron vuelta! Ellos mismos. Los socios del dueño del terreno aledaño a Los Caimanes, que piensan anexar, estirando el muro. Un excomisario pesado, peligroso, amigo de Dillon.

Lo interrumpió un chiquito que le ofreció una estampita de san Antonio y una ramita. Jenri lo espantó, como a un mosquito.

—Para Dillon, Los Caimanes es poca cosa —aseveró Clara—. Podría hacerle el favor al excomisario de anexarle su lote para que haga su negocio. ¿Pero qué tiene eso que ver con encubrir el asesinato de su nuera?

—Felisa había pateado el tablero. Iba a abandonar a Pablo y a Nico e irse a Europa, ¿no? Ahora Dillon puede conseguirse una nuera mucho más cercana a sus expectativas —arriesgó Jenri.

—Así que sos un muñeco más de la juguetería de Dillon, Jenri —dijo Clara—. Te felicito.

—Ellos pudieron mandarme en cana y no me mandaron. Así que enseguida entendí mi posición en el tablero. Conseguir un laburo en un banco era más difícil que conseguir una audiencia con el papa, querida. Ahora tengo una oficina con computadora y secretaria. Todavía no hago nada más que abrir mis mails. Pero tengo un lugar a donde ir de nueve de la mañana a siete de la tarde y un sueldo. No sé si en algún momento se atreverán a darme algo para hacer.

—¿Me estás diciendo que te mandaron a matar a Felisa?

—Pará, pará, loca, ¿qué decís? Mirá si yo voy a ser capaz de hacer una cosa así. En cambio vos, sí. ¿No será que te cansaste de irle detrás, de ser su sombra, desde que eran chiquitas? Mozart y Salieri. Difícil tolerar el talento del otro.

—Si buscabas amedrentarme, te aviso que no conseguiste nada. Chau, Jenri.

Jenri se apoyó contra Clara, que quedó aplastada contra el auto. Le susurró a centímetros de su boca:

—No tengo nada que hacer hoy a la tarde, Clara, así que vayamos al telo, nadie en el banco va a lamentar mi tardanza durante el almuerzo. Son tan cuadrados que van a suponer que tengo una reunión. Vamos y me contás qué hacías en la casa de Felisa con el Gallego. ¿Partuza?

Les tocaron bocina. Era un residente de Los Caimanes, venía en un Audi celeste y los saludó. El hombre se agachó para bajar el vidrio del auto, pero cuando vio que la mujer que estaba con Jenri no era Bibi se enderezó y aceleró.

—Clarita, sonaste —dijo Jenri satisfecho—. El tipo ese ya tiene un cuento que contar. Así que hagamos como decía mi abuela, vayámonos al infierno en carroza.

Clara cruzó los brazos delante del pecho.

—¿Podés dejarme ir de una vez? —le pidió Clara, malhumorada.

—¿Sabías, Clarita, que los depresivos le echan la culpa de su malestar a los síntomas? De esa manera no se curan. Porque curarse implica un cambio, y el ser humano le tiene terror al cambio. ¿No es eso, acaso, lo que te pasa a vos?

Clara levantó la cabeza. Miró a Jenri a los ojos. Se preguntó si podría llegar a halagarla su proposición. Primavera fecunda, exuberante, copiosa. Cielo azul nítido, sin una sola mancha. A esa altura, la brisa era viento hecho y derecho, y desde una cuadra de distancia vio que a las Mujeres Maravilla se les alzaban las polleritas. Corrían levantando platos y cubiertos y cerrando las sombrillas. Clara sentía que le dolía la garganta y veía nublado. Jenri sonreía. La tomó de las dos manos.

Mientras, las Mujeres Maravilla correteaban de acá para allá detrás de todo lo que el viento tiraba al piso.

—Lo que nos pasó nos mostró que en el fondo todo da lo mismo —filosofó Jenri.

—Sigo pensando que Dillon te hubiese dado trabajo a cambio de que le hicieras un favor, Jenri. Con lo débil que estaba Feli, matarla era facilísimo.

Jenri la tomó de la cintura y le habló, de nuevo, pegado a ella:

—La ex de García del Río reparte la info al que la quiera oír, Clara. Se ve que su fuente es su propio exmarido.

—¿Qué info?

—Felisa murió asfixiada en un juego erótico. Dillon no quiere que se sepa, ¿y vos?

Clara tragó la piedra en la garganta, apretó las muelas.

—¿Acaso no le viste el cuello amoratado? —preguntó Jenri.

Clara asintió.

—¿No había una corbata arriba de la cama?

Clara dijo que no recordaba.

—Se trata de asfixiarse durante el orgasmo. Lo podés hacer solo o acompañado por alguien a quien le confíes tu vida. No sé si ella lo hizo sola o acompañada, ese dato no lo tengo. Pero que murió de eso, no tengo duda. García del Río nunca dudó. Ni se le pasó por la cabeza que ustedes hubiesen dudado. El Gallego no duda tampoco.

—¿Estaba con Pablo?

—Eso sí que no lo sé. Te decía que la asfixia erótica puede hacerse solo, masturbándose.

Clara se tapó la cara con las dos manos.

—No te creo, Jenri. Te estás vengando por lo que te dije de Bibi y el Gallego.

—¿Ves que no querías saber? Yo tampoco te creo que Bibi ande con el Gallego. *My* Bibi tiene el erotismo en su ego, no perdería tiempo con el Gallego. Salvo que me dijeras que le va a regalar seis pasajes en primera clase.

Clara sacó las manos de la cara.

—Sólo creería que los Dillon quieren callar la manera en que murió Felisa si me enterara de que Pablo es el responsable. O si creyeran que podría serlo. A vos te cubrirían solamente si sos su sicario. ¡Ah! Y lo de *your* Bibi, *it's true. Believe me, dearest.*

—Uy, no digas pavadas, y soltala a Felisa, Clara. Ocupate de vos, que es lo que en el fondo buscás.

Clara se alejó de Jenri y de su auto. Siguió caminando y mirando el piso, cuidándose de no pisar las rayas de las baldosas. Agradeció no tener apuro en pasar a buscar a los chicos al colegio. Ese día tenían gimnasia y salían más tarde. Jenri no tenía ni idea de los horarios del

colegio de sus hijos. Caminaba cabizbaja y no llegó a ver el brazo estirado de un florista que ofrecía ramos rojos en un semáforo, y lo atropelló. Se disculpó. Continuó caminando, cruzó la calle. La siguiente vereda tenía baldosas color ladrillo y eran tan chicas que no podía evitar las rayas. De golpe oyó un llanto. Una mujer lloraba sentada en un banco de piedra, abrazada a su cartera. Clara se acercó a ella, pisando todas las rayas. Detrás del banco, un chico daba saltitos, trataba de alcanzar el globo en la mano de un hombre. Clara se sentó al lado de la señora. Le tomó una mano. La señora retiró la mano, se levantó y se fue, todavía abrazada a su cartera. Ella siguió caminando. Caminaba despacio, mirando todo, y caminó y caminó hasta que llegó a San Telmo. Miró las vidrieras de antigüedades, los puestos de artesanías. Vio un equeco. Era un muñequito bien vestido, cargado de billetes, ollas de plata, collares de oro, pequeñas bolsas de coca.

—Símbolos de opulencia —le dijo el vendedor que estaba parado en la puerta—. Mire, su cara eufórica expresa la alegría del que todo lo tiene.

El Parque Lezama estaba tan azul como la ciudad entera desde fines de noviembre; primavera acuarelista, jacarandás que estallaban de flores color azul violáceo, a los que les pesaban las ramas. Algunos manojos de flores se desprendían y volaban arremolinándose. Clara caminaba en una tormenta violácea, con destellos azules.

XIX

Las hijas de Clara estaban irritables. Debía ser sólo el cansancio del año, pero quizá lo estaban, también, por el modo ausente de Clara, todo el tiempo como alejada. Su cabeza volaba hacia otra parte y cada día se sentía más segura de que sólo entendiendo la muerte de Felisa volvería a su vida de familia y profesora de colegio secundario. Era el único tema que tenía con Ernesto, y constantemente lo buscaba para que, hablando con él, el rompecabezas de datos que había ido recogiendo tuviera sentido.

Ernesto no estaba enterado de aquello que, según Jenri, todos sabían. Que Felisa había muerto ahogada en un juego erótico, de asfixia sexual. Y él se mostraba dispuesto a departir y pensar con ella, seguro de que la mudanza de Los Caimanes terminaría con la desazón de los dos y les abriría un nuevo horizonte. Clara recordó que, después de la primera consulta con el doctor Lavado Hamilton, el especialista en adicciones que terminó siendo el médico de cabecera, Felisa había preguntado: ¿cómo el sexo puede ser un problema? Más tarde, cuando trataba de justificarse, había dicho que, para ella, el sexo era desaparecer y encontrarse con Dios. Ernesto era de la teoría de que, de haber muerto por asfixia erótica, verdaderamente había muerto en su ley, y eso debería dejar a Clara tranquila.

Entonces Clara googleó "hipoxifilia", una práctica sexual peligrosa que consiste en impedir la respiración de la pareja o la propia para obtener mayor placer. En la web, encontró instrucciones para practicarlo solo y para hacerlo con un compañero sexual. El mayor inconveniente de jugar con otro es que tenés que dar con la persona a quien le vas a, literalmente, confiar tu vida…, recomendaba un experto. Jugar solo es mucho más peligroso, porque si algo sale mal nadie puede salvarte.

En Los Caimanes ya se habían olvidado de Felisa. Bibi y el Gallego ensayaban para el show que harían en la fiesta sorpresa para Jenri. Grace estaba indignada y cada dos por tres llamaba a Ernesto, quejándose, pidiéndole ayuda para desanimar al Gallego, que, a su vez, insistía en que a Felisa le hubiese gustado que siguiera cada uno con lo suyo. Porque la vida seguía para los que todavía estaban acá. No se podía parar cada vez que alguien moría. Porfió, incluso, con que

cantar en la fiesta sería un homenaje a Felisa.

—Andá a ver a la ex de García del Río, Clara —sugirió Ernesto—. Ya que es la que difunde lo que le contó su ex. Te va a ser más fácil hablar con ella que con el propio García del Río.

Para Ernesto, la muerte de Felisa estaba resuelta hacía tiempo. Pero sabía que Clara necesitaba llegar al fondo de su averiguación. Habían terminado de cenar en la galería y era una noche cálida. El cielo se veía como una manta negra, y tuvo que caminar con linterna las dos cuadras hasta la casa de esta mujer, de la que, mientras vivió en el country, había ignorado su nombre: Marcela.

Clara recordó que, en La Cumbre, el cielo oscuro tenía una estrella pegadita a la otra y tan cerca que parecía que podían atraparlas. Un enjambre de lucecitas, decía Felisa, y el recuerdo era, para Clara, cada vez más lejano y al mismo tiempo lleno de significación.

La casa de Marcela estaba completamente a oscuras. Dio una vuelta alrededor a través de un cantero y sintió un fuerte aroma a jazmín. De una ventana chiquita emanaba una luz violácea. Asomó la cabeza y vio a la señora sola, recostada en un sofá, delante del televisor. Había imaginado encontrarla con una bata de seda negra o roja. Sin embargo, estaba en un piyama de algodón color crema, rociado de florcitas rosas, y unas pantuflas que eran dos osos de peluche, con ojos, boca y orejas. Clara tocó el vidrio con los nudillos, y la señora, del susto, saltó del sofá. Después le recriminó que eso no se hacía, cómo no había tocado la puerta de entrada. Clara se excusó, no había querido despertarla si dormía. Entonces, cómo no esperar hasta el día siguiente, no se podía andar espiando a la gente en la intimidad de sus casas.

La mujer hizo pasar a Clara por una puertita que salía a la galería. Sabía perfectamente el nombre de Clara. Cuando estuvieron adentro, dijo:

—Ay, chiquita, qué carucha. No sabés cómo te entiendo.

Era la primera persona de Los Caimanes que decía entenderla, y Clara se quebró. La señora tiró de sus manos, arrastrándola hacia su cuerpo de pechos grandes y tiesos, y la abrazó durante un rato largo. Clara sintió su perfume y no pudo esconder la conmoción que había sentido de un segundo al otro.

—No queremos que nadie te vea acá, chiquita —dijo Marcela—. Ya estuvo Teresa Dillon pidiéndome que me callara la boca.

Clara se recompuso y dijo:

—¿Teresa? ¿Qué es lo que usted tiene que callarse?

—Te lo pido por Dios, tuteame, chiquita. No sé quién se cree que es esa cara de vinagre de Teresa Dillon —siguió Marcela—. No le envidio nada su lugar, che. Preferible sola que mal acompañada. ¿Para qué quiere al marido si divorciándose se quedaría con la casona en Punta

del Este, los viajecitos a París y todo lo que le plazca? Y te digo algo que pensé: si Teresa pateara al marido —que no debe darle ni una sola alegría en el año—, sería ideal para nosotros, porque Dillon no andaría gastando pólvora en el chimango de Los Caimanes. Vení, acompañame a la cocina, que te convido un tecito verde. Me estoy haciendo uno. Queda riquísimo con whisky.

La cocina tampoco era como Clara la había imaginado. Parecía la de una casita de Bariloche; los aparadores eran de madera y el techo, también de madera, inclinado como el de un desván. Las paredes estaban tapizadas de campanitas colgadas de clavos.

—Tuve montones de dudas respecto de la muerte de mi amiga Felisa —dijo Clara—, y me contaron que el doctor García del Río nunca dudó de lo que le había pasado.

—Eso me dijo a mí —confirmó Marcela. Había servido dos tazas con té humeante y le echó un chorro de whisky a cada una. Se sentaron a una mesa también de madera, con una carpeta de hilo en la que había bordado un gallo.

—¿Podrías decirme puntualmente lo que él te dijo? —apuró Clara.

Marcela pareció titubear. Tomaba la taza con las dos manos, las uñas pintadas de color azul oscuro, largas y cóncavas.

—Ay, chiquita. Por un lado, me siento una tarada contándote lo que me contó García del Río. Y, por el otro, tengo un poco de miedo de no hacerle caso a la fiel y leal esposa del capo.

A Clara le hizo gracia que llamara a su ex por el apellido. Pero se sentía confiada en que la señora se estaba haciendo rogar y que, si conducía bien la conversación, le diría todo lo que sabía. El whisky parecía hacerle el efecto de despertarla, y sería bueno aprovecharlo.

—¿Por qué una tarada?

La señora bostezó. Tomó un sorbo de té y se limpió los labios con una servilleta de hilo que también tenía un gallo bordado.

—Porque vos estabas ahí. Vos sabés mejor que García del Río lo que pasó.

—No tengo ni idea —dijo Clara.

—Mi amor, no me hagas decírtelo: González Calderón, vos y Felisa Morel jugaban peligroso y la cosa se les fue de las manos. Yo no te juzgo, eh. No hay que ver la paja en el ojo ajeno. Y vos no lo juzgues a él tampoco por contarme. García del Río es un profesional hecho y derecho, pero con alguien tenía que descargarse la sacudida que le produjo firmar ese parte de defunción.

—El Gallego y yo encontramos a Felisa muerta cuando llegamos —pronunció Clara como si dictara una sentencia.

La señora alzó los hombros. Empezó a negar con la cabeza, mientras miraba su taza.

—Y bueno, che, qué sé yo. Que cada palo aguante su vela, ¿no?

—¿García del Río le aseguró que Felisa había sido ahorcada?

—Se llama hipoxifilia el jueguito. Yo no soy ninguna mojigata, pero a eso no juego ni que Brad Pitt me lo pida.

—¿Qué fue lo que le hizo al doctor llegar a esa conclusión?

La señora la miró fijo, escudriñándola:

—Por mí no temas. En mi vida he visto de todo. Pero me siento un poco incómoda diciéndote esto. Como si hubieses venido a tantearme, a averiguar, qué sé yo. Me asustás.

—El Gallego González Calderón y yo llegamos después de que Felisa murió —insistió Clara—. No necesitamos que nos cubra. De hecho, desde ese día estoy tratando de saber de qué murió. No me tragué lo del paro cardíaco como algo repentino y fortuito.

La señora se soltó el pelo, amarillo y opaco, y volvió a atarlo en un rodete.

—¿Viste la película *El imperio de los sentidos*?

Clara no la había visto. La señora la miró un rato, callada, un poco impávida, como esperando descubrir si Clara había venido a enterarse de cuánto sabía ella. Entonces pensó que era importante tranquilizarla.

—Marcela, no vi esa película, pero vislumbro lo que insinuás. No puedo creer que piensen que el Gallego, que está casado con una mujer de la comisión, Felisa y yo estuviésemos teniendo una fiesta erótica que terminó mal. Te juro que, cuando el Gallego y yo llegamos a lo de Felisa, la encontramos muerta. Ni idea de cuánto tiempo hacía que había muerto. No estaba fría. Creímos que dormía. El Gallego y yo nos encontramos en la puerta. Yo había ido a ver cómo estaba, porque así había quedado con ella. Sabía que Nico, el hijo, estaba en Uruguay, en lo del hermano de Felisa. Se había ido a pasar el fin de semana largo. Supuse que Pablo, el marido, estaría con ella. Apenas llegué, me di cuenta de que Pablo no estaba y que tampoco estaba su auto, y eso me extrañó. Llamé a Felisa desde el living y no respondía, la casa en el más rotundo silencio. El Gallego me sugirió que fuera a su cuarto, Felisa estaría ahí. Estaba la luz encendida, así que entré. Al principio, pensé que estaba dormida, pero enseguida noté los ojos abiertos.

—Y le viste el cuello amoratado —aseveró Marcela.

—Más tarde —dijo Clara—. En ese momento, le grité al Gallego que viniera rápido. Llamamos a una ambulancia y a García del Río. Él vive a media cuadra, llegó enseguida. Me sentía paralizada, no podía pensar. Noté el cuello amoratado después y se lo hice notar a los de la funeraria.

La señora había subido los pies arriba de la silla y abrazaba sus piernas. Ahí adentro hacía mucho calor. Clara no entendía cómo aguantaba los pies adentro de los osos de peluche.

—La muerte se da por una falta repentina de oxígeno en el cuerpo —dijo Marcela—. ¿Vos sabías que tu amiga practicaba ese tipo de juego erótico?

Clara dijo que no. Pensó en la adicción sexual de Felisa, la contracara de su anorexia, y le pareció que, en ese terreno, todo sería posible para ella. Pero por otro lado le parecía absurdo.

—No me cierra que Dillon acepte ese veredicto —dijo Clara—. Porque involucra al marido de Grace y a la mujer de su hijo.

—¿Quién te dijo que él lo acepta? —estalló Marcela, ahora de pie y con los brazos cruzados—. Si él se enterara de este trascendido, García del Río no practica más su adorada medicina. Dillon cree que la versión que trasciende es la de la masturbación. Que la chica esta, Morel, jugaba sola.

—Tampoco, Marcela —dijo Clara—. Dillon detestaba a Felisa, pero era su nuera. Si permite que circule ese rumor, le otorga un triste papel a Pablo, su hijo.

La señora se quejó del calor. Empezó a dar vueltas en la cocina abriendo las ventanas, que eran diminutas. Comentó que tenía que arreglar el mosquitero de una; los mosquitos de Los Caimanes parecían alimentados con anabólicos. A Clara le pareció que esta distracción era adrede y sintió miedo. Quizás estaba llevando su pesquisa demasiado lejos. Dillon los pisaría a ella y a su familia como a una hilera de hormigas.

—Entiendo, Marcela, no te preocupes. Muchas gracias por tu contención. Me voy más tranquila —se apuró a decir Clara.

La señora estaba delante de la heladera abierta y la atrapaba una luz blanca. Dijo que buscaba chocolate. Le habían regalado unos suizos que eran un manjar. Puso una caja de chocolates minúsculos sobre la mesa y Clara comió uno cada vez menos tranquila. Escuchó a la señora contarle por qué se había separado de García del Río, que era un enfermo de la medicina, vaya paradoja. De repente se interrumpió y tomó a Clara de las dos manos.

—¿Sabés cómo descubrieron esta práctica? —le preguntó Marcela.

Clara no respondió. Pensaba en la obsesión de Felisa por el cuerpo y también por el disfraz. Se acordó del hombre caimán. Su cabeza era una coctelera de flashes de pensamientos.

—Lo descubrieron notando que algunos reos ejecutados en la horca tenían una erección —dijo Marcela, con la convicción de que estaba impartiendo un saber necesario—. Hasta se observó que ciertos condenados eyaculaban durante el ahorcamiento.

—¿García del Río podría haberse dado cuenta de si se ahorcó sola o se lo hizo alguien? —se atrevió a preguntar Clara.

La señora se puso de pie. Tomó el teléfono.

—Si te animás, llamalo. Aunque no creo que te diga la verdad. Es el

tipo de persona que adularía a un Dillon aunque Dillon desconociera su nombre. Pero un tipo correctísimo. Él estuvo seguro de que firmaba el parte de defunción que debía firmarse, por más que, de lo contrario, no hubiese chistado en complacer a Dillon.

—Entonces, mejor no lo llamemos —concluyó Clara—. Además, probablemente sólo un médico forense podría saber con precisión.

La señora cruzó los brazos delante del pecho.

—Yo soy abogada. En este momento, me dedico a familia, pero entiendo lo suficiente como para conocer cuál debe ser el comportamiento médico ante un caso de muerte súbita. En primer lugar, el médico que es requerido ante un evento de esta naturaleza sabe que debe enfrentarse a la carga de emitir el certificado de defunción. Pero, ojo, es obligación del médico certificar la muerte, no así la causa. Ante la constatación de una muerte por causa violenta —accidente, suicidio u homicidio—, lo que el médico debe hacer es dar intervención a la autoridad judicial.

—Y no lo hizo —dijo Clara—. Aunque se arriesgaba al no hacerlo.

—Por supuesto, así es él. Bastante vivo, de todos modos, ¿no te parece? Sabe que está más resguardado bajo el ala del poder que bajo la ley o la justicia. Me da la sensación de que vos no entendés eso o que lo entendés mejor que yo y viniste acá a traerme tu carita de mosquita muerta para que no dude de vos.

Clara tragó el chocolate de golpe y sintió la garganta entumecida, como si se ahogara. Respiró hondo, se recompuso y descartó lo que había escuchado. Siguió:

—¿Pablo estaba con él cuando firmó el parte de defunción? No me acuerdo de ese momento.

—Antes de firmar, llevó a Pablo a un costado y le recomendó que llamara a la policía. Para estar cubiertos, le dijo. Es lo que se hace cuando muere alguien repentinamente en su casa. Mirá que yo no soy su médico de cabecera, me contó que le dijo.

—Y Pablo se negó —dijo Clara.

—Lo que haría cualquier marido. ¿Cómo exponer así a su mujer? Y yo que vos, chiquita, me cuido de a dónde ir con esta información confidencial. Te conté todo esto por si es cierto que buscás saber de qué murió y entonces cierres el duelo de una vez por todas. Yo no quiero problemas, a mí me gusta vivir acá.

Clara no supo qué decir. De repente, le parecía que, para su amiga Felisa, el estrangulamiento erótico era una manera demasiado barata de morir. Pero por qué la muerte debiera encontrarnos de un modo digno, o de un modo que se correspondiera con uno mismo.

Marcela la miraba con una cara impávida, y Clara notó que era un gesto paralizado en sorpresa, espanto y jolgorio al mismo tiempo. Una cara corregida en un quirófano, sólida y condenada para siempre. La

señora estiró los brazos y tomó las manos de Clara.

—¿Dónde podría vivir si no? Yo de chica vivía en un barrio tranquilo, en Tigre. Imaginame viviendo allá hoy por hoy. Me esquilman. Con García del Río vinimos acá cuando los chicos eran chiquitos. Él era de Palermo y también había tenido vida de barrio en la infancia. Uno podía salir a la calle, los vecinos eran gente parecida a uno. Hoy ya no se puede. Afuera de los muros es el caos. Mirá que la Panamericana ya no da más, es un hormiguero. Pero así y todo, nos encerramos. ¡Qué país!

Después Clara se fue. La casa de la señora quedó atrás, y no sintió ningún destello de discernimiento. Había demasiada calma. Eso era todo, entonces. Eso había pasado. De repente, el rompecabezas que venía haciendo desde hacía tres meses se caía al suelo, se desarmaba y desaparecía la figura; se iba de la memoria y permanecía sólo *su* recuerdo de Felisa, borroso y confuso, pero para siempre y necesario.

XX

La carpa que Bibi había alquilado para la fiesta sorpresa de Jenri era un toldo blanco que cubría el costado de la pileta del *club house* hasta el quincho. El techo alternaba su color entre el azul y el rojo, porque lo iluminaban los focos del DJ. Las mesas estaban decoradas con azucenas y había palmeras dentro de macetas en cada esquina de la carpa. Guirnaldas de gerberas rojas cruzaban el techo y se mecían con la brisa. Del techo también colgaban bolas forradas de pequeños hexágonos de espejo, que no cesaban de girar e inundaban el ambiente de destellos.

Al primero que vio Clara fue a Pablo, que quizá se había disfrazado de indio; ni ella ni Ernesto podían estar seguros. Tenía una vincha con plumas en la cabeza, un chaleco sin mangas y un jean arrugado. Tomaba, según dijo, ron con Coca-Cola.

—Qué derroche absurdo —cuchicheó Grace en el oído de Clara—. ¿Podés creer que Bibi contrató a una organizadora de eventos?

Grace tenía un sombrero en forma de cono y desde la punta del cono chorreaba tul blanco. El vestido también era blanco, y en una mano llevaba una varita con una estrella fosforescente.

Vieron la cara de confusión de Jenri cuando, después de cruzar el comedor del *club house* vacío, se percató del despliegue en la pileta. Se paró con los pies separados y las manos en la cintura, y empezó a sonar el "Feliz cumpleaños" en los parlantes del DJ. Se lo veía desconcertado, que de veras había sido sorprendido. Bibi había logrado derribar su teoría de que entre ellos no había secretos. Terminó el "Feliz cumpleaños" y la luz verde se convirtió en amarilla. En ese momento, llegó un Batman, y detrás de Batman venía una princesa; también un gladiador romano, una mariposa en biquini y un policía, todos bañados por la luz amarilla. Alrededor de las mesas, fanales rojos colgaban en macetas de vidrio y proyectaban charcos de luz púrpura. En la pileta flotaban flores que, según Grace, se llamaban astromelias y eran carísimas. Jenri giraba la cabeza, mirando todo. El Gallego, vestido como el Dalai Lama, lo abrazó.

La cara de Jenri permanecía desarticulada, como la de un títere cuyo titiritero se ha quedado dormido. De golpe se acercó a Clara, quedó un rato parado a su lado, como por decirle algo, y al final no lo hizo. En

el mismo instante, apareció Paul Dillon. Estaba disfrazado de jeque árabe, y dos odaliscas lo envolvían con sus velos. Paul Dillon levantó la cabeza, vio a Jenri, asintió y le sonrió. Jenri vestía una camisa negra de cuello mao y llevaba el pelo peinado hacia atrás. No se desprendía piel de su cara. El Gallego le dijo a Bibi que tenían que ir a disfrazarse. Rápido, porque estaba por llegar todo el mundo y el show tenía que ser puntual. Bibi les ordenó a las odaliscas que esperasen en un costado, que frenaran su trabajo hasta que llegaran todos los invitados. Después, arrastró a Jenri de la mano y se fueron por una puerta lateral de la carpa.

Ernesto, disfrazado de pirata, tomaba su segunda caipiroska y miraba al Gallego, que bailaba solo, con el vaso en la cabeza, frente a las odaliscas sentadas sobre una banqueta de fardo. Las odaliscas hicieron risitas con "i" y se miraron una a la otra, tapándose la boca con las manos. Clara ocupó una de las reposeras y tomó un trago color rosa. Pablo se sentó a su derecha.

—Las enfermeras son siempre sexis, Clara —dijo Pablo—, usan minifalda.

Clara no había querido ir a la fiesta, ni Ernesto tampoco. Ernesto la había convencido de que sería lo último que harían en Los Caimanes. Mejor irse por la puerta grande. Además, esa noche cantaba el Gallego. Él le había prometido que lo escucharía en su primer "recital". Clara había accedido, podía ser su última oportunidad para hurgar respuestas sobre la muerte de Felisa. Su disfraz y el de Ernesto eran de una tienda en Pilar, y la señora que atendía el local se había equivocado al medir, con la vista, el talle de Clara. En el momento de vestirse, el cierre de la pollera no subía. Se había puesto una pollera blanca y larga que había en su ropero. A Pablo no le explicó todo eso. Se quedó callada. Por un momento tuvo la sensación de oír la risa de Felisa.

Grace y otras dos mujeres se acercaron a ellos y le preguntaron a Pablo cómo estaba. Apoyaron sus manos sobre los hombros de él. Una de las mujeres se ofreció a hacerle las compras de supermercado. Él le agradeció, dijo que no era necesario. Grace le reclamó que no había ido a comer a su casa esa semana, como había prometido. La tercera mujer tenía una amiga soltera para presentarle. Pablo volvió a agradecer y se negó con cortesía.

Marcela, la ex de García del Río, le presentó su pareja a Clara, un hombre más joven que ella y musculoso. Clara intuyó que se habían disfrazado de fisicoculturistas, porque vestían calzas de lycra color azul metalizado y musculosas doradas.

—¿Viste, chiquita? —dijo la señora—. Acá adentro, todo se supera.

Detrás de ella y su musculoso, Clara vio al Gallego. Tenía el velo negro de una de las odaliscas enroscado en el cuello y bailaba en el

borde de la pileta. Las odaliscas no se levantaban de la banqueta donde esperaban sentadas. Parecían dejar claro que sólo trabajarían cuando se lo indicara la mujer que las había contratado.

Al girar con su cuerpo, Clara distinguió a Malbic con su nueva mujer, la ratita, del brazo, los dos disfrazados de boxeadores. Iban hacia donde bailaba el Gallego. De golpe, Malbic soltó a la ratita y trató de imitar al Gallego. Los dos se desternillaron de risa, y Clara se dio cuenta de que eran conscientes de que el festejo de Malbic al Gallego formaba parte de los protocolos con los que había que cumplir para tener la sensación de amistad dentro de Los Caimanes. La ratita esperaba a un costado, con los brazos cruzados sobre el corpiño deportivo. Clara pasó cerca del abogado, como para saludarlo, pero él se dio vuelta apenas la vio y le dio la espalda.

En ese momento, Bibi y Jenri hacían su entrada a la carpa. Los iluminó un foco color amarillo fuerte. Bibi estaba vestida de Cleopatra y Jenri, de Julio César. El DJ subió el volumen de la música y Bibi miró fijo a las odaliscas para ordenarles que se pusieran de pie inmediatamente y bailaran alrededor de Jenri.

—Veo a Felisa en cada rincón —le dijo Pablo a Clara.

—Eso espero —retrucó Clara—. Que al menos te remuerda la conciencia.

Pablo se había acercado aún más, pero ella enseguida se levantó y dijo que se iba a pedir otro trago igual al de antes. En el camino, chocó con Bibi, que bailaba entre otras mujeres. Le preguntó si estaban ricos los bocaditos. Clara contestó atolondrada que sí, aunque todavía no los había probado. Cuando volvió, encontró a Pablo borracho o actuando de borracho.

—¿Cuál es tu teoría de por qué corría Felisa, Clara?

—Qué importa mi teoría. Ella dijo que acomodaba sus explicaciones según lo que le pasaba en cada momento. Una vez me confesó que huía de aquel vecino que la violó a los catorce. Después se reía, porque la psicología era una manera de justificar, con el pasado, nuestros errores del presente. Ella tenía esa obsesión por la hipocresía, ¿te acordás?

—Si Felisa me viera en este momento, Clara, seguro le darían ganas de correr.

—Quién sabe. Ya no parecía ser un hombre el motor o el envión de su corrida. Más bien era algo suyo, muy profundo y propio.

A unos tres metros de ellos, Grace hablaba con el Gallego. Parecía regañarlo. Sus cejas empolvadas de blanco se juntaban sobre la nariz, como en una caricatura. El Gallego la abrazó y la besó. Después, Ernesto caminó hacia la pileta y saludó a dos chicas que a Clara le sonaban conocidas de tapas de revistas. No estaban disfrazadas. Grace vio a Pablo y a Clara y se acercó a ellos.

—El Gallego está en esa edad, ¿no? Los hombres son como chicos. Ya se le va a pasar —justificó, como si alguien le hubiese pedido que lo hiciera.

—Hoy estás más paciente, Grace —arremetió Clara.

—Pobre, él pone tanto de sí por el aporte económico. Y hoy por hoy, es tan difícil. Tengo que reconocerle todo lo que hace por nosotros. Eso sí, el Gallego no sería nadie si Paul no le hubiese dado una mano para empezar —dijo mirando a Pablo—. Eso también tengo que admitirlo.

—Paul es omnipresente —observó Clara.

Grace la miró otra vez juntando las cejas entalcadas y se fue. Pablo y Clara se quedaron un rato sentados, solos, sin decir nada. Miraban a la gente bailar y reírse. Teresa Dillon avanzaba hacia ellos, disfrazada con una túnica negra. ¿Su disfraz sería el de una monja sin toca?

—Qué hacen ustedes dos cuchicheando —dijo—. Van a dar que hablar.

Clara se levantó y los dejó solos. Llegó a escuchar que Teresa le recomendaba a Pablo que no tomara tanto, un borracho perdía el control. Clara caminó alrededor de la pileta. Miraba a la gente bailar y trataba de reconocerla dentro de sus disfraces. De golpe, como si las luces la hubieran obnubilado, tropezó con Ernesto. Él le preguntó qué le andaba pasando. Clara dijo que nada.

—Entonces cambiá la cara, te lo pido por favor —dijo Ernesto—. Me acabo de cruzar con la de la inmobiliaria y me dijo que el candidato que vino por segunda vez el miércoles pasado deja una seña el lunes. Ya nos vamos, amor.

Clara lo tranquilizó, aseguró que estaba bien y siguió su camino hacia ninguna parte. El Gallego bailaba arriba de una mesa. La túnica anaranjada se veía fucsia por el efecto de la luz amarilla. Desde allá arriba, llamaba a Clara para que subiera a la mesa a bailar con él. Clara agachó la cabeza y caminó rápido hacia afuera de la carpa. Desde ahí, miró a los invitados bailar con copas de colores en las manos: vio a Cleopatra sacudiendo pulseras de plata, a Marilyn, a Caperucita Roja; vio a una geisha, una vampiresa, una mujer de los años veinte, una conejita de Playboy y varias sexis: policía, vaquera, mucama y monja; vio a Drácula, al Zorro, a Batman, a uno disfrazado de mafioso, a un exhibicionista con un pene de trapo colgando hasta la rodilla y hasta a un soldado, tal vez de la Primera Guerra Mundial. De golpe, las luces giraron, los enfocaron en diferentes colores, y era casi imposible saber quién era quién.

Fuera de la carpa, Pablo se había desplazado hasta un lugar donde había una sombrilla y desde ahí le hacía señas. Clara se aproximó.

—¿Qué va a pasar con Gutiérrez, Pablo?

Allí donde estaban, había sombra. Se debía a que las luces que

giraban rebotaban en el techo de paja de la sombrilla. Clara se quedó quieta, esperando. Pablo ignoró su pregunta.

—La conocí corredora y conmigo dejó de correr, ¿te acordás? Corría y corría, y no podía quedarse en un mismo lugar. Pero, al principio, frenó gracias a mí, ¿o no? Durante varios años parecía feliz, ¿te acordás? Nació Nico y ella tenía el sueño de recibirse; después, el de ser investigadora. Cuando me reconcilié con mi viejo y nos regaló el lote, la convencí de que dejara el laburo en la inmobiliaria y vinimos a vivir acá, fue la etapa en que fuimos más felices.

—¿Gutiérrez va a ir en cana? —insistió Clara.

De repente, todas las luces se apagaron y aparecieron pequeños fuegos artificiales que volaban en círculos dentro de la carpa, hasta que se desvanecían. Mientras tanto, sonaba música con trompetas. Las luces se encendieron y el Gallego y Bibi aparecieron sobre el escenario, vestidos de negro. La gente aplaudía a rabiar. Bibi tenía un vestidito de cuero pegado al cuerpo, repleto de tachas, y las piernas pintadas con tatuajes de colores y estrellitas plateadas en el pelo. Sonó “Birthday” de los Beatles en los parlantes, y mientras todos cantaban la canción como en un playback grupal, Bibi aplaudía con exaltación.

—Débil fue cuando más la quise, ¿sabés? —siguió Pablo—. Me gustaba más que corriendo, porque corriendo se me escapaba, siempre obsesionada por algo que no era yo.

—¿Sabías que circula una hipótesis sobre la muerte de Felisa? —preguntó Clara—. Igual que con el crimen del otro country, la gente se pregunta, se pregunta, elucubra teorías.

—Es imposible que eso no pase —dijo Pablo.

—Me llama la atención que tratándose de tu mujer no te moleste.

—¿Y qué puedo hacer yo?

—Tal cual, Pablo. ¿Qué podés hacer vos si la gente sabe que el silencio siempre esconde algo? Por algo somos un país que ve conspiraciones en todas partes. Tanto la gente espectadora como los involucrados en una muerte dudosa, o, para ir más lejos, en cualquier crimen, saben también que van a hablar un tiempo sobre el tema hasta que se desvanezca y lo cambien por otro. Porque nadie, jamás, va a especular con que un crimen sea resuelto.

—No hablés de crimen, Clara.

—Perdoname, debo haber tomado de más.

—¿Esa noche también habías tomado de más?

—¿Por qué me lo preguntás?

—Por la teoría que circula: que vos y González Calderón jugaban con ella un juego erótico y que se les fue de las manos… O no tanto, tal vez lo hayas buscado… Yo más que nadie conocí la obsesión que tenías por ella. Para mí estás haciendo lo que cuentan de uno de esos tipos de los mitos griegos: un rey que buscaba desesperadamente a un

asesino sin saber que era a él mismo a quien buscaba.

Clara miró a Pablo a los ojos para descubrir si le hablaba con ironía, algo tan poco habitual en él, o lo decía en serio. Pero encontró una mirada rendida. Después, Pablo levantó los hombros, como resignado, y siguió tomando su trago. Debajo de un pino muy ancho, Clara vio el redondel de luz de una linterna. Se levantó y caminó hacia la fiesta. Se entreveró entre la gente dentro de la carpa y salió por donde entraban los camareros con bandejas. Dio la vuelta a la carpa, por detrás, y se dirigió hacia la cancha de golf. La linterna pertenecía a Gutiérrez, como ella había sospechado. Le chistó para que se escondieran de la visión desde la fiesta y hablaron, tapados por el pino ancho.

Quince minutos después, Clara volvió y empezó a bailar con Ernesto. De reojo observaba a Pablo, tirado sobre la reposera, que a su vez la miraba. Esperó media hora, el corazón le palpitaba en el cuello. Fue enfrente de Pablo y apoyó la espalda contra una columna. Pablo se puso de pie y, tambaleando, se arrimó hasta donde estaba ella. Clara le susurró que salieran del ruido de la fiesta. Caminaron hacia la cancha de golf, subieron una loma y la bajaron. Clara se sacó los zapatos, porque los tacos se hundían en la tierra. Sintió el césped esponjoso en la planta de los pies. Se sentaron sobre el pasto, al lado de una cuneta de arena, pegada al *green* del hoyo dieciocho. No los alcanzaba la música de la fiesta, pero sí el ritmo, pum, pum, pum, como mazazos. Entre los mazazos, muy cerca, se oían las ranas, pero no las podían ver.

—Tenés que entenderme, Clara. Era fascinante estar con una mujer como ella. Por otro lado, insufrible. Pero no sé cómo voy a seguir solo. Yo sé que a vos también te pasaba algo así. Felisa se te escapaba, ya no era la amiga de siempre, y eso te hizo odiarla tanto como la querías. En mi caso, mi vida pasaba por tratar de meterme adentro de su cabeza.

—Entonces cómo permitís que se diga que murió masturbándose, sola o acompañada.

—Me extraña que con los años que llevás en Los Caimanes no hayas aprendido que es imposible manejar los chismes. Aquí no hay verdades, sólo hay chismes.

Después se recostó contra el pasto. Abrió los ojos hacia el cielo. Si no se hacía el borracho, lo estaba.

—Debe torturarte la imagen de Felisa en tus brazos, esa última vez —se animó Clara, y pronunció las palabras con cierta lentitud.

Oyeron un ruido y se dieron vuelta. Era Paul Dillon. Venía hacia ellos al lado de otro hombre que no se había disfrazado. Estaba vestido con camisa celeste y pantalón caqui.

—Te estuve buscando por todos lados, Pablo —dijo Dillon—. Chicos, les presento al juez Gómez Cuervo, nuevo socio de Los Caimanes.

Pablo y Clara se pusieron de pie y le dieron la mano. Dillon y el juez se inclinaron al lado del *green* y tocaron el césped. Hablaron de diferentes tipos de pastos: de verano, de invierno y también de épocas de resiembra. Después Dillon le recomendó al juez que se acostara temprano para jugar bien al día siguiente; los rivales eran huesos duros de roer. Antes de irse, guiñó el ojo y dijo:

—Mucho cuidado ustedes dos, eh.

Ellos apenas le prestaron atención. Dillon era conocido por sus dichos fuera de lugar, sus chistes de mal gusto, y también por el mal carácter y los exabruptos.

—No me martirices más —dijo Pablo, cuando su padre y el juez ya estaban lejos.

—La espiabas por la ventana. Era algo que hacías. Espiarla. Con Arispe, y seguro también con cualquiera de los otros tipos con los que se acostaba. El médico tenía razón, vos no ayudabas en lo que le pasaba a Felisa. Peor aún, le fomentabas su adicción.

Pablo no dijo nada. Inclinó la cabeza, apoyó el mentón sobre sus rodillas y cerró los ojos.

—El otro día me dijiste que sabías que había recibido una oferta de trabajo en Europa.

Pablo seguía mirando el pasto. Quizá, sollozaba. Clara se preguntaba qué podría hacer ella ahora. Tal vez pudiera dejar el alma en Tribunales, tan en vano como Paul Dillon sabía que sería su esfuerzo. Pero Dillon padre tampoco quería que la noticia saliera del muro y fuera mediática. Esa sí era una carta en su favor, aunque peligrosa.

Mientras, en la fiesta, Bibi anunciaba que ella y el Gallego iban a cantar una canción que dedicaban a su amiga Felisa Morel. La canción se llamaba “Vincent”. Era en inglés.

—Entonces —siguió Clara—, me imagino la escena: le dijiste a Felisa que te ibas al restorán y saliste con el auto. Estabas acostumbrado a ese jueguito de decirle que te ibas a algún lado y después espiarla, donde fuera que ella estuviese. Como el rey Candaules, que disfrutaba acechando a la reina para ver lo que ella hacía. Estacionabas a dos cuadras y volvías por la cancha de golf. Aquella noche, Felisa se superó con el show que te dio. ¿Striptease? Y vos, que creías que Felisa lo hacía para Arispe y lo que te calentaba era verla con otros, de repente pescaste mofa en su cara, porque sabía que estabas escondido en la oscuridad, del otro lado del vidrio. Se mofaba de vos porque ya estaba harta de tu voyerismo, ¿o no se habían separado por eso?

—Era tu amiga, Clara —sollozó Pablo—. Dejala en paz.

—En paz —retrucó Clara—. Cuando sepa cómo murió, la suelto, como me recomienda todo el mundo. Ahora, Pablo, otra cosa: lo que acabo de contar viene de la teoría de la ex de García del Río. Me hizo creer o, mejor dicho, creyó que me había hecho creer que García del

Río no dudaba de que Felisa había muerto por un juego sexual en el que estábamos implicados el Gallego y yo, para amedrentarme. García del Río bajó esa línea, esa tesis, amoldada a lo que les conviene a los caimánidos: Felisa, la inadaptada a este criadero, lo había hecho sola. Lo tuyo espiándola es un bocado mío, porque te conozco.

Pablo no contestaba. Seguía con la cabeza gacha y gimiendo.

—Pero no fue eso lo que pasó, ¿no? Y cuando te espantó la mofa de Felisa, enfureciste. Te quedaste más lejos, en el jardín. Desde algún lado en el que Jenri no podía verte, lo viste entrar a tu casa. Viste, incluso, a Gutiérrez, que a su vez vio a Jenri.

Pablo no levantaba la cabeza y Clara no podía sacar la vista de encima de él. No estaba interesada en que le respondiera.

—Gutiérrez y el otro guardia, a quien le dicen el Pájaro, se llevaron a Jenri y vos entraste a tu casa. Felisa estaba acostada en su cama, ajena a lo que había pasado en el living, entre Jenri y los guardias.

—No entendés, Clara.

—Salvo por un detalle —continuó—: Gutiérrez no tiene que ir preso. Ni él ni el otro guardia. No pueden callarlos de ese modo, dos más en las cárceles saturadas de pobres. Ellos saben ser fieles a los Dillon. No quieren contar que, una hora antes de todo esto, cuando pasabas por la garita de seguridad para salir de Los Caimanes al restorán, el Pájaro te avisó que un señor de apellido Darnton había querido ingresar y acababa de irse. El señor Darnton —apellido que vos relacionaste con Arispe porque conocías el tema de la investigación de Felisa— había tenido la intención de ingresar a tu casa, pero le pidieron el documento y el seguro del auto, se indignó y se fue. El vigilador temió que te enojaras con él por no haberlo dejado pasar. Tampoco van a contar que al final no saliste, sino que pegaste la vuelta a tu casa. Te advierto que si los meten presos a Gutiérrez y al Pájaro por esto, Pablo, todavía quedo yo. Es cierto, cacarearía en vano en Tribunales, pero sería un caso jugoso para la prensa, justo lo que Dillon padre quiere evitar, más que salvar el honor de su nuera.

Pablo hundió más la cabeza, la dejó unos segundos así y la levantó de golpe.

—No entendés nada, Clara, nunca entendiste. No sigas, te llenaron la cabeza de calumnias.

—Qué manía la de ustedes, caimánidos o caimanenses, de creer que mi cabeza puede llenarse o vaciarse a gusto.

Lo último que le interesaba a Clara era entenderlo. Pronto estaría lejos de Los Caimanes y empezaría lo que entreveía Ernesto: un nuevo comienzo. Aunque sin su amiga, la que había sido, durante tantos años vitales, su melliza, la única persona que le transmitía la sensación de que no estaba sola en el mundo. Clara no pretendía que Ernesto ocupara ese lugar, eso era seguro. Ya sabía que estar acompañada era

nada más que una sensación.

—Pedile a tu padre que no los metan presos con una argucia, Pablo —continuó Clara—. Pedile que no los echen. Son tipos grandes. No es fácil que consigan otro laburo. Déjenlos quedarse. El asunto no va a salir fuera del muro. En dos meses, se habrán olvidado del pequeño detalle que invalida la hipótesis de los García del Río, la de la autoasfixia, y la parte que sumé yo: la voyerista. Porque lo que realmente sucedió es que estabas furioso y diste marcha atrás a toda velocidad y arrollaste el bicicletero con las bicis de los guardias. Te pusiste como loco: no podías volver a *espiar* a Felisa, como te gustaba. Si Arispe había venido, tan descaradamente, quizá Felisa planeara irse a Europa con él. Abandonaría todo, incluso a Nico. Débil como estaba, te dijo que te fueras o que no te quería más o que estaba harta de vos y de tu voyerismo. La imagino diciendo algo de eso. Te quebró la mente, ¿no es cierto?

Pablo agachaba la cabeza y se la tomaba con las dos manos.

—No había ninguna corbata al lado de Felisa cuando yo llegué, como me dijo la ex de García del Río. Y el pañuelo de seda búlgaro que tenía en el cuello era tuyo. Sé perfectamente que fueron tus manos las que asfixiaron a Felisa. En estado de emoción violenta, como dice el Código Penal.

Clara permaneció callada y esperó. Pero Pablo no reaccionó, miraba el piso en silencio.

—Después, abatido, no supiste qué hacer. ¿Fuiste a la casa de tu padre a llorarle que te ayude? Una pavada para él, ¿no?

Ahora, Clara estuvo segura de que Pablo sollozaba. Se levantó del suelo y, sin mirarlo, caminó hacia la fiesta. En la carpa, la gente se balanceaba al ritmo de la canción de Bibi y el Gallego, con los brazos estirados hacia el cielo. Algunos tenían encendedores o velitas entre los dedos. Ernesto hablaba con Grace. Clara estuvo a punto de llamarlo, pedirle que se fueran ahora mismo de la fiesta, así le contaba lo que había pasado. Pero mejor después. Necesitaba un tiempo para calmarse y estar consigo misma. Sólo le dijo que ella se iba, que no se preocupara, lo esperaba en la casa.

Dio media vuelta y caminó por la calle principal de Los Caimanes. Poco a poco, con cada paso se iba sintiendo más liviana, como hecha de aire. Llegó hasta la puerta de su casa y se dio cuenta de que no tenía las llaves. Como casi nunca estaba trancada, trató de empujarla. No abría. Dio la vuelta. La puerta de la galería también estaba cerrada. Probó con las ventanas y no pudo abrirlas. A través del vidrio, vio que sus hijas dormían. Las iluminaba la luz gris de la luna. De repente vio su propia imagen reflejada en el vidrio.

Se sentó en la galería. Sabía que no podría descansar hasta tener la sensación de que había hecho todo lo posible para que la muerte de su

amiga no fuese una máscara más de la hipocresía que tanto detestaba. Acaso salir de Los Caimanes le abriera un nuevo camino, porque ella se sentía otra, y podría encontrar, más allá del muro, una manera nueva de encararlo. Lo que le daría fuerzas sería el recuerdo de su amiga, lleno de cariño y de lo que ella representaba: la búsqueda de una verdad propia. Entonces retendría en su memoria algunos fragmentos de recuerdos. No serían marcas fehacientes, confiables, sino sólo referencias que la remitirían a un mundo entrañable, pero ya desaparecido.

Una bandada de pajaritos minúsculos pasó volando a toda velocidad y se encaramó alrededor de un pino alto. De repente, giraron delante de ella, como si no la hubieran visto o percibido, con un aleteo que sonaba como panderetas. Las flores de los agapantos estaban abiertas en su azul tan propio, erguidas, desafiantes.

Índice

Arteta, Inés
Los caimanes / Inés Arteta. - 1a ed . - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Libros del Zorzal, 2019.
Libro digital, EPUB
Archivo Digital: descarga y online
ISBN 978-987-599-560-4
1. Narrativa Argentina Contemporánea. 2. Novela. I. Título.
CDD A863

Diseño de tapa: Eduardo Ruiz

Buenos Aires, Argentina
Printed in Argentina
Hecho el depósito que previene la ley 11.723

Para sugerencias o comentarios acerca del contenido de este libro, escríbanos a: <info@delzorzal.com.ar>.

Asimismo, puede consultar nuestra página web:
<www.delzorzal.com>.